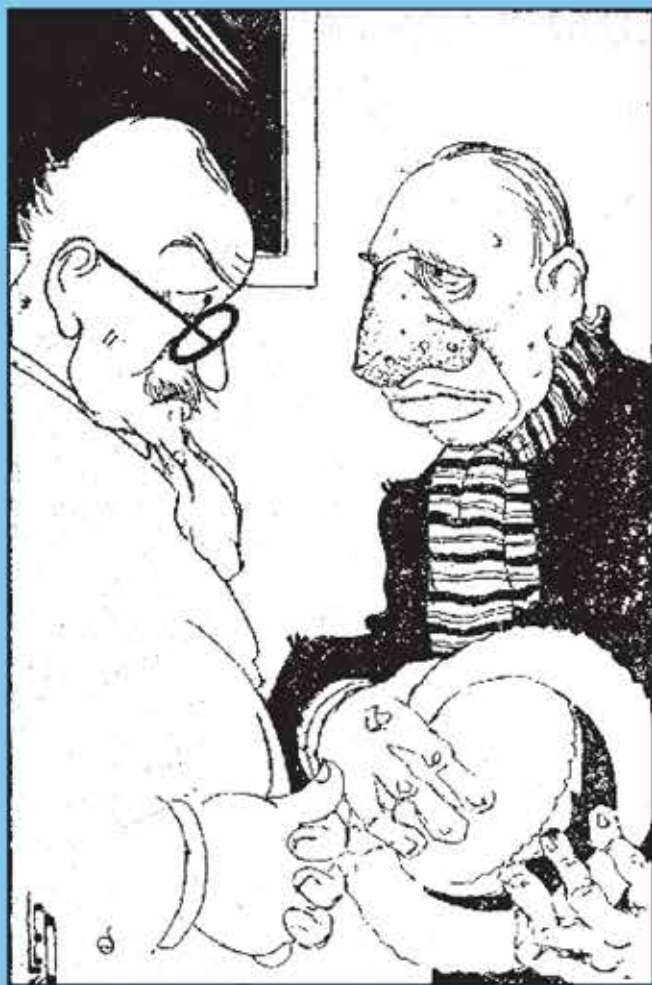


BIBLIOTECA
Aquiles Nazoa

Los humoristas de Caracas
Vol. I



BIBLIOTECA AQUILES NAZOA

LOS HUMORISTAS
DE CARACAS

AQUILES NAZOA

LOS HUMORISTAS
DE CARACAS

VOLUMEN I

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

NICOLÁS MADURO MOROS
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

DELCY RODRÍGUEZ GÓMEZ
Vicepresidenta Ejecutiva

JORGE RODRÍGUEZ GÓMEZ
Vicepresidente de Comunicación, Turismo y Cultura

ERNESTO VILLEGAS POLJAK
Ministro del Poder Popular para la Cultura

1.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1972
3.ª edición, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

Los humoristas de Caracas

© Aquiles Nazoa

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Tel. 58 212 4828989

Hecho el depósito de Ley
Depósito Legal DC2020000359
ISBN 978-980-01-2112-2

NOTA EDITORIAL

En vista del importante valor literario, investigativo y editorial de esta obra, hemos reproducido las imágenes manteniendo la mayor fidelidad posible con la primera edición. El lector encontrará los mismos matices (desgastes, tipografía y usos ortográficos) propios del tiempo en que el que fueron creados.

LOS HUMORISTAS DE CARACAS

I

LOS HUMORISTAS DE CARACAS

Contrariamente a lo que pudiera esperarse de un país que manifiesta en el humor el rasgo más definitivo de su carácter, el humorismo venezolano es todavía un territorio inexplorado por los estudiosos de nuestra cultura. Menos accesible a la investigación que la pintura, que el cuento, que la música o la poesía, se explica en los ensayistas su reiterada preferencia por estos temas en los que desde el siglo pasado disponemos de una abundante bibliografía, contra las escasísimas páginas que alguna vez Jesús Semprún, Luis Beltrán Guerrero o Mariano Picón Salas dedicaron a aquella modalidad tan significativa de la expresión nacional. No tanto como el antiguo prejuicio que le negó tradicionalmente jerarquía artística, cuenta en esta preterición del humorismo el hecho de que el examen de sus manifestaciones es tarea que exige, ante todo, tiempo y paciencia para rescatarlas de las ingentes selvas de periódicos en que se hallan casi perdidas. Si la obra de algunos de nuestros grandes humoristas como Job Pim, Jabino y parcialmente Rafael Arvelo, tuvo la excepcional fortuna de poder reunirse en libros, hay muchos como José María Reina —de quien apenas conocemos un ocasional folleto—, o como el poeta gastrónomo Chicharrita, cuya cuantiosa producción se quedó, junto a la de varias generaciones de caricaturistas, fragmentada en revistas y periódicos de difícil localización. Apagados con

los días del breve tiempo en que brillaron, muchas veces para reencontrarlos hay que acudir a la memoria de las gentes, más que a las bibliotecas y colecciones. Y del ejercicio de buceo, de detectivismo literario que sus nombres nos proponen desde la anécdota callejera o desde los recuerdos amistosos, no siempre regresa el investigador con las muestras literarias más eficaces de la obra que indaga. Además de que muchos de los mejores periódicos humorísticos del país faltan en nuestras hemerotecas públicas, las colecciones que existen, y donde pudieran estar nuestros autores, están incompletas o han sido deterioradas por lectores perezosos. Así se perdieron, por ejemplo, las principales obras de poetas festivos como Manuel María Bermúdez, Rafael Domínguez y Tomás Ignacio Potentini, o muestras espléndidas de nuestro periodismo cómico en el siglo XIX como *La Mariposa Negra*, *La Cosiata*, *El Nene*, *El Ómnibus* y *El Gato Negro*. Se explica entonces la ausencia en este libro de algunas figuras cuyo prestigio como humoristas, largamente sostenido por la tradición oral, no haya podido ser confirmado con la obra. Por lo mismo que mi propósito no ha sido componer un anecdotario, la selección de humoristas que presento no está hecha en base a la fama de que gozaron sus protagonistas, sino a sus hechos como autores. Y a desacreditarlos (y junto con ellos a desacreditar la calidad de la obra) trayendo a la colección muestras que sin ser aceptables fueron las únicas que se encontraron, prefiero aplazarlos hasta que nuevas búsquedas me permitan mejores resultados.

Presentado como contribución a los festejos del cuatricentenario de Caracas, en vez de una antología general del humorismo venezolano, es este libro una especie de inventario de las formas en que la ciudad expresó esa

manifestación de su espíritu. No elegí por eso, para traerlos a estas páginas, a la totalidad de los autores que me fueron accesibles, sino solo a aquellos que modularon su obra en el espíritu y en el tono particular de la ciudad, que hablaron en la lengua de su tradición y, así vinieran de otras regiones del país, hayan respondido a la definición de caraqueñidad que nos da Ángel Corao: «Caraqueños no son propiamente los que han nacido en Caracas, sino los que la han conquistado y, tras una laboriosa gimnasia intelectual y espiritual, concluyen por consubstanciarse con el ambiente de Caracas». Así, junto a los que figuran en el libro por simple derecho de gentilicio, como Tosía García —cuyo humorismo tiene un acento más bien rural que lo emparenta con el costumbrismo aragüeño de Rafael Bolívar—, he incluido figuras de otras procedencias, como la del valenciano Rafael Arvelo o la del barcelonés Miguel Otero Silva, a quienes nadie podría discutirles su acendrada caraqueñidad espiritual; como que en el primero tuvo la ciudad el más célebre poeta festivo de su siglo, y al segundo le debe, en *El Morrocoy Azul*, el más caraqueño de sus periódicos modernos.

Pocas ciudades hispanoamericanas han practicado el humorismo con la facundia y riqueza de manifestaciones que nuestra Caracas en los dos últimos siglos. Desde las hojas sueltas y pasquinadas de la Colonia hasta sus expresiones más recientes de *Fantoches* y *El Morrocoy Azul*, describe nuestra literatura de humor un proceso de expansividad y consolidación que casi no conoce paralelo en ninguna otra zona de la actividad intelectual en el país. Precursor modestísimo de casi toda nuestra literatura de ficción, el humorismo aparece en Venezuela como la primera forma de la expresión literaria nacional. La pausa de relativo sosiego que se abre

a mediados del siglo XIX entre las dos tremendas guerras que azotaron al país —la de la Independencia y la de la Federación— permite el florecimiento en tierra venezolana de una cultura cuya principal preocupación es proveer a la nueva nacionalidad de una explicación histórica. Es la época de los grandes examinadores de la conciencia nacional, como Juan Vicente González o Fermín Toro. Y junto a los primeros libros de historia que entonces se escriben, aparecen, como su más liviano complemento, nuestros primeros escritores festivos y costumbristas. En sus menudas incursiones por la tipología popular, por el refranero o por la ocurrencia doméstica, ellos completarán la definición de nacionalidad que la visión de conjunto del historiador no puede dar sino en grandes masas. Muy influido al principio por sus precursores españoles, ya antes de finalizar el siglo XIX el género no solo se ha independizado, y no solo ha superado en gracia y frescura a sus modelos, sino que ha definido los tipos, los ambientes y los temas a cuyo rescoldo nace la novela venezolana.

De la amable observación de la vida social, del costumbrismo al que nacieron unidos, pasan nuestros humoristas en su gran mayoría a la sátira política, especialmente en sus especies versificada y gráfica; y ya desde los tiempos de Rafael Arvelo comienza a definir el humorismo venezolano el rasgo que en todas las épocas constituirá al mismo tiempo su mayor gloria y su mayor tragedia. Arte utilitario, improvisado al calor de los sucesos del momento, su destino literario casi nunca estuvo a la altura de su eficacia política. Muchas fábulas de Díaz Flores zahiriendo a Guzmán Blanco, los epigramas de Potentini contra Crespo; versos que a causa de su contenido alusivo fascinaron en su momento a la opinión pública, examinados al cabo de los años

resultaron obras desmañadas y sin vuelo. No por falta de recursos para crear una obra más consistente, sino porque vivían alerta a los reclamos de su conciencia civil, grandes ingenios sacrificaron así sus mejores posibilidades a la voraz actualidad; y jugándose el destino de sus letras con el de sus vidas, a la gloria de figurar en las historias y centones literarios como escritores correctos, prefirieron la de comparecer en el largo drama nacional con el carácter de «presos políticos profesionales».

¿Quién sabe de la golondrina
a la que el cable eléctrico extermina,
cuando su trino acaso era el mejor?

dice Job Pim en su elegía a uno de estos humoristas que consumieron su talento en esa producción episódica sin porvenir. La conciencia que estos hombres tenían de que producían en ese sector una obra frustrada de nacimiento, se traduce por su insistencia en firmarla con seudónimo, así como por su absoluta falta de preocupación por reunirla en libros. Sin embargo, frente a los chispazos de verdadero genio que centellean en algunas; frente a rasgos aislados que en muchas anuncian el nacimiento de un estilo, uno se pregunta con nostalgia cuántos Thackeray, cuántos Wilde y cuántos Mark Twain habría dado nuestra literatura de humor si el medio les hubiera sido más generoso. A la pregunta de por qué el humorismo de Venezuela, habiendo tenido tan eficaces y abundantes cultivadores, no había podido reunir una bibliografía comparable en densidad a la que dieron los ingleses en Jerome y los norteamericanos en Mark Twain o en James Thurber, respondía en 1945 quien escribe estas líneas:

Poseen los pueblos anglosajones —sobre todo los ingleses que parecen ser el pueblo mejor dispuesto para ello— un peculiar modo de humorismo en el que jamás aflora la tragedia. Ellos son tradicionalmente pueblos bien gobernados, o por lo menos pueblos que pueden por su raíz democrática cambiar de mandatarios y forjarse la esperanza de que pueden, en un momento dado, modificar pacíficamente un estado de cosas que se les ha tornado incómodo. Son pueblos radicalmente dichosos en comparación con los nuestros, y si el humorismo político enfila entre ellos sus baterías contra el mandatario de turno —lo cual sucede siempre—, esas baterías disparan pólvora sola, pues todo aquello no pasa de ser arma de caballeros, destinada tan solo a obtener más votos para su candidato y restárselos al contrario. De ahí que en toda elección inglesa o yanqui se hagan grandes derroches de *esprit* y de ingenio: fina esgrima con florete abotonado, lucha sin sangre y sin encono donde toda palabra malsonante se halla proscrita, entre los ingleses por británica flema y entre los norteamericanos por contraproducente y porque daría lugar a una peligrosa demanda por difamación.

Pero aquí, ante el montonero o el espadón adueñado de un poder omnímodo; aquí, donde la historia nos ha enseñado que vivir es ante todo defenderse, ¿ha podido acaso hacerse un humorismo sonriente y delicado, humorismo que llevó a Jerome, por ejemplo, a escribir sus *Divagaciones de un haragán* y a dedicarlas a la más sólida, sabrosa y vieja de sus pipas? Es claro que no. No se trata aquí de causar el rasguño leve de la sutil ironía, sino de desnudar al mandón y presentarlo en toda su estevada y ominosa figura. Aquí el humor está tan solo en el *camouflage* que se use para exteriorizar un sentimiento de repulsa, pero el contenido real

no es casi nunca cómico ni alegre siquiera. Es trágico en su fondo y, a veces, como en muchos poemas y crónicas de Leo, y principalmente en sus dibujos, es también trágico en su forma. Si su sistema de vida les ha permitido a los humoristas anglosajones actuar como espectadores risueños del drama social, el de los nuestros los ha forzado a ser sus protagonistas y con frecuencia sus víctimas. Antes de dedicarse a las letras, la mayoría de nuestros humoristas del pasado habían sido guerreros; y entre los contemporáneos muchos son más conocidos por su larga figuración en las cárceles políticas que por la obra que produjeron.

Con esas características ha prosperado en Venezuela una copiosa literatura humorística cuyo más arduo problema, para el que va a seleccionarla, es separar lo circunstancial de lo permanente, disociar lo que solo es útil para la anécdota política de lo que es apto para la evaluación literaria de los autores. Así han quedado fuera de mi libro muchos de los bandos burlescos de la época de la Independencia y la cuantiosa literatura epigramática que desde los tiempos de Arvelo produjeron las épocas de Soubllette, de Monagas, de Falcón, de Guzmán Blanco y de Crespo; materiales que tendrían mejor cabida en una colección de curiosidades políticas, y cuya ausencia en este libro pudiera compensar el lector acudiendo a obras especialmente dedicadas al tema, como *Cobre viejo* o el *Centón lírico*, ambas del doctor José Eustaquio Machado.

La dispersión y fragmentarismo de nuestra literatura humorística, lo mismo que su rezago como materia de interés literario, tiene otra de sus causas en el escaso amor con que muchos humoristas vieron su obra. Contagiados de ese sentido de las castas literarias que remite el humor

a aquella especie de desván de la cultura que se reserva a lo que solo puede firmarse con seudónimo, eran en su gran mayoría poetas y prosistas que se sentían llamados a quehaceres superiores de la inteligencia. Eran, como el desventurado Rafael Michelena Fortoul, grandes talentos y sensibilidades aristocráticas que se acogieron como transitoriamente a ese modo de expresión, mientras esperaban la oportunidad de dar en una dimensión superior el gran mensaje de que se sentían portadores. Menospreciaban íntimamente aquello que, por cruel paradoja, era lo que a la postre iba a salvarlos del olvido. Y después de envejecer o de morir amasando interiormente esa otra gran obra que nunca dieron, su situación de aclamados como humoristas es semejante a la de Tartarín de Tarascón, aclamado como insigne cazador cuando al regreso de un frustrado viaje en el que había salido a cazar leones, lo ven entrar en su pueblo seguido de un achacoso camello que accidentalmente se le había unido en el camino. Si humoristas excepcionales como Job Pim y Leo vivieron regocijados en su obra —y por eso pudieron darle una continuidad coherente—, hubo otros muchos que solo vieron en la suya un símbolo de la frustración de su destino.

Un sentimiento de recóndita insatisfacción con su papel de escritor festivo traduce, por ejemplo, el prefacio con que Michelena Fortoul, celebradísimo por sus poesías gastronómicas que firmaba Chicharrita, abre en 1929 su divertido libro de propagandas comerciales en verso:

Ya escribí mi libro. Después de tanto trajinar por redacciones de periódicos, sin nombre, sin fe y sin un sueldo que pudiera ser acaso sostén de una anonimia dolorosa, he aquí que surjo a la gloria comercial —¡quién lo pensara!—

hecho todo un Víctor Hugo de la propaganda. Más felices que yo, mis compañeros en letras han escrito libros de lindos poemas, libros de cuentos donde se hermana la florida gracia del estilo a la fuerte onda de la emoción real, artículos sonoros, ditirámicos, en loa y elogio de quien todo lo puede: ¡el arte!

¡Perdón! Yo soy de mi generación el más oscuro... y el más humilde.

Presento hoy —como un as de la escena— mi primer libro de versos.

Son versos comerciales.

¡Versos del comercio! ¡Versos de la propaganda!

A la verdad, no hay de qué arrepentirse.

Frente a esa situación de venidos a menos de la cultura en que se vieron a sí mismos los propios cultivadores del género; frente al calificativo de anonimia dolorosa con que rechazaron el renombre popular que los asistió como humoristas, el criterio que elegí para traerlos a mi libro fue el que me dictaron los hechos. Dejando para las notas el aspecto virtual de sus personalidades, los traje al libro por la razón de que —aun contra ellos mismos— fue el humorismo la modalidad en que principalmente brillaron. Por parecidas razones no figuran aquí los escritores que solo ocasionalmente y como recreación esporádica, escribieron humorismo. Excepción hecha de los del Culto de Osiris —dada la significación extraordinaria de aquel club jocosos—, me pareció que incorporar en el libro a quienes solo fueron humoristas eventuales (como lo han sido la gran mayoría de los escritores venezolanos) habría tenido resultados tan engañosos para una evaluación de conjunto, como los que tendría un salón profesional de pintura al

que se llevaran aficionados de los que se catalogan entre los *sunday painters*.

Para evitarle al lector la fatiga de un largo prólogo re-cargado de nombres y fechas, he acompañado las secciones que componen el muestrario de notas y comentarios que en conjunto tienden a integrar lo que sería una pequeña historia crítica del humorismo en el país, y sobre todo del humorismo que se ha desarrollado en Caracas. Y más que a agotar el tema, o que a dictarle mi sentencia crítica, aspiro con este libro a sumarme al merecido agasajo de que es objeto mi ciudad en su cuarto centenario y a saldar, así sea muy parcialmente, mi vieja deuda de gratitud para con tantos nombres queridos cuyo recuerdo y ejemplo impulsaron mi vocación de escritor. Nacido al calor de esa emoción filial, la intención de homenaje que lo anima puede disculpar en este libro sus errores y aun sus olvidos. Para subsanar unos y otros, quedan abiertas sus páginas a posibles nuevas ediciones como las puertas de la casa cordial en que acaba de comenzar una fiesta de amigos.

AQUILES NAZOA

JUAN ANTONIO EGUIARRETA

En la Caracas colonial de fines del siglo XVIII, el presbítero Juan Antonio Eguiarreta, cronológicamente el primer humorista venezolano, gozaba de gran fama como poeta burlesco y repentista extraordinario, así como de orador sagrado que sabía salpicar sus más graves sermones en el pulpito con chispeantes salidas cómicas. De sus celebrados versos epigramáticos no solo disfrutaron sus feligreses y el pueblo de Caracas durante muchos años, sino también gentes que vivían en ciudades lejanísimas, como Lima, donde la obra de Eguiarreta tuvo un imitador y un plagio en otro popular sacerdote.

A la manera de los antiguos tabeliones romanos, parece que era Eguiarreta muy solicitado por los caraqueños como escritor de cartas y sobre todo de versos de ocasión. En 1771, al ser trasladado a La Habana el Regimiento de granaderos de Lombardía, cuya oficialidad había hecho numerosas amistades en Caracas, aparecieron en nuestra capital, llegadas de Cuba, unas décimas escritas evidentemente de mano femenina, que mostraban el viaje de los granaderos como una prueba de su desdén hacia las caraqueñas. Y entre los defectos que les señalaban a nuestras damas aludían sarcásticamente al exceso con que hacen uso de la caraqueñísima interjección ¡gua! Solicitado el padre Eguiarreta para responder a las habaneras, compuso sus conocidas décimas, primera obra de nuestra literatura

que reclama para una voz criolla su derecho de figuración en el habla española.

Eguitarreta nació en Caracas en 1712. Su obra fue parcialmente editada por Fidel Ribas y Ribas en 1842.

CONTESTACIÓN DEL PADRE EGUIARRETA
EN NOMBRE DE LAS MUJERES DE CARACAS

Desvanecida habanera,
Vena en el parnaso intrusa
A quien en vez de la musa
Átropos sopla, o Megera.
Habladora bachillera,
Desvergonzada, importuna,
Hija de la vana luna,
Pues desde allá te acomodas
A hablarnos una por todas
Va de acá por todas, una.

Si es corte la gran Habana
Por su trato y por su porte,
I estás sana en esa Corte,
Debes de ser Cortesana.
Pero furia tan insana,
Tan errada y criminal,
Siento que me huele mal,
I es necesario que crea
Que tu origen fue la brea
I tu cuna el arsenal.

No creo que los Lombardos
Hablen mal de esta ciudad,
Pues es, en la realidad,
De los lugares gallardos.

I son dicterios bastardos
Que a creer no me acomodo,
Pues su estructura, su modo,
Su aire, su extensión y brío,
Sus calles y su plantío
No los tiene el mundo todo.

Cuando el poder anglicano
(Aún de escribirlo me corro)
Tomó el decantado Morro,
I penetró el seno habano,
Nos dijo acá un cortesano
Que escapó de La Cabaña:
Cada una su inglés apaña,
I las más de las señoras
Por ascender a *miloras*
Se rebelan contra España.

Que usando de mil reveses
I vueltas de caracoles
Mueren con los españoles
I viven con los ingleses.
Estos son los intereses
De un afecto fementido
I en el último despido
Cuando el inglés se embarcó
Hubo mujer que lloró
Delante de su marido.

Esto dijo, y de aquí infiero
Que con ínfido quebranto
Sentís en La Habana tanto

Las ausencias de Lutero.
¿Por qué tu numen severo
Aunque de vuelos muy tardos
Nos acuchilla los fardos
Únicamente por qué
Sentimos de buena fe
La ausencia de los lombardos?

¡*Gua!* La mujer de La Habana
Que desvanecida está,
En cara nos echa el *Gua*
Expresión muy lisa y llana,
I no inculta y chabacana
Como lo piensa y maquina
La anglicana carabina
Allá en su caramanchón,
I lleve para lección
Esta poca de doctrina.

Es el *Gua* expresión civil
Que en Caracas se dispuso
Autorizada del uso
Allá por los años mil.
No es término bajo, vil,
Brutal ni falto de juicio:
Es cardinal, es de quicio,
I en político congreso
Para admiración, expreso,
Para desprecio, propicio.

Cualquiera conocerá,
Aunque esté con frenesí,

Que algún misterio hay aquí
Reconcentrado en el *Gua*:
Guanare se dice acá,
Guarenas, Guaire, Guatire,
Guaira, Guaiguasa y admire
Guacara y Guanaguanares,
Guitoto, y diez mil a pares
Para que el *Gua* no le tire.

Vaya a España y hallará
Guadaña, Guadalajara,
Guadarrama, y si no para
Guadalupe encontrará.
Dígame, pues, ¿Tanto *Gua*
I otros que decir no quiero,
No es fundamento certero
Con que se debe amparar
Este *Gua* de que zumban
Quiere el numen habanero?

Díganla que venga acá,
I pues mi *Gua* defendí,
Que me defiendan ella así
Aquel habanero *Ajá*,
Que tan puesto en uso está;
Ajá, si se están zumbando,
Ajá, si se están hablando,
Ajá, si se están queriendo,
Ajá, cuando están oyendo
Que las están requebrando.

Ahora, pues, dígame ya
¿En todo trance de amor
Con qué se saldrá mejor,
Con el *Ajá* o con el *Gua*?
El honor responderá
Si el *Ajá* o *Gua* prefirió;
Mas la razón respondió
Que en ardiente frenesí
El *Ajá* dice que sí
Cuando el *Gua* dice que no.

I hablando en todo rigor
¿Cuál debemos sostener
El no, que honra a la mujer
o el sí, que quita el honor?
El *Gua* queda vencedor,
Habaneras celebradas
Por corrientes desahogadas,
I quedamos convencidas
Que el *Gua* deja guarecidas
y que el *Ajá* deja ajadas.

Por su trato y cortesía
I por su jefe excelente
Lamentamos grandemente
La ausencia de Lombardía,
I tus versos en el día
Son confirmación cabal
De que su afecto leal
Muestre con vuestro desdén
Por ver que nos hablan bien
El que vos les habláis mal.

Les llegasteis a escuchar
Alguna fina expresión
I vuestro infiel corazón
No la pudo tolerar.
La luz os hizo cegar,
I la cólera que lidia
En vuestra loca perfidia
Os llevó sin dilación
Por mares de emulación
Al escollo de la envidia.

HUMORISMO EN HOJAS SUELTAS

En todo el siglo XIX, y todavía hasta los años muy recientes de 1930, se practicó en Caracas la costumbre de poner en circulación humoradas por medio de hojas sueltas. Sobre todo en tiempos de Carnaval en forma de bandos o en época de Pascuas en el estilo tradicional de los aguinaldos que se vendían al público, ingenios anónimos glosaban en estos volantes los sucesos de actualidad o satirizaban a los gobernantes, o simplemente se divertían en amenos ejercicios de costumbrismo versificado. Un estudio interesante acerca de esta literatura de pasquín, sobre todo en su significación política en las épocas de la Independencia y de los primeros lustros de nuestra vida republicana, se encuentra, junto con un curioso muestrario del género, en el libro *Centón lírico* del doctor José Eustaquio Machado.

GLOSA

(Hoja suelta que circuló en Caracas al rumorarse
que el capitán general Moxó obligaría a los caraqueños
a comer carne de burro)

*El pleno agradecimiento
que a los burros les debemos
nos impone por justicia
que con honor los tratemos.*

El manjar más exquisito
que en mi concepto discurro
es un asado de burro
comido con apetito.
Ni el mejor pescado frito
ni otro guisado alimento
puede ser tan buen sustento
como el burro; así, amigos,
publiquen, pues son testigos,
el pleno agradecimiento.

El burro es un animal
de mérito distinguido
que en la historia ha conseguido
puesto de honor ocupar,
dócil para trabajar
aunque muy mal lo tratemos,
muchos por ellos comemos,

y debemos consignar
la gratitud singular
que a los burros les debemos.

El burro es tan apreciable
que ya lo canjea la gente
por raciones de aguardiente.
¡Qué sabor tan agradable!
¡Qué manjar tan estimable!
Más que el jamón de Galicia
por su sabor a delicia
merece nuestra atención,
y elogiarlo, la razón
nos impone por justicia.

Desde hoy en adelante
carnero han de llamar
al burro; y Don le han de dar
el viejo, el mozo, el infante,
a su mérito constante
este tributo debemos;
y si además lo comemos
como manjar exquisito,
llenemos el requisito
que con honor le debemos.

Caracas, 26 de noviembre de 1816

BANDO JOCOSO
O ARANCEL DE MULTAS PARA LOS QUE USEN
TÉRMINOS RÚSTICOS EN SU PROFESIÓN¹

Como siempre es tan loable
En cualquiera sociedad
El hablar con propiedad,
Toda falta es reparable;
Así cuando alguno hable,
Use términos corrientes,
Porque serán indecentes
Los que se pongan a hablar
No tratando de observar
Los artículos siguientes:

El que diga *Pitrimeta*
Y profiera sin recato
Naidie, Estógamo y Treato
Ha de dar una peseta;
Toda persona discreta
Debe pagar doble tela
Si dice *Cuidiao, Prazuela,*
Predicaor, Cumpuniendo,
Trempano, Nenguno, Uliendo,
Pretocolo y Venenzuela.

El que diga *Prusición,*
Dispués, Lléguelos y Ansina,
Ha de pagar la propina

¹ Imprenta de Ramón Alcalde Piña, calle de las Leyes Patrias, n.º 12, Caracas, 1854.

Al instante de un doblón,
Y el que dijere *Junción*,
Ispitor y Gomitar,
Sin réplica ha de pagar
Incontinenti cien reales
Que así se enseña a estos tales
Y van aprendiendo a hablar.

Estos acontecimientos
Han llegado a tanto apuro
Que se lo multa en un duro
Al que diga *Decumentos*;
Así se den por contentos
con solo pagar un real
Los que digan *Hospital*
U otro nombre chabacano,
Como *Intierro, Cerujano*,
Comendante, Prencipal.

Quien diga *Precurador*,
Despidiente, Trebunales,
Y *Audencia*, dé veinte reales;
Siete si dice *Dotor*;
Veinte y cuatro si *Retor*;
Y el que diga *Sacreficio*,
Íbanos, Truje y Hespido
Pague al momento un doblón;
Mas si dice *Fletación*
Pague dos para el servicio.

Menistro, Almenistraor,
Probe, Párraco y Tiniente,

El que lo diga, presente
Dos pesos al cobrador;
Y el que diga *Relator*
De la Gaceta o del Diario,
De leer el diccionario
La pena debe sufrir
Y después contribuir
Con cien reales al Erario.

A todos sirva de aviso
Que el que dijere *Oficina*,
Exigirle la propina
De seis reales si es preciso.
Si alguno pide *Premiso*
No tan solo se le niegue
Sino que en el acto entregue
Sin más escritos ni sobres
Diez reales para los pobres,
Y si es tonto que no juegue.

Quien dijere *Treniá*,
Catredal o *Parlamento*
Pagará un tanto por ciento
Conforme a su facultad;
Quien diga *Causalidad*,
Cirimonía y *Itiqueta*
Aprontará una peseta
Para gastos de escritorio
Y al que diga *Miritorio*
Se aplicará igual receta.

Tres reales dará en fianza
El que dijere *Pacencia*,
Cercunstancia, *Convenencia*,
*Muflorita*², *Comparanza*;
Esto no es broma ni chanza,
Está claro y terminante;
Nadie diga *Platicante*,
Melitar, *Sabre* o *Sordao*,
Pues la multa de un *pescao*
Satisfará en el instante.

Dos meses será expulsado
Si veinte reales no abona,
Quien diga *Ñervo*, *Persona*
U otro término trocado;
Y si terco u obstinado
Dice *Calabre*, *Concencia*,
Magalena, *Indepidencia*,
Debe añadir sin demora
Veinte más, y son ahora
Cinco pesos la sentencia.

El que diga *Meliciano*,
Flaire, *Edivido*, *Vistuario*,
Alifonso, *Pulinario*
Mesmo, *Vide* y *Suidadano*,

Meta al bolsillo la mano
Y entregue media onza de oro,

² Deformación campesina de hermafrodita. También se oye decir manflorita y manflórico. [Nota del compilador].

Pues es punible desdoro
Hablar con tanto descaro
Y hacer que el hombre sea guaro
Cuando Dios no lo hizo loro.

Ítem más, últimamente
Previene nuestro arancel
Que los que digan *Grabiel*
También paguen su patente,
Dos reales para aguardiente
Y cuatro meses de escuela,
Y a los que digan *vigüela*,
Después de abonar seis duros
Se les destierre a extramuros
Por dos años en La Vela.

Deben quedar excluidos
De esta pena los pastores,
Capataces, labradores
Y otros hombres no instruidos,
Perdonando estos descuidos
A los que del campo vienen;
Pero a gentes que se tienen
Por ilustradas y cultas...
Pagar deben estas multas
que en mi bando se contienen.



Dibujo satírico anónimo contra el exceso de militares,
en *El Mosaico*, 1854

LUIS DELGADO CORREA

(El Editor)

En los años de 1850, Luis Delgado Correa, militar y político, se distinguió como poeta satírico, como escritor de costumbres y especialmente como editor de *El Mosaico*, la fina revista fundada por él en 1854 y que tenía entre sus corredactores al gran Fermín Toro. Delgado Correa fue de los primeros humoristas venezolanos que cultivaron el estilo de las sátiras políticas dialogadas y argumentadas como obras de teatro, modalidad en que le siguieron muchos otros hasta las recientes «Sinfonías tontas» y «Teatros para leer» de *El Morrocoy Azul*.

La mamola a que en su acepción irónica se refiere aquí el autor, es uno de los nombres con los cuales se menciona lo que hoy corrientemente conocemos como chupón o teto.

LA MAMOLA

(La escena pasa en Mamamópolis a mediados de la Era Mamífera).

Personas:

Don Mamón,
Don Mamín,
Don Mamerto,
Mamauche, adlátere de Don Mamón.
Mamamiche, adlátare de Don Mamín.
Micomicoma, viuda postulante.
Mamantones, Mama-aduanas, Sali-mamas, etcétera.

ESCENA I

Decoración de Sala.

Don Mamón — Don Mamín.

MAMÍN

—Ya dije a usted, Don Mamón,
que es mucha su mamantina.

MAMÓN

—Don Mamín, selle ese labio,
o mamando va a *Mamila*.

ESCENA II

*Acuden a meter paz Mamantones, Mamauche,
Micomicoma, etcétera.*

MAMÍN

—¿A *Mamila*, Don Mamón?...

MAMÓN

—Don Mamín, a Filipina,
que no se mama a mi honor
sin que mame hasta la crisma.

*Toma por el pico una mamadera que lleva pendiente de una
cinta Celeste¹ en muestra de condecoración y arremete a Don
Mamín, quien empuña del mismo modo su mamadera, y se
pone en guardia.*

ESCENA III

*Mamantones, Malandrines, Mandrias, Mecateros, Mamelucos,
Mama-aduanas, Sali-mamas, Micomicoma, Mamauche,
etcétera, todos decorados con sus mamaderas, cantando.*

A coro:

—Paz, por sus mamas, señores,
cese por Momo esta mimia,
que si unos maman por bajo
maman otros por encima.

¹ Color distintivo del Partido Conservador.

ESCENA IV

Entra Don Mamerto de la Atarraya imponiendo respeto con una descomunal mamadera, la más pujante de todas.

MAMERTO

—Desde Mamera he venido
a concluir esta mamifa:
¡Me dais mi parte, Mamones,
u os mamaréis la ternilla!...
(*Amenazándoles con la mamadera*).

MAMÓN

—Venga, Mamín, un abrazo.
(*Se cuelga su mamadera*).

MAMÍN

—Don Mamón, ¡esta es la vida!
(*Cuélgase la suya*).

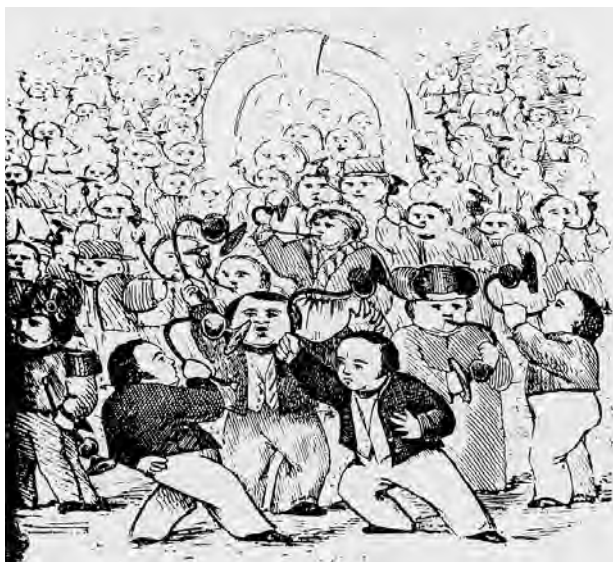
MAMÓN

—¡Y la ventura el mameo...

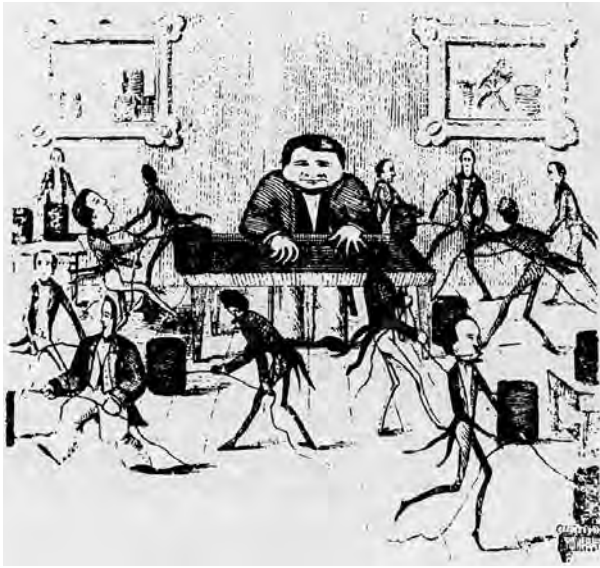
MAMÍN

—Y la mamuncia la dicha!...
(*Se abrazan con entusiasmo*).

Todos los actores llevan a la boca los picos de sus mamaderas cual si fuesen trompetas y entonan un sordo rumor que a los oídos del público semeja a la exclamación: ¡Mameo! ¡Mame... Mameo!... y cae el telón.



Dibujo satírico anónimo en *El Mosaico* para ilustrar
«La Mamola» de Luis Delgado Correa



Los jaladores de mecate, dibujo satírico anónimo en *El Mosaico* de Luis Delgado Correa, 1854-1857

RAFAEL ARVELO

Los años que siguieron a la fundación de *El Venezolano* por 1840, época de creciente marea política precursora de la Guerra Federal, y el período de reajuste que siguió después al firmarse la paz de Coche hasta el advenimiento del guzmancismo, tienen su Arquíloco y uno de sus protagonistas más significativos en la figura del poeta festivo Rafael Arvelo. Nacido en 1814, el escenario de su niñez y de su adolescencia es el de las luchas sangrientas por la Independencia de la patria. Después de seguir estudios secundarios en Bogotá y de vivir algún tiempo en Puerto Cabello, donde desempeñó un cargo subalterno en una casa de comercio, se incorporó a la vida política y empezó a difundir, tanto desde *El Venezolano* como desde otros periódicos que coreaban el oposicionismo levantisco de Antonio Leocadio Guzmán, las sátiras que inmediatamente hicieron a Arvelo tan famoso y tan temido. La primera gran prueba de popularidad en que salió triunfante el viejo Guzmán como caudillo liberal, fue precisamente el sonado juicio que le siguió el banquero don Juan Galindo Pérez a causa de unas seguidillas burlescas de Arvelo aparecidas en *El Relámpago*, uno de los periodiquillos satélites de *El Venezolano*:

Don Juan Galindo Pérez
el alma diera

por no aflojar la hacienda
 de la heredera;
 y andan diciendo
 que ya la tal hacienda
 va Pérez-siendo.

Esto ocurría a principios del período constitucional de Soublette, época significada por el espíritu de ecuanimidad y extrema tolerancia que distinguieron a aquel mandatario, y cuando ya Arvelo había sido electo diputado al Congreso Nacional. Al terminar ese período en 1846, aunque Arvelo había apoyado la candidatura opositorista de Antonio Leocadio Guzmán, el general José Tadeo Monagas, triunfador en la elección, le confirió al poeta el nombramiento de ministro de Estado. Durante la Guerra Federal, Arvelo fue sometido por algún tiempo a prisión. Terminado el conflicto, fue llamado por el presidente Falcón para ocupar el Ministerio de Hacienda, y posteriormente quedó encargado de la Presidencia de la República, cuando aquel mandatario, vacilante e inepto, resolvió establecerse en Barquisimeto. Mientras desempeñaba Arvelo la Primera Magistratura, a causa de la demora de Venezuela en el pago de intereses por el empréstito de la Federación, surgió entre el país e Inglaterra una discrepancia, a consecuencia de la cual fue separado Guzmán Blanco del cargo que ocupaba en Londres como ministro de Venezuela. La drástica medida, recaída sobre uno de los personajes más influyentes del liberalismo, contribuyó a precipitar los acontecimientos que terminaron con el ascenso de Guzmán Blanco al poder. Distanciado así de quien llegó a ser la figura más poderosa de su época, Arvelo se retiró a su espléndida mansión valenciana de

La Gruta, donde la delicia de su conversación, su musa festiva y su reputado paladar para los buenos platos y bebidas, animaban la más exquisita tertulia. Abatido por la reciente muerte de su hijo en esos días, aún le quedará ánimo y caudal satírico como para echar a volar desde su bien servida mesa de La Gruta sus picantes pullas versificadas contra el máximo jerarca del Septenio. Así su conocida improvisación recitada mientras mostraba a sus invitados una hermosa manzana:

Por una cual la presente
perdió el Paraíso Adán:
Si hubiera sido Guzmán
se come hasta la serpiente.

Poeta principalmente oral, gran improvisador; dilapidador generoso de un talento festivo indócil a la expresión escrita, que basaba su eficacia en los estímulos que le presta el auditorio directo, fue Arvelo, como apunta Enrique Bernardo Núñez aplicándole la conocida expresión de Oscar Wilde, uno de esos hombres que ponen más talento en su vida que en su obra. «Usted —le había escrito Juan Vicente González al dedicarle la tercera parte del *Manual de historia*—, usted que no necesita para conquistar una fama perenne sino quererlo».

Rafael Arvelo nació en Valencia en 1814 y murió en Caracas el 10 de julio de 1877. Sus restos fueron acompañados por el pueblo de Caracas hasta el Panteón Nacional, donde reposan.

IMPROVISACIÓN

*Al poeta García de Quevedo, después de
haberle oído su «Oda a Italia»*

Toca Marín el violín
y Colón toca el violón,
mas cuánta desproporción
entre Cunén y Marín
y entre Farriere y Colón.

Hago esta comparación
para establecer por fin
que a Quevedo en parangón
los versos de mi invención
son como a Cunén Marín
o como a Farriere Colón.

Así, presentarme aquí
como vate, es disparate,
soy un bardo en jaque mate
desde que a Quevedo vi.

Hoy, que sus versos oí,
le he dicho a mi musa ¡tate!
y exclamando acá entre mí:
¡Ese es genio y no aguacate!

Oír un verso ramplón
a todo el mundo incomoda

¡y más después de una oda
henchida de inspiración!

Hago, pues, resolución
de callar antes que toda
esta bella reunión
vaya a decir con razón:
¡Ese es galerón, no Oda!

A ELENA ECHENAGUCIA

El 15 de mayo de 1841 se promulga la famosa
ley llamada «de espera y quita». Esa noche,
el poeta asiste a una comida en casa del general
Diego Ibarra. Frente a él estaba la señorita
Elena Echenagucia. Arvelo trinchaba un pavo
y arrobado por la gracia hechicera de Elena,
improvisa su célebre brindis, mitad epigrama,
mitad madrigal.

NOTA DE ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ
EN *Ensayos Biográficos*, 1931

Tus ojos, bella Elenita,
cruels acreedores son,
pues cobran al corazón
sin dar espera ni quita.

El que los mira una vez
su alma y quietud enajena;

y no hay usurero, Elena,
que exija tanto interés.

Por una Elena ardió Ilión;
la historia la pinta bella.
¡Tú, Elena, más linda que ella,
incendias mi corazón!

Mas... ¡soy casado!... Te alabo
y ¿qué haces tú?... Despreciarme:
¡Soy capaz de suicidarme
con esta pierna de pavo!

MISTIFORIS

En 1846 lanzó su candidatura para
presidente de la República el sacerdote
y coronel José Félix Blanco, a quien
por esos días rodeaba cierta irónica fama
como oneroso constructor del camino
de Guamas para cuya ejecución había
recibido la buena pro. Arvelo publicó
sus versos con una nota en la que decía
que habían sido encontrados por un arriero
en el camino de Pedraza-Barinas.

¡Mis amados oyentes! ¡Pueblos venezolanos!
Cantad himnos de gloria y el *miserere mei*,
Soy vuestro presidente, mis queridos hermanos.
¡Compañeros de armas! *Gloria in excelsis Dei*.

¡*Benedicamus Domino*, reverendo Aspúrua!
Por ti la *Janua Celis* abrióse a mi ambición,
Tú me elevaste al solio: *fiat voluntas tua*
Y venga a nos tu reino, *benedicta* nación.

¡*Veredignum* Sanavria! ¡*Beatissimus* Quintero!
¡*Causa nostra letitia*! ¡Salve! Salve otra vez.
Venid, que demostraros mi gratitud yo quiero,
Tomad los portafolios: *dignum et justum est*.

Venid, *gratias agamus domino Deo nostro*
Que un manso *panem nostrum quotidianum* nos da:
Venid, que la fortuna muestra benigno el rostro
Y su inconstante rueda *per semper* fija ya.

Pues el cielo ha querido reunir en mis manos
El báculo divino, la espada y el bastón,
Al son de los timbales cantad, venezolanos,
Aleluyas coreadas con el *Kirie eleison*.

¡Dicen los guzmancistas que yo soy oligarca!
¿Qué importa?, poseídos están de Satanás;
Yo soy la rosa mística y la *federis arca*,
Un rayo de la guerra y el iris de la paz.

¡Cuán próspera y dichosa no serás, Venezuela,
Bajo el dulce zurriago de un cura-coronel!
La misma rancia Europa aprenderá en mi escuela
Lo que valen unidos el templo y el cuartel.

Será la agricultura mi objeto predilecto:
¡Los pobres labradores...! perecen, bien lo sé;
Ya verán sorprendidos el milagroso efecto,
De las sabias medidas que pronto dictaré.

¿Necesitáis caminos? Os abriré el del cielo;
Exceptuando el de Guamas ninguno habrá mejor
Y llegarán las almas en un Jesús, de un vuelo
Al trono del Eterno en coches de vapor.

Pero tened presente que es ímprobo el trabajo,
Que exijo un privilegio por el ferrocarril,
Que el cerro de la imprenta debe venir abajo
Y ensancharse la puente llamada 10 de Abril.

La estela matutina vendrá con luz temprana
A despertar los gérmenes de la vegetación:
¿Faltan lluvias? Resuelto: «Que la Copacabana
Salga con diez soldados y un cabo en procesión».

No faltará quien pida remedios más directos,
Diciendo «*falta monis*» si en esto estriba el mal,
Ya tengo bien previsto el caso en mis proyectos
Daré «nuevos auxilios al Banco Nacional».

Y la mano de Pérez, que es una regadera,
El manirote Huizi y Woolf el prodigón,
A torrentes el oro derramarán do quiera
Y en una *domus aurea* trocarán la nación.

Si esto no cicatriza las llagas que la usura
Abrió, si la paciente cede a su postración,

Con un *ego te absolvo* muere la agricultura
Debiéndome a mí solo su eterna salvación.

Las ciencias, voto a Cristo, llegarán a su cima:
Publicaré un compendio en que hago refusión
De Bentham, Say, Ripalda, de un tratado de esgrima,
Vattel y Filangieri, la Biblia y el Colón.

¿Y quién con este libro, por estulto que sea,
No podrá ser un digno ministro del altar,
Una fuerte columna en el templo de Astrea,
Un hábil financista e invicto militar?

Las artes, poco importa que mueran en olvido:
Sus productos nos vienen mejores de ultramar;
Pero el comercio ¡*futro!* jamás ha recibido
El eficaz impulso que yo le pienso dar.

Romperé las cadenas que le han aprisionado
Derogando *ad perpetuam* el prolijo arancel.
Con diezmos y primicias se sostendrá el Estado,
A más de las limosnas que ofrezca cada fiel.

En fin, tenéis, hermanos un presidente mixto
Que lleva dignamente bajo el brazo el bastón,
El trabuco en la diestra y en la siniestra el Cristo,
Dando salud al cuerpo y al alma salvación.

Y bien, decidme ahora, malvados liberales,
¿Por qué con furia tanta me repugnáis? Por qué
Si yo soy el remedio de todos vuestros males
Quare me repulistí? Quare conturbas me?

Empero yo os perdono, ovejas descarriadas,
Y os abro generoso mi seno paternal.
Pax domini sit semper vobiscum, camaradas;
Mas ¡ay! haced que calle la prensa liberal.

Si escucháis mis plegarias y cesa vuestra guerra
Yo lograré que el papa conceda un jubileo
Y gozaréis, hermanos, dicha sobre la tierra
Y en la mansión eterna la dicha que os deseo.

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amén.

JESÚS MARÍA SISTIAGA

Nació el 19 de enero de 1823, en Caracas, y murió en la misma ciudad el 25 de mayo de 1889. Además de jurista, doctor en filosofía y uno de los primeros latinistas de su tiempo, fue una figura política de primera importancia y ocupó elevados cargos en la administración pública, entre ellos el Ministerio de Relaciones Exteriores. En versos que con frecuencia se resienten de su excesiva extensión y en los que la finalidad moralizadora se nota a veces demasiado forzada, compuso Sistiaga numerosas fábulas, cuyo mérito radica en que fueron entre nosotros las primeras en llevar a esa expresión literaria los temas, el paisaje y los animales del trópico. Fue en este aspecto el más significativo de los fabulistas venezolanos antes de Job Pim y Pérez Perozo, maestros insuperables del género en Venezuela. Las fábulas de Sistiaga quedaron dispersas en los periódicos y revistas de su tiempo, especialmente en *El Porvenir*, donde empezó a publicarlas en 1866, casi todas firmadas con el seudónimo Abein Zeir.

EL ZAMURO CATEDRÁTICO

En un valle que riega el Amazonas
existe un grande imperio de animales,
que han visitado ya muchas personas
por cierto muy veraces y formales.

Hay allí de notable un buen liceo
dotado de excelentes profesores,
que han llevado la ciencia a su apogeo
y poblado la tierra de doctores.

No sé cuál de las aulas presidía
un soberbio magnífico zamuro,
cuyo talento y gran sabiduría
son circunstancias de que estoy seguro:

Sus discípulas eran las palomas
y escuchaban atentas las lecciones
que amenizaba el maestro con sus bromas
y anécdotas de muertos a millones,

Narrando con facundia encantadora
mil historias de espléndidos banquetes,
recuerdos de una guerra asoladora
en que se hartó de potros y jinetes:

Mostraban las alumnas repugnancia
cuando escuchaban tanto desatino;
pero ved lo que puede la constancia
y machacar y darle de contino:

Iban tomando amor las muy tunantes
y más se aficionaban cada día
a lo que tanto detestaban antes
y que tan solo horror les infundía;

Cambiando de tal suerte sus ideas
que enviaron al maestro una persona,
pidiéndole, por premio a sus tareas
acompañarle a alguna comilona.

Yo no quiero contar (por puro aseo)
lo que hicieron aquellos animales:
hubo paloma que en aquel bureo
aventajó las hienas y chacales.

Mostrándose el zamuro muy ufano
de ver que las palomas sin empacho,
picoteaban con ansia, en vez de grano,
un sucio y asqueroso carapacho;

Y cuando del banquete, entusiasmadas,
saboreaban lo opíparo y lo bueno,
marchándose a sus casas estropeadas
muy sucio el pico y con el vientre lleno,

Exclamaba el zamuro en tono enfático
y con el airecillo doctoral:
¡Es mucho lo que puede un catedrático
para inspirar a un niño la moral!

FLORES DE PASCUA

P óngase todo el mundo entre el bolsillo
O ro sonante o macuquina plata;
N adie de esto se escuse, que barata
T oda especie vendemos, a un cuartillo;
E ncurtidos, habano cigarrillo
Y mil licores de pureza grata;
M antequilla, conservas en su lata,
A ceite y velas de flamante brillo.
N o hay que apegarse, avaros, al dinero;
R icos, llenad la lipa noche y día;
Y antes que el tiempo con su dardo fiero
Q uiebre de la salud la lozanía,
U sad de nuestras cosas, aquí en venta:
E stómago repleto, alma contenta.

Diario de Avisos

Caracas, enero 7 de 1857

FRANCISCO DÍAZ FLORES

(Modesto)

Junto a Jesús María Sistiaga, iniciador del género en el país, figura Díaz Flores como el segundo de nuestros fabulistas importantes en el siglo pasado. Identificado con el general Falcón desde los comienzos de la Guerra Federal, nunca ocultó en cambio su antipatía por el segundo de los grandes jefes de aquel movimiento, el general Antonio Guzmán Blanco, a quien ridiculizó en una serie de fábulas políticas que popularizó bajo el seudónimo de Modesto. Durante el gobierno del general Alcántara, al producirse el primer movimiento de reacción contra el guzmancismo, Díaz Flores editó algunas de sus fábulas en un pequeño folleto titulado *Álbum del Septenio* y publicado en 1877.

La fábula de «El Pájaro de Potrerito» que aquí reproducimos como la mejor muestra del arte de Díaz Flores, alude al siguiente hecho histórico: En 1872, alzado Matías Salazar en Carabobo, el presidente Guzmán, que había salido personalmente en su persecución, anunció con su acostumbrada espectacularidad tener cercado al insurgente en la localidad de Potrerito, y casi al mismo tiempo que con este anuncio se difundía en Caracas la noticia de que en realidad Salazar se encontraba sano y salvo en Tinaquillo, donde posteriormente fue apresado. Al llegar pocos días después a Tinaquillo, Guzmán hizo poner presos en el cuartel de la guardia a los generales

Jesús María Lugo y Eloy González, así como al señor Carlos Uslar, por haberse enterado de que estos habían celebrado el fiasco de Potrerito comparándolo con el conocido cuento de Pedro Urdemales y el pájaro de los siete colores.

EL PÁJARO DE POTRERITO

Por tradición, por crónica o anales
se conoce la historia
de un tal Pedro Urdemales
de chistosa memoria:

La vida de este tuno
era reírse de la humanidad;
chanzas tal vez pesadas, es verdad;
mas su recuerdo nunca es importuno.

Yendo por un camino una ocasión...
le vino un apretón:
no quedó otro remedio
que zafar con premura el pantalón
y desahogar el vientre medio a medio.

En posición tan crítica
siente de un etalón el trote alzado,
y que viene montado,
eso no deja duda a su política;
que un trote firme, igual,
presupone una mano en el bozal.

Pedro en el acto inventa
una de sus famosas travesuras:
tapa con el sombrero sus horruras;
y en esto el de a caballo se presenta:
era un mozo arrogante
de pie andaluz y señorial talante.

Le admira aquella plancha...
Un hombre allí en cuclillas
contra el suelo sujeta las orillas
de un sombrero de ala ancha.

«Te veo algo apurado,
le dice con agrado:
A ayudarte me obligo,
si lo quieres, amigo».

—Es Dios quien te ha traído, buen señor,
que me vas de una angustia a libertar:
Un pájaro curioso, singular,
por su canto, su forma y su color,
me mandaron de tierra muy lejana,
¡y el pájaro se me huye esta mañana!
Me vuelvo loco, salgo, aquí lo atrapo;
pero hecho un Lucifer vuélame al rostro;
de un sombrero, al cabo aquí lo postro
y al momento lo tapo.
A un salto está mi casa, allí su jaula;
sujétamelo aquí por compasión
que este servicio paga mi patrón
San Francisco de Paula.

—A servirte me avengo;
móntate en esta jaca que es muy buena;
que en premio de mi pena
con solo ver la maravilla tengo.

El jinete se apea
y releva al tunante en su tarea.

Montóse Pedro, y ojos que te vieron.
¿A dónde fue este pilllo?
Yo creo fue a tener a Tinaquillo
o las crónicas mienten o mintieron...

El sol, la plaga y cierto cefirillo
que salió del sombrero
comienzan a punzar al caballero:
una hora tras otra hora
era ya necedad cualquier demora.

—Pues esto pasa de castaño oscuro,
se dijo el pobre hidalgo:
Salgamos del apuro
y llevaréme el pájaro, que es algo—.
Y diciendo y haciendo,
con precauciones mil
un ligero perfil
alza, y la mano por allí metiendo
un agarrón al *pájaro* le tira,
—¡Maldición!—, exclamó,
y en su semblante se pintó la ira.

Ya tú sabes, lector, lo que cogió.
¿Qué cogió?... Chito, chito:
Lo que cogió el ilustre en Potrerito.

Úslar, Lugo, González,
Memorias les dejó Pedro Urdemales.

JUAN VICENTE CAMACHO

Nació en Caracas el 8 de julio de 1829. Poeta romántico de filiación heineana, en sus versos compuestos casi todos en el estilo popular de los octosílabos convive de manera admirable la gracia epigramática con el más fino trasfondo lírico. Lo mismo que a su hermano Simón, los avatares políticos de su tiempo lo aventaron en su juventud lejos del país. Radicado por largo tiempo en Lima, allí tuvo una figuración literaria importante y desempeñó el cargo de intérprete en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú. En 1853 fue nombrado secretario de la Legación de Venezuela en Lima, y en 1866 regresó al país como Agente Confidencial del Perú en Caracas. Murió en París el 4 de agosto de 1872. Su poesía completa fue editada ese mismo año en París por la Imprenta Hispano-americana de Rouge, Dunon y Fresné, y en 1889 en Curazao por A. Bethencourt e Hijos.

RECETA CONTRA EL CÓLERA

Dormir bien y a buena hora
La frente alta y libre el pecho,
Decir adiós al lecho
Poco después de la aurora.
Pedir perfumes a Flora
Cuando el sol el campo vela,
Andar con mucha cautela
Sin ruidos y sin disputas,
En capítulo de frutas
Preferir las de cazuela.

Fumar poco y con regalo,
Tabaco malo es veneno
Y vale más poco y bueno
Que consumir mucho y malo.
Dar a Baco con un palo,
Que *chupar* la vida estanca;
No consumir una blanca
Que buen objeto no tenga
Y recibir cuando venga
A Venus con una tranca.

Si vas a ver tu lucero
Te hallas en el salón,
De contrabando un bastón,
Con ítem más un sombrero,
Toma humilde otro sendero,
No hagas a nadie reír,
Y ve diciendo al salir:

Paciencia, porque en la tierra
Cuando una puerta se cierra
Ciento se suelen abrir.

Que se levante la Prusia,
Y armada cual D. Quijote
Haga del Austria un gigote,
Pese al diablo o a la Rusia;
Que con fuerza o con astucia
Defienda alguno el derecho
Con una pistola al pecho,
No hay más que andar de soslayo
Y decir para su sayo:
Que les haga buen provecho.

Que salga el sol por Levante
O la luna por Oriente,
Que atrevido pretendiente
Arroje al Gobierno el guante;
Que uno caiga, otro levante,
Que el ambicioso en su rabia
Vaya a parar en Arabia
Al final del somatén:
El decir a todo amén
Es la máxima más sabia.

Que la eche Juan de doctor,
Y aunque no sabe leer,
Pretenda hacerme creer
Que es un sabio; sí señor.
Que viene luego Leonor
A quien ayer conocí,

Sabe Dios cómo, y a mí
Me recibe dulce y bella
como púdica doncella...
¿Qué hacer? Le digo que sí.

—Soy un sabio. —Está muy bien.
—Soy un valiente. —Es así.
—Jamás he robado. —¿Sí?
—Soy todo un hombre. —También.
—¡Que viva el Gobierno! —Amén.
—¡Que muera el Gobierno! —Ya.
Todo va bien. —Así va.
Todo va mal. —Así es.
Nos lleva el demonio. —Pues.
Nos salvamos. —Claro está.

Nos crió la Suma Bondad
Y nos dio para regalo
Poco bueno, mucho malo,
Avaricia y vanidad.
Si quiere la necedad
Hacer de la noche día,
El discreto que se ría
Cuando a los hombres baraja,
Ese sacará ventaja
De la humana tontería.

Dejar que el mundo dé vuelta,
Buscar las uvas maduras,
Nunca meterse en honduras
Y dormir a pierna suelta.
Llamar a la coja esbelta,

Darse el aire de un Belén,
Decir que todo anda bien,
Aunque la sogá se quiebre,
Es remedio de la fiebre
Y del cólera también.

En la
Casa del Sr. S. Larrazabal.

Di.
1

de
ulo
an-
sivo
NA-
LO-
No-
tu de
mera
tiene
e co-
lar

BESOS A 5 POR MEDIO

Ent

ENL infrascripto, que por la gracia de Dios se encuen-
tra á dos dedos de contraer el Santo Nudo del ma-
trimonio, pues entre paréntesis, piensa casarse *in fa-
cile ecclesie*, espera que sus bonazos deudores, le ayu-
den á la consumación de tan laudable fin, presentán-
dose voluntarios á consignar la VESTALIDAD.

Joáe D. Alarza. 3-2

REPUBLICA DE VENEZUELA.—Secretaría
Nacional.—Caracas.

Anuncio en *El Piquifuye*, 1858

JUAN JOSÉ BRECA

Nació en La Guaira en 1835. Poeta, autor teatral, escritor de costumbres y excelente traductor de los humoristas ingleses, se distinguió especialmente como cantor de la vida muelle y de la mesa bien servida. En 1882 fundó en Caracas *El Punch*, simpática imitación de la conocida revista inglesa, y en cuyo cabezal de créditos se leía: «Este periódico no trata de literatura, ni de artes, ni de ciencias, ni de religión, ni de política, ni de agricultura, ni de comercio, ni de intereses generales, ni de intereses privados: ¡TRATARÁ DE TODO LO DEMAS!». *El Punch* fue suspendido por el gobierno de Crespo como implicado en la célebre burla política contra Guzmán Blanco que los intelectuales de Caracas organizaron bajo el nombre de *La Delpiniada*.

En 1884, Breca publicó su interesante libro *Páginas guaireñas*, que incluye varios artículos en idioma inglés.

EL SANCOCHO

Tributen alabanzas al guisado,
A los fritos, sardinas y jamones,
Los que nunca otras cosas han probado
Que chorizos y rojos salchichones.
Bendigan en buen hora el estofado
Las pandillas de malos comilones,
Que yo tengo mi lengua, no soy mocho,
Para cantar las glorias del sancocho.

Escabeches, adobos y mondongo,
Olletas, embuchados y judías
Son cosas que en mi mesa yo no pongo,
Sino así... cada veinte o treinta días.
Jamás permita Dios que coma hongo;
Ni que toque una trufa mis encías;
Yo prefiero a diez fritos y a diez y ocho
Un platito, no más, de buen sancocho.

Si de sancocho un plato alguno empina,
Seguro estoy de que hasta el plato lame;
Y si al sancocho agrégase cecina,
Cambures, apios, plátanos y ñame,
Y pechugas y muslos de gallina,
No habrá quien entusiasta no proclame
Que sí es espiritual el Niño Atocho
Milagros hace y muchos el sancocho.

Alimento como él no habrá que entone
El sistema que se halle en grado bajo,

Que el sancocho eficaz siempre repone
Las fuerzas que gastó tenaz trabajo;
Y sobra en todas partes quien lo abone
Enalteciendo el bien que al mundo trajo,
Y hay quien diga que crece el que es topocho,
Si acostumbra a nutrirse con sancocho.

Llamad a un pobre viejo tembloroso,
Trémulo al soplo del helado cierzo,
Un viejo octogenario y achacoso
Que andar no puede sin mortal esfuerzo;
Ofrecerle de modo cariñoso
Un plato de sancocho por almuerzo,
Y el viejo inútil, descarnado y chocho
Veréis robustecer con el sancocho.

Ved al peón que en el robusto lomo
Conduce dos fanegas de cacao;
No se encorva jamás, ni por asomo,
Y es capaz de llevarlas a Bilbao,
Porque son sus pulmones cual de plomo,
A fuerza de comer, no bacalao,
Sino solo un pedazo de bizcocho
Y un suculento plato de sancocho.

El manjar exquisito que yo canto
Es invención sublime del talento;
Mis ojos verterán amargo llanto
Si me llega a faltar por un momento.
Nunca ¡oh Dios mío! me abandone el santo
El que has bendito, único alimento,
Ni me falte jamás, aunque sorocho,
Un plátano en mi olla de sancocho.

EN LA HAMACA

A Trina

¡Qué deliciosa vida
Aquí me paso yo, mujer querida,
Tendido muellemente en esta hamaca!...
Mira, ve al aposento
Y busca en un momento
El libro aquel que está entre la petaca.

Aquel de pasta negra
Que hace tres días te mandó mi suegra,
El que tiene una cruz con una palma
Grabadas en el forro;
Y búscame mi gorro...
¡Voy a elevarme a Dios en cuerpo y alma!

¡Oh dulce hamaca mía,
De mi vida en la eterna algarabía,
Amiga fiel, tu amparo no me niegues!
Deja que la tristeza
Que embarga mi cabeza,
Sepulte, fatigado, entre tus pliegues.

He aquí ya el libro santo
en donde encontraré inefable encanto:
Ramillete de divinas flores.
¡Qué título tan bueno!
Sin duda de su seno
Exhala dulces, místicos olores.

Pero, Trina, me abraso
De sed. ¡Qué sed tan fuerte! Dame un vaso.
Me está doliendo un poco la cabeza
Y estoy hecho una fragua
Que me puede hacer mal, dame cerveza.

Gracias. ¡Bueno y hermoso
Licor! ¡Topacio líquido, espumoso!
Bebida que reemplaza los refrescos
De los tiempos de antaño,
Y no hace ningún daño,
Pues ya se hubieran muerto los tudescos.

Pon a mi alcance un jarro
Más de licor, y búscame un cigarro,
Que voy a dar principio a la lectura
De este libro divino
Que me abrirá el camino
Para subirme al cielo en derechura.

Desde allá Tú, Dios mío,
Obsérvame leyendo un libro pío
Con el fin de aprender la santa ciencia
De ser tu amigo en todo;
Y ver si de este modo
No se me agota tanto la paciencia.

Y en verdad, peregrino
Es este libro que llamó divino
El fraile santurrón que lo compuso,
Para fiel monumento

De su vasto talento
Y de su ingenio y su saber infuso.

¿Quién pudo ser el hombre
Que este libro escribió con este nombre?
Apuesto que no lo hizo un monaguillo,
Sino algún docto mago...
Mas, Trina, dame un trago,
Y enciéndeme después un cigarrillo.

Y busca azúcar *candy*,
Y agua y limón y un botellón de *brandy*,
Porque, Trina, no sé qué estoy sintiendo...
El bello ramillete
Cual mágico pebete
Cierra mis ojos... ¡ah me estoy durmiendo!

Aquellos que a Dios amen
Aquí hallarán prolijo y santo examen
De la ciencia, mas ¡oh!... ¿qué es lo que veo?
¿No me engañan mis ojos?
¡Qué conceptos tan rojos
Estos que en el examen hallo y leo!

Como cristiano humilde
No quiero que a las manos de Matilde
Llegue este libro de letal semilla.
Qué cosas, ¡ah!, tan feas...
Tú, Trina, no lo leas
Porque es veneno que el pudor mancilla.

La rápida sonrisa
Que columbré en tus labios bien me avisa
Que tú dudas aquello que yo he visto...
¿Quieres místico encanto?
Te daré un libro santo,
Libro inmortal: ¡*La imitación de Cristo!*

Mas mi sed no se apaga
Por más que mi garganta ponche traga.
Y me hallo con febril desasosiego;
Trinita... ve allá afuera,
Trae la licorera,
Y dejemos el libro para luego.

LA FRUTA TENTADORA

Es un hecho y estaba ya predicho,
que en el Edén, la linda y núbil Eva
viviendo con Adán —no cual manceba—
había de tener algún capricho.

Y cuentan que un reptil, un pobre bicho
que de serpiente inmundada el nombre lleva,
salió de su escondite o de su cueva
con muy mala intención: así lo han dicho.

Aquel reptil, sin provocar disputa,
mostró de Eva a la creciente gana
un prodigio, y se fue diciendo: —Abur...

Era la rica y sazonada fruta
que por error llamáronla manzana
y que en verdad no es otra que el cambur.

NICANOR BOLET PERAZA

(Abdul Azis)

Político, militar, periodista, publicista y escritor de costumbres. Nació en Caracas el 4 de junio de 1838 y murió en Nueva York en 1906. Tipógrafo en su juventud, con su hermano, el dibujante Ramón Bolet, fundó en Barcelona *El Oasis*, y luego en Caracas el *Museo Venezolano*, primer periódico que empleó en Venezuela la técnica de los grabados en colores y donde publicó sus primeros artículos. Al terminar la Guerra Federal, en la que alcanzó el grado de general de Brigada, fue elegido diputado por el Partido Liberal, que llevó al poder a Guzmán Blanco. Gran orador y habilísimo político, actuó como uno de los líderes más vehementes del guzmancismo en el Congreso hasta el final del período denominado el Septenio, cuando advino al poder el general Francisco Linares Alcántara y se produjo la reacción contra el guzmancismo desde el propio seno del partido gobernante.

Como mentor intelectual de esa reacción y su primer iniciador parlamentario, fundó entonces Bolet Peraza, en 1877, su combativo periódico *La Tribuna Liberal*, disidente de la corriente representada por el diario guzmancista *La Opinión Nacional* del que había sido redactor hasta esa fecha. En sus «Evoluciones», sátiras políticas dialogadas en verso y publicadas en *La Tribuna Liberal* por entregas, continúa Bolet Peraza un modo de humorismo que por los

años de 1850 había ya ensayado en *El Mosaico* Luis Delgado Correa y adelanta el estilo que en nuestro tiempo popularizó en sus celebradas *Sinfonías tontas* Miguel Otero Silva. Muerto repentinamente en pleno ejercicio del poder el presidente Linares Alcántara, cuya política antiguzmancista apoyaba Bolet, el país vive un momento de intensa confusión que la corriente guzmancista del Partido Liberal aprovecha para llevar nuevamente a la presidencia al general Guzmán Blanco, por lo que el escritor y su familia se ven lanzados al exilio. En 1880 se residió en Nueva York y allí, después de redactar por algún tiempo la *Revista Ilustrada*, fundó con su gran amigo José Martí *Las Tres Américas*, una de las publicaciones literarias de mayor prestigio en su época. La publicación en aquellas revistas de sus artículos festivos y de costumbres —especialmente de sus simpáticas *Cartas gredalenses* sobre motivos de la vida cotidiana en los Estados Unidos—, le atrajo a Bolet Peraza en todo el mundo hispanoamericano una popularidad poco frecuente por entonces en un escritor de su origen. Terminada la tercera administración guzmancista y ocupada la presidencia por el doctor Rojas Paúl, Bolet Peraza fue designado para representar a Venezuela ante el Primer Congreso Panamericano de Washington con jerarquía de ministro plenipotenciario. Por la variedad de sus intereses y por la amplitud enorme de su registro, la obra de Bolet Peraza ha sido con frecuencia comparada a la de su contemporáneo Juan Vicente González, así nos parezca menos culta y brillante que la del caudaloso escritor de las *Mesenianas*. Por tratarse además de una obra principalmente periodística, de tan copiosas páginas como escribió apenas se salvan sus conocidos artículos de costumbres,

coloreados documentos de una época especialmente pintoresca de la vida caraqueña.

De la fama continental que en su tiempo le conquistaron a Bolet sus leídas columnas para la *Revista Ilustrada* y para *Las Tres Américas*, es amable testimonio el hecho de que el 25 de marzo de 1906, al morir en Nueva York el escritor, el periódico *La Prensa* de Buenos Aires hizo sonar con tal motivo la famosa sirena que destina a anunciar los sucesos de importancia mundial.

Una parte importante de la obra de Bolet Peraza fue reunida en 1930 por la editorial española Araluce, bajo el título de *Artículos de costumbres y literarios*.

LACRIMOMANÍA

Hay gentes muy buenas, demasiado buenas tal vez, que viven pendientes de las catástrofes, de las defunciones, de todo aquello que aflige y hace llorar, gentes que, en efecto, sienten y lloran los males del prójimo como si fuesen propios, y salen a la calle a buscar otras personas a quienes contagiar con su tristeza. Son noticieros oficiosos de toda calamidad, aguafiestas en todo regocijo, verdaderos cartujos escapados de convento, que por donde quiera van, y a cuantos encuentran, por divertidos y alegres que estén, les dicen, o parecen decirles: «hermano, de morir tenemos».

Por ellos sabe uno que fulano amaneció colgado de una viga, que la señora de zutano dio a luz dos niños difuntos, que mengano se metió a muerto en la madrugada de ese mismo día, que al cura menganejo le robaron la sotana y al albañil perencejo la mujer; y todo esto se lo dicen a uno echando los pulmones a suspiros y manándoles los ojos chorrerones de agua salobre. Si va usted a salir para un baile o para el teatro, le ataja en la puerta uno de esos mensajeros fúnebres y a boca de jarro le descerraja a usted la noticia de la muerte de un pariente lejano, que por más señas no le deja herencia.

—¿Es usted algo de un señor don Tristán Cerraja, recaudador que fue del impuesto sobre la matanza de cerdos?

—Primo tercero, para servir a usted.

—Pues viéndole yo a usted que se prepara a divertirse esta noche, me apresuro a decirle que a su señor pariente le entierran mañana en su pueblo. Dispense usted que por no afligirle a usted no le diga por lo claro, que el referido sujeto es muerto.

Si su médico le ha descubierto a usted un principio de afección cardíaca, o un apelmazamiento en el bazo, prescribiéndole huir de toda impresión desagradable, de seguro que no andará usted tres cuadras sin toparse con uno de esos búhos, que le pondrá el ánimo más negro que faldón de catafalco, refiriéndole el atroz rato que acaba de pasar viéndole estirparle un tremedo zaratán a la viuda del carnicero que le provee a usted de chuletas, o cualquiera otra barbaridad de cirugía feroz por el estilo.

En mi pueblo había una tal doña Mariquita, que era gran notabilidad en el género lacrimoso. Se la pasaba la pobre señora todo el día en la puerta de su casa. Creo que ni comía por estarse en atalaya de los transeúntes; y Dios me lo perdone, pero no me la puedo imaginar sino tal cual en aquellos tiempos de mi infancia la veían mis ojos asombrados, como una enorme lechuza, vestida siempre de morado y dos lagrimones chorreando perennemente de aquellos sus dos ojillos verdes, color de acaparrosa.

—Ven acá, hijito... —me decía al columbrarme por la calle—. ¿No sabes quién se murió anoche? Nada menos que el pobrecito del campanero de la iglesia, tan buenote, tan honrado, tan exacto. ¡Ay, niño, si era un mismo reloj! Se subió a la torre un poquito mareado con el bebedizo que tomó en el bautizo de un sobrino, se le fue la cabeza, se cayó del campanario y se hizo tortilla sobre el empedrado.

Y la sensible señora sacaba un desaforado pañuelo de yerbas empapado ya como una esponja de barbero y se lo pasaba por los lagrimales, que de puros rojos parecían bordes de vejigatorio.

—Ven acá, hijo —me decía al siguiente día—; ven acá que tengo que contarte lo afligida que estoy. Se han ahogado en el río tres militares que se tiraron a bañarse para

cortarse unas tercianas. Me dice la cocinera, que los tienen desnudos en la playa...

Y en cada uno de los días subsiguientes, sin faltar uno solo en el año, me rezaba la buena mujer el obituario, y llegó a ponerme tan espantadizo y nervioso que ya no dormía sino soñando con muertes y con fantasmas.

Un día en que yo sabía de ciencia cierta que no había ocurrido en la ciudad ninguna defunción, salí de mi casa muy contento, seguro de que doña Mariquita no tendría en esa vez ninguna aciaga noticia que darme. Pero en la adolorida señora era ya eso una verdadera manía. Sus lágrimas lloraban, así lo contemporáneo como lo retrospectivo, lo pequeño como lo grande, la crónica como la historia.

—Ven acá, hijo, ven acá, criatura —me dijo atrapándose al pasar, hecha una Magdalena y moqueando más que nunca sobre su pañuelo de Madrás—. Esto parte el alma, niño; esto es para no acabar de llorar en todo el día.

—Pero si nadie se ha muerto, señora—me apresuraba yo a decirla para ver si se tranquilizaba.

—¡Dichoso tú, niño, que para entonces no habías nacido!... ¡Hoy hace 25 años que murió el Libertador!

Y una tempestad de patrióticos zopillos quebraba el resuello a la pobre señora.

*

Una delicada y querida personita tengo yo muy cerca de mí, a quien me la ponen de remate las cosas tristes de este mundo; y como a mí me gustaría ver siempre un sol de alegría resplandeciendo en su cara, suelo decirla, en sus horas mustias:

—Nada, chica; que vas a parecerte a doña Mariquita Lupes, que cuando no tenía por quién llorar, lloraba por Bolívar.

LOS NERVIOS

Peso ciento ochenta libras inglesas; mido seis pies y ocho pulgadas del talón a la raíz del pelo; y en mi cara se vende más salud que en una farmacia. Cualquiera al observar la cuasi bermeja color de mi tez, juraría que ello es efecto de estimulantes, cuando en verdad que ni el zumo de las parras ni los alcohólicos fermentos entran jamás en mi reino. En una palabra, soy lo que un agente de seguros de vida llamaría «un buen riesgo».

Pero vaya usted a fiarse de apariencias. En oposición a estas saludables condiciones de mi naturaleza, padezco un achaque insufrible que me hace desgraciado. Tengo nervios.

No hay que imaginarse por esto que soy persona que se desmaye porque delante de mí le rebanen la cabeza a cualquier prójimo. Hombre soy de los de pelo en pecho, y como la cosa sea gorda la afronto. Mis nervios entonces se templan y engruesan, y pudiera decirse que todo mi cuerpo se vuelve músculos.

Mi especialidad consiste en lo pequeño, en lo diminuto, en aquello en que otros ni siquiera paran mientes. Un zapato que cruje, un violín que rasca las tripas, un orador que no acierta con el hilo de su discurso, un hablador que no deja meter baza, un tartamudo que masca las palabras, un bizco que me mira por carambola, son cosas que me sacrifican, que me revientan.

Los amigos más caros a mi corazón los he perdido por causa de esa maldita idiosincrasia. Uno tenía, por quien hubiera dado gustoso la vida. Amistad de diez años, pruebas mutuas de cariño, sacrificios desinteresados, todo se lo llevó pateta en una sola noche. Por la primera vez dormimos en la misma pieza, aunque en distintos lechos. Antes de irnos a la cama fumamos un puro, echamos un párrafo, dímonos las buenas noches y venga el señor Morfeo. ¿Morfeo dijiste? Ni por pienso. Al cabo de un instante, mi amigo comenzó a resollar grueso como quien prepara un fuelle de iglesia para entonar vísperas en el órgano; luego dejó escapar de su garganta unos registros en recalcitrantes escalas cromáticas; pausa de semínima, y de repente un *tutti* a grande orquesta. Flautas agudas, cuernos graves, trombones profundos, oboes quejumbrosos; ¡qué concierto más completo!

—¡Pepe... Pepito... Pepillo! Despierta; chico, que estás roncando.

—¿De veras? Pues es extraño, porque nunca ronco. Será que estoy echado sobre el corazón. Y se voltió del lado del hígado.

Silencio de algunos minutos; a poco rato nuevo soplar de fuelles, probar de instrumentos, afinar del *la*, y *da capo al signo*, con redoblado furor y apresurado compás de *allegro vivace*.

—¡Pepe... Pepito... Pepillo... Pepete!

—¿Qué es, hombre?

—¡Que vuelves a roncar, querido.

—Será a causa de la almohada. —Y voltió la almohada.

Breve rato tardó en proseguir el interrumpido concierto. De la obertura de Lohengrin pasó el inconsiderado amigo a la de Tannhäuser, y acaso me hubiera obsequiado

con el selecto repertorio de Wagner, a no ser que le llamé de nuevo.

—Pepe... Pepito... Pe...

—Vete en horamala, hombre, que no me dejas dormir. ¡Ahí te dejo tu cama y tu casa!

Levantóse airado, vistióse de prisa y se marchó. Hasta el sol de hoy. Buen amigo, excelente mancebo; te he perdido para siempre. ¿Qué vamos a hacer? Estos nervios...

Viene ahora a mi recuerdo Paco Sánchez, el mozo más cabal que he conocido en la tierra. Una perla de muchacho; pero se comía las uñas. Con disimulo comenzaba por llevarse el dedo a la boca, así como quien se acaricia el bozo. En seguida la carcomida uña entraba voluntaria al holocausto; rasgábase la carne, corría la sangre, y mis nervios parecía que iban a estallar. ¡Qué suplicio! Al fin pudieron más que mi prudencia esos filamentos invisibles, y me hicieron saltar sobre el voraz antropófago, y arrancarle de los dientes aquella su propia diestra, que se comía cruda y a pedazos. ¡Pobre Paco Sánchez! Si el inocente afán de devorarte a ti mismo te ha dejado siquiera una sola mano útil, a ella alargo yo la mía para implorar tu perdón.

Aseguran que la falta de la letra R en ciertos meses del año enflaquece y enferma a las ostras. Lo propio me sucede a mí cuando oigo suprimir o falsificar el sonido de esa consonante.

—Permítame usted, hermosa niña, que ofrezca a usted este vaso de sangría —dije en cierta reunión de familia a una agraciada muchacha que acababa de llamarme la atención por su modesta belleza. Tenía yo dieciocho años, la edad del rococó en el pañuelo y en la galantería—, y añadí: Es usted, en verdad, señorita la flor más galana de este pensil...

Abrió la niña los lindos labios, y por ellos dejó escapar este inverosímil vocablo:

—Favol...

Esa ele fatal me atravesó la epidermis y fue a herir mis nervios. Flaqueáronme las piernas, tembláronme los brazos, y la fuente, y la copa y el líquido cayeron sobre el traje de la dama. A su lado estaba la madre. ¡Ay! el defecto de pronunciación era defecto de familia, porque al notar mi adefesio, la buena señora exclamó:

—¡Qué horror!

Sentíme caer y caí, sentado sobre el gordo que en un sillón vecino estaba repantigado, entretenido en cerrar y abrir el abanico de la infeliz doncella. Rompióse el abanico, enojóse el gordo y yo quedé confundido. ¡Estos malditos nervios!

Zagalejo era yo cuando en una sociedad de aficionados se me adjudicó el papel de don Pedro de Castilla en el drama de *El zapatero y el rey*. Una moza del pueblo, una de esas hermosuras de orilla, que son las únicas que por allá suelen hacerse cargo de tales prebendas, hacía de la hija del zapatero, y en su transporte amoroso olvidó las erres que se le habían enseñado, y nos espetó la siguiente cuarteta:

Cuando ese hombre amod me juda,
 Lo juda con tal pasión,
 que obliga a mi codazón
 A creed en su impostuda.

Desgañitóse en risas y en gritos el auditorio, pero yo me enfermé. Aquellas erres se clavaron todas, como tachuelas negras, en mi sistema nervioso, y no me fue posible volver a las tablas. ¡El Rey!, clamaba el público, viendo que

el fiero don Pedro no salía. ¡Qué había de salir! Detrás de bastidores estaba yo, y... allá va corona de cartón dorado, allá va capa de pañolón carmesí, allá medias blancas de mujer, y allá de la Verónica prestados canelones. Toda la regia pompa de que estaba yo vestido quedó allí por los suelos y yo me fui a casa enfurecido, crispado, hecho un basilisco contra aquella desdichada que me había asesinado en cuatro versos de Zorrilla.

¿Y qué decir de las veces que en banquetes oficiales o en comidas caseras he tenido por delante convidados inicuos, que me han mortificado hasta la crueldad metiéndose el cuchillo entre la boca y sonándolo entre los dientes; y otros que creían indispensable a la masticación el sonar las mandíbulas, a semejanza de ese doméstico cuadrúpedo, al cual no miento ahora porque ninguno de los cuatro nombres que darle solemos cuadra bien en un párrafo medianamente literario?

Y nada diré tampoco de aquello de ver a personas que muy bien sabido se tienen que no existe comunicación practicable entre las fosas nasales y la cavidad del cerebro, y que no obstante esta convicción anatómica, se ejercitan distraídos en echar el índice por esos pasadizos de respiración, como si tuvieran empeño en tocarse los sesos.

¡Y tenga usted nervios y vea usted eso con sangre fría!

Y a menos que fuera una apergaminada momia egipcia, sin sensibilidad y sin vida, ¿podiera soportar impasible a los que suenan las coyunturas de los dedos ya en entretenido fuego graneado, ya en descarga cerrada de todos los diez mandamientos a la vez? Y los que mientras uno habla remedan con sus muecas todos los gestos de nuestra fisonomía; y los que para hacer cualquier manipulación, para abotonarse un puño, para formar el lazo de la corbata,

para atar la faja del paraguas, etcétera, sacan a lucir dos pulgadas de lengua que luego muerden a proporción que aprietan, hasta imaginarse uno que va a caer al suelo el pedazo rojo, amoratado como remolacha?

El mundo, digo yo, es de los que no tienen nervios.

JOSÉ MARÍA REINA

Entre las manifestaciones más curiosas del humorismo venezolano en la segunda mitad del siglo XIX, solo *La Delpinada* excede en interés como espejo espiritual de una época a las *Memorias de la guerra Castro-francesa* publicadas en los años setenta por José María Reina. Parodiando la guerra franco-prusiana que se peleaba entonces, y llevando a su parodia los personajes y tipos más populares y pintorescos de aquella Caracas, hizo Reina la caricatura de una ruidosa polémica que en aquellos días surgió entre los industriales de panadería establecidos en la ciudad, en su mayoría firmas francesas, y los intereses de los consumidores representados por el señor José Félix Castro. Castro, popularmente llamado Contradanza por su especialidad en dirigir bailes de figuras de los que se estilaban en la época, sostenía en los remitidos que publicaba en *El Diario*, en nombre de los consumidores, que la libre importación de harina recientemente decretada por el gobierno no había beneficiado al público, como era el espíritu de esa medida, sino a los avaros productores que mantenían casi los mismos precios de antes sin aumentar tampoco el peso del pan. A la respuesta de los industriales en *La Opinión Nacional* siguió en *El Diario* la contrarréplica de los consumidores acaudillados por Castro, y a esta, nuevos artículos, comunicados y epístolas cuya abundancia y creciente ánimo levantisco fueron convirtiendo el

caso en una encrespada guerra de ideas entre los panaderos y su clientela. El poema, publicado sin fecha por aquellos años, fue reeditado en 1920 por el doctor José Eustaquio Machado, meritísimo bibliófilo, entonces director de la Biblioteca Nacional, en una «edición de pocos ejemplares» y de circulación muy restringida a causa de su contenido licencioso. ¡Curioso miramiento que si se fuera a aplicar a todos los casos nos privaría de una parte sustancial de los clásicos, y que en el poema de Reina, universalmente leído en sus años, resulta tan injusto como extemporáneo! Más apropiadamente usados que en muchas obras de Quevedo, la grosería o el doble sentido no hacen en *Memorias de la guerra Castro-francesa* sino realzar la legitimidad de su origen popular. Y como las malas palabras en la buena conversación del pueblo, le enriquecen su valor expresivo. Si es verdad que en algunas estrofas se aproxima a lo escabroso o a lo crudo, vale el poema en su conjunto por el delicioso ingenio caraqueño que traduce y por el espléndido cuadro de la Caracas setentona a que risueñamente nos acerca.

José María Reina fue también autor de *Los percances de un avaro*, comedia satírica estrenada en 1875. Toda su obra la realizó principalmente en verso y en 1881 figuró como primer director de *El Cojo Ilustrado* cuando todavía esta revista se publicaba como propaganda de los cigarrillos El Cojo.

Para facilitar la comprensión del poema hemos acogido las notas con que lo comentó el doctor Machado en su reedición de 1920. Las que agregamos nosotros están puestas entre corchetes.

MEMORIAS DE LA GUERRA CASTRO-FRANCESA

Prefacio

Mañana, cuando la historia abra su inmenso libro contemporáneo, el mundo leerá asombrado las páginas sangrientas en que estarán consignados tantos episodios trágicos, originados por la célebre cuestión del día que ha hecho estremecer todas las potencias del orbe.

Una larga cadena de infortunios heroicos y de héroes infortunados; el espíritu del siglo sacudiendo la vieja polvareda de los blasones tradicionales; un trono que sucumbe, y la República que se levanta en medio del fragor de los combates; la ambición devorándolo todo, como un monstruo desencadenado en medio de pingües rebaños; las traiciones de lesa patria; las intrigas de un gabinete tenebroso, que escondido en las brumas del Norte premeditó con frialdad las ruinas de una gran Nación, que ayer no más danzaba alegre al compás de sus músicas de fiesta; la consternación general, la viudez y la orfandad que lloran a las márgenes de un torrente de sangre, donde vertieron la suya tantas víctimas bajo la cuchilla liberticida de los invasores. I toda esta calamidad, tan cruentos y dolorosos sacrificios, ese cataclismo horroroso no reconoce otras causas que las divergencias diplomáticas que por desgracia han tenido lugar entre los panaderos y Félix Castro. Este pidiendo pan de trigo grande, aquellos negándoselo.

Nacido entre el pueblo, Castro, contrario a contraponer contratos o a contraponer su contracción a los contraventores privilegiados, hubo de soportar la carestía con plausible

resignación, hasta el extremo en que no afectó otros intereses que los de sus bolsas; pero cuando el monopolio se ostentó con mengua de los derechos del pueblo, sus deberes como patriota y como consumidor le llamaron al terreno de una franca y diplomática cuestión, que ya conocen nuestros abonados que hubieren leído el ex *Diario* de Calcaño y *La Opinión* de Aldrey.

Los panaderos pretendieron acallar la discusión, y si bien no aumentaron el bollo disminuyéronle medio cobre de su valor antiguo, o lo que es lo mismo, un veinte por ciento menos sobre el precio, cosa que no agradó mucho, que digamos a nuestro patricio, que tiene más vocación para consumir que para comprar. Esa causa insignificante es el origen de tantas desgracias: este pide hogaza grande, aquellos la amasan chiquita; de manera que el nervio consiste en echar unos cuantos polvos más de harina en el amasijo.

Somos imparciales. De qué parte está la razón lo dirán las armas vencedoras.

I

CARTA DEL LÍRICO AL REPRESENTANTE
DEL PUEBLO¹

A las causas del pueblo
Siempre me ligo;
Llenemos los obuses
De pan de trigo.
¡A la matanza!
Guerra a los panaderos,
Buen Contradanza².

Entrega los *Musieres*
Al populacho
Porque juegan contigo
Como muchacho.
¡Vete a Catuche!
A sacar la navaja
Fuera de estuche.

¡Quiero batalla!
Que mueran esos tunos
Entre la hornalla.

Las armaduras llenas
Serán botines,
El pueblo satisfecho
Pondrá festines;
Y Contradanza
Como barril de harina
Tendrá la panza.

Como los hombres gustan
De las cuquitas,
Solo tendrán las bellas
Dulces tunjitas,

¹ El Lírico: Se refiere a don Amenodoro Urdaneta, literato y pedagogo distinguido. En la cuestión pan fue encargado por el Consejo de Administración para regentar una de las panaderías que aquella corporación estableció. Reina dice: la víctima del gato, porque Urdaneta tenía algo escoriada la nariz. (Lírico: «Palabra que en lenguaje caraqueño de la época significa galanteador de oficio». Julio Calcaño, *Parnaso venezolano*).

² [Véase la introducción].

Ya que ellos no se baten
 Con los prusianos,
 Que mueran los franceses
 Entre tus manos.
 ¡Sí, gran Bismar!
 Ametralla los pícaros
 Sin titubear:

Montaubán y Bonfante
 Juan, Jean María,
 Barnola con Remigio.
 Ave María,
 Sigue, pues, Contradanza,
 Firme en los trece,
 Que la opinión del pueblo
 Te favorece;

Que sin resabios
 El «hermano terrible»
 Pondrá en sus labios.
 ¡Cuántas hogazas grandes!
 ¡Cuánto rosquete!
 El que no forme rosca
 Será un zoquete.
 ¡Qué borbollón
 Formarán los del Diario
 Con *La Opinión!*

Y con tu acero
 Pondrás a los franceses
 Diez bajo cero.

TU AFECTÍSIMO. —A.

II

¡A LAS ARMAS!

Cual vomitan los cráteres
 De los volcanes,
 Mi labio en versos ásperos
 Pide combate.
 ¡Sus!, pordioseros,
 ¡Llevemos a la estaca
 Los panaderos!

Yo soy el impertérito

Y los villanos
 Morirán al enristre
 De los ulanos.
 Ellos pretenden, réprobos,
 Que en nuestra mesa
 De pan nos sirva el plátano
 De las haciendas,
 Y que la yuca

Que a la cabeza
Volará con su látigo
A la pelea.

Que no es posible
Huya de los patanes
Le frer terrible.

Verán esos antílopes
A nuestras huestes
Derribar las trincheras
De los rosquetes.

Se coma en vez de rosca,
Galleta y cuca

¡Mas no, turba famélica!,
No soportemos

Que nos pongan el yugo
Los panaderos.

¡Sus!, ¡a la lid!...

Mueran los panaderos!
¡Venid! ¡Venid!

III

Amenodoro el lírico, la víctima del gato,
la cítara desprecia por la cuestión del pan,
y ofrece dar al pueblo a precio muy barato
para quitar el yugo que impone Montobán.

Y al ruido de la nueva de hogaza más barata
acuden presurosos con bulla sin igual,
las vírgenes que moran a orillas del Caroata,
y con sus cantos épicos saludan el rival.

IV

¡SUBLEVACIÓN!

La turbamulta hormiguea
Por la plaza y las esquinas

Obediente a las doctrinas
Del demócrata orador.
Este blande su machete,
Aquel afila un cuchillo,
Cuál encabuya un pardillo,
Quién empuña un asador.

Es una invasión prusiana
Contra las panaderías:
Hasta las cucas más frías
En la gresca morirán.
Porque el escudo que traen
Esculpido en sus banderas,
Lo forman tres calaveras
Y dos hogazas de pan.

El maestro Marcos Quintero
Más astuto que una gata,
La frontera del Caroota
Con su ejército pasó;
Y como en esta campaña
Se juega el bien general,
Viene con él Ángel Real
De Secretario Mayor¹.

¹ Marcos Quintero: Maestro albañil que alcanzó a ser popular por su carácter alegre y comunicativo. Su casa estuvo situada entre Angelitos y Puerto Escondido. Lo de su astucia gatuna se relaciona con cierto cuento que el *mastrico* echaba sobre la manera con que había atrapado un ratoncito que le molestaba la paciencia. Ángel Real fue muy sonado en Caracas por su cargo de pregonero de los bandos usados en aquella época para promulgar las resoluciones gubernativas.

¡Muera Longevo!, prorrumpen,
¡Muera!, repiten los ecos
En los hondos recovecos
Del Algarrobo² alrededor.
Ya los panaderos pierden
Del triunfo toda esperanza.
¡Va a empezar la contradanza!...
¡Misericordia, Señor!

Los artesanos afluyen
Armados de sus enseres;
Los rufianes, las mujeres,
El cura y el sacristán...

Las beatas y monigotes,
Sus faldas en la cabeza,
Huyen todos con presteza
En impúdico montón,
Ciérranse las pulperías
Y rechinan los portones,
Las ventanas, los balcones,
Con horrenda confusión.

Las campanas dan al viento
Sus sonidos de arrebato,
Y no se mira ni un gato

² Algarrobo: Llamóse así el lugar donde estuvo el Matadero de Caracas, entre las esquinas de Puente Yánez y Tracabordo, hasta julio de 1874, en que fue inaugurado, durante la administración del general Guzmán Blanco, el que existió hasta hace poco en el emplazamiento que ocupa el Nuevo Circo.

En esas calles de Dios.
El presidiario Pacheco³
Atisba en su ventanilla
Si la gresca es amarilla
Para volverse alcanfor.

Solo un hombre permanece
Inmóvil como una piedra:
Es Bonifacio Saavedra⁴
Escondido en un zaguán.
Es un traidor, un abyecto,
Miserable San Potesta
Que ha firmado una protesta
Contra la cuestión del pan.

Las muy reverendas monjas
Le ruegan a su portero
Que les tape el agujero⁵
Que Quintana profanó,
Pero el portero responde
Respetando el calicanto:
—Ese es un trabajo santo,
Que lo tape quien lo abrió.

³ Pacheco: Oficial del gobierno conservador y después comerciante.

⁴ Saavedra: Maestro zapatero establecido por los lados de San Juan.

⁵ «Que les tape el agujero»: Alude a una brecha abierta en una de las paredes del Convento de las Monjas Concepciones cuando, en 1868, Caracas fue atacada por fuerzas de los generales Leoncio Quintana y Desiderio Escobar.

Los benditos capuchinos
De San Felipe Sultanes⁶,
Los Villanuevas y Juanes
Van a esconder su caudal.
Es muy grande el inventario
De esos tesoros inmensos;
Misas, retroventas, censos:
En amalgama infernal.

Ítem más —los testamentos,
Y misas de San Gregorio
Que forman un envoltorio
Más grande que su ambición.
Ítem más —tributo y fábricas,
Que como el cangrejo andan
Y las cositas que mandan
Las hijas de confesión.

⁶ De San Felipe Sultanes: Sugiere el recuerdo del Convento de San Felipe de Nery, situado donde está ahora la plaza Washington (hoy plaza Henry Clay).

V

¡SITIO!

Cual bullen los carárganos de un negro en la cabeza,
Cual llevan las hormigas lombriz en procesión,
Así la turba bélica se mueve con fiereza
A establecer el sitio de circunvalación.
Carrasco y Mochilón por Santa Rosalía
dirigen el ataque al sur de la ciudad.
Llaguno, Manuel Clavo y Pancho Picardía
Y el Bebe-leche Agüero empujan por detrás¹.

Cara de Hierro intrépido con Alejandro Sojo²
Por buenos artilleros se inclinan al *cañón*.
El botafuego agita Montes de Oca el cojo,
Y el parque lo dirige el músico Simón.

Por el Camino Nuevo con entusiasmo ataca,
Pedrito el carretero con carreteros mil;
Y juran con blasfemias que, o quedan en la estaca
O de Esquivar el lábaro convierten en mandil.

¹ Carrasco: Hacía el papel de Diablo en las *Entradas de Jerusalén*; Mochilón, un albañil también comediante; Agüero, repartidor de pan, un tanto afeminado; don Manuel Clavo, un sujeto de la parroquia de Santa Rosalía.

² Sojo y Colón: Aquel era un maestro sastre de agudo ingenio, cuyas ocurrencias han llegado hasta nosotros, aunque no se prestan a la publicidad por ser algo subidas de color. Este alcanzó celebridad como bajo, siempre requerido para cantar en fiestas religiosas y teatrales.

Ramón Suárez Coporo, lechero en demasía³,
Al cerro de El Calvario su gente va a formar;
Eso es porque le debe a la panadería
Y la existencia expone primero que pagar.

Por Candelaria viene Montero con la banda⁴
Y al comenzar los fuegos la pava tocará.
Rodríguez Juan Ignacio con Meserón y Aranda,
A ver si en la follisca hay algo que tragar.

Aliado con los francos está Mariano Mora
Con Fourastié y Martínez el encuadernador⁵,
Cerca de Seminario con su ametralladora
Los fuegos dirigiendo el bárbaro invasor.

Y al vómito mortífero del arma cuando atina
De Castro en las falanges que vienen sobre él,
Sonríe la victoria, se mete a la cantina,
Y de entusiasmo grávido se pega su coptel.

³ Ramón Suárez: Propietario caraqueño que se hizo célebre por su riqueza y sus excentricidades. Fue muerto trágicamente al amanecer del domingo 17 de junio de 1877, al abrir la puerta de su casa de habitación, sita en la esquina de La Pedrera, a uno de sus sirvientes de nombre Carlos Montanelli, quien, seguido de cuatro cómplices, al entrar estranguló a don Ramón y se apoderó de gran cantidad de dinero y de alhajas.

⁴ Montero, Rodríguez y Meserón: Músicos distinguidos. El primero perteneció a una familia que honra a Venezuela por sus no comunes dotes artísticas.

⁵ Los Fourastié [Pablo y Federico]: Eran sastres; Martínez [don Daniel], encuadernador; Seminario [don José], repostero español, dueño de la antigua confitería de San Francisco.

Y tú, Martín Solórzano, el Conde Morrocoy⁶
¿Qué puesto en la contienda pretendes ocupar?
¡Defiendes a los francos?... pues mira que te voy
Las péndulas candumbas un metro a recortar.

⁶ Solórzano: De la descendencia del conde Solórzano. Lo de morrocoy se debe a su andar, tardo y pesado.

VI

ORDEN GENERAL

Félix el generalísimo
Del ejército invasor,
Manda publicar la orden
Al son de pito y tambor:
Ténganla todos presente,
Consta del tenor siguiente:

Art. 1 — Por Occidente y Oriente,
Septentrión y Mediodía
La línea de infantería
Circulará la ciudad
Y al toque de la corneta
Con la señal de 1 y 15,
Volaremos como un lince
Al fuerte de Sociedad.

Art. 2 — Se prohíbe el aguardiente
Y de la Venus el uso,
Para manejar el chuzo
Con mano firme y potente.
Para los contraventores
Todo subterfugio es nulo
Aunque sea muy bueno el... queso
Y muy buenos los licores.

- Art. 3 — Todo francés que se coja
Ha de morir sin cuartel,
Ya sea cabo, comandante,
General o coronel.
- Art. 4 — Quien huya del enemigo
O batiéndose repliegue,
Porque le quemén el pliegue
de la blusa, no es mi amigo.
- Art. 5 — Veinte cucas y una hogaza
Ha de tener el guerrero
Que de todos el primero
Ponga los pies en la plaza.
- Art. 6 — El que rompa más cartuchos
Y los quemé en su fusil,
Se distinguirá entre muchos
Por un broche de marfil.
- Art. 7 — El que cargue a la bayona
Una escarpa o fortaleza,
Ostentará en la cabeza
De laurel triunfal corona.

Cuartel general de ataque
A la margen del Catuche
—Amenodoro *Futraque*.
Es copia fiel —*Comebuche*.

VII

ALARMA FRANCESA

¡Allá vienen diez mil pordioseros,
Que dirige hacia nos Contradanza!
A las armas, volad, panaderos,
Empuñad el barril sin tardanza.

Coaligados con viles prusianos,
El hambriento titán *tremolea*
Del Catuche el pendón en sus manos,
¡Qué sangrienta será la pelea!

Nos declaran a muerte la guerra
Los villanos armados de estacas.
¡Que retiemble en sus ejes la tierra!
Y que escombros se vuelva Caracas.

En las calles formad barricadas
De los hornos haciendo fortines:
Las trincheras estén levantadas,
Que resuenen los francos clarines.

Allá viene el feroz Contradanza,
Tiradores, jinetes, bomberos,
¡Resonó la señal de matanza!
¡A las armas volad, panaderos!...

¡Viva el mariscal Remigio!
¡Viva el bravo Montaubán!,

Gritó la turba del pan
Poniéndose el gorro frigio.

«Y aquel histórico canto»
De la falange francesa,
La terrible Marsellesa,
Dejóse oír por encanto.

Cada cual corre a su puesto,
Salen burros y barriles,
Que llevan bizcochos miles
Pues se va a jugar el resto.

Esquivar, Lagranje, Urbano,
Son del norte los campeones
Que pelearán cual leones
Contra el populacho insano.

Ramella con Jean María
Mandan los fuertes del sur:
Han juntado en este albur
Dos gallos de gurvia y cría.

Pedro Bonfante y Barnola
Son los tarugos de Oriente,
En la vía de Occidente
Nuestro pabellón tremola

En manos de Benjamín,
De Lafare y de Juan Soto,
Que allí sabrán poner coto
Dando candela hasta el fin.

De súbito —¡pá!,
Suena el tiroteo:
Es el bombardeo
Que comienza ya.
Al conde destacan
diez grupos de a cien:
Porque allí es que atacan
Al Mont Balerién.

Boulton¹ se acomoda,
Castro se encarniza,
Se extiende la liza
Por Caracas toda.
¡Qué lluvia de ripio!
¡Qué horrible matanza!
Malo es el principio
De la contradanza.

Suenan cajas,
Silban pitos,
Se oyen gritos
de dolor.

Contradanza
Se pasea,
Se menea
Con primor.
Voces dicen:

De miedo,
Es un pedo
Que sonó.

Zumba y ruje
La metralla,
La batalla
Cruenta es.
¡Cuánto estrago,

¹ Boulton: Respetable comerciante de origen inglés. Mister Boulton, como generalmente se le llabama, dejó gratos recuerdos en Caracas, por sus sentimeintos filantrópicos.

Viva Castro,
 Que en su rastro
 ¡Deja pan!
 Las corujas
 Lo proclaman
 Y lo llaman
 Capitán.

De su estómago
 Afligido
 Sale un ruido,
 Fo, fo, fo.
 No es un síntoma
 Y Caracas
 En contorno
 Es un horno
 En ignición
 Pan o sangre,
 Muerte o vida,
 Que decida
 La cuestión.

De las cucas
 Y rosquetes
 Y mosquetes
 La explosión,
 Ensordece
 Los rugidos
 Confundido
 Del cañón.

Y von Félix

Cuánta ruina
 Por la harina
 Del francés

Van y vienen
 Edecanes,
 Alemanes
 Por allí,
 Acá tiran
 Acostados
 Los soldados
 Macabí.

Vuelta de ángel,
 Baile y puente
 Por el frente
 Por detrás.
 De Basett
 La cantina
 Ya domina
 Un batallón.
 Tal vez quiere
 Morir de hambre
 Con el fiambre
 De cartón.

Graf repica
 Con la eta
 Su cornetas
 De pistón.
 Haraguén
 Se le aproxima

Se pasea,
Se menea
Con primor
Como dando
Medio ocho
De un bizcocho
Alrededor.

La figura
Se triplica,
Se complica
Más y más.

Y le arrima
Un gaznatón.

Zumba y cruje
La metralla,
La batalla
Cruenta es.
¡Cuánto estrago,
Cuánta ruina
Por la harina
Del francés!

VIII

PARTES DE ORIGEN PRUSIANO

*Que dirige el círculo de ataque al general en jefe
Félix A. Castro*

7 y 25 a. m.

Von Bonifacio Saavedra
Jefe de las guardias móviles
Se ha pasado esta mañana
Al regimiento de húsares;
Porque el genio maquiavélico
Del general P. Bonfante
Lo sedujo con sus dádivas
Por detrás y por delante.
Pero ya he dado mis órdenes

Para que de hoy en más
Al hallarlo nuestro ejército
Lo fusile por detrás.

ALFRED ROTHE¹

Proveedor de S. A. el príncipe
hereditario de Prusia

8 y 35 a. m.

Ha empezado el bombardeo,
Y una bomba de bizcochos
Me deja tres hombres mochos...
Es nutrido el tiroteo.

El jefe de la vanguardia,
RAMÓN PÉREZ PICAPICA²

¹ Alfred Rothe: Hasta fines de la anterior centuria ocupaba la imprenta y empresa editorial El Siglo, la casa situada en el ángulo noroeste de la esquina de La Bolsa. La turba infantil se detenía a contemplar el Escudo Real de Prusia, situado en la parte más visible de la librería, y al dueño de esta, arrogante germano que a los chicos les parecía un ser superior, por su figura y por el título de *Proveedor de S. A. el Príncipe Hereditario de Prusia*, que en letras grandes ostentaba el blasón. [Rothe fue el primer editor del humorista Teodosio Adolfo Blanco].

² Picapica: Conocido procurador a quien distinguieron con este cognomento sus colegas de los tribunales.

8 y 35 a. m.

La galleta fulminante
Nos llueve como granizo:
Estos hombres del chorizo
Tienen alma de elefante,
A Pedro Pablo Mosquera
Lo han herido en la trasera.

El sargento mayor,
LAUREANO BETANCE³

A las 9 y 20 a. m.

En una fuerte embestida
Ha muerto el indio Clemente⁴,
Le arrebataron la vida
Con una cuca caliente.

VON AROCHA ORELLANITES

Al fijar un estandarte
Me han herido en mala parte:
Cuente que yo no reculo
Aunque me rompan el pecho,

³ Mosquera, Betance: Antiguos barberos de Caracas, aquel con tienda en los viejos portales de la hoy plaza Bolívar, y este de Jesuítas a Tienda Honda.

⁴ El indio Clemente: Doméstico de la familia del ilustre procer de la Independencia, general Rafael Urdaneta.

Pues marchó con pie derecho
Por el camino de Marte.

El comandante de los bávaros,
PEPE LEÓN⁵

Mi división alemana
Al son de pito y corneta
Toca del triunfo la diana
Y yo me hago la... toaleta.

RAFAEL J. LANDAETA

Tomando el fortín de Soto
Esquina de La Pedrera,
Donde estaba una bandera
De Boulton y Montaubán,
Murió Vicente Farfán⁶.

RAMÓN SUÁREZ COPORITO

⁵ Pepe León: Antiguo comerciante y después empleado público. En la presidencia de Andueza Palacio fue encargado de la cajita, de la cual se sacaban las dádivas ordenadas por aquel alto funcionario.

⁶ Vicente Farfán: Cantante y cómico de la legua. Hacía el papel de Pilatos en las *Entradas de Jerusalén* que tanta fama alcanzaron en su tiempo. Aún queda [1920] algún anciano que recuerda el teatro de El Maderero y la noche en que, por un incidente ocurrido entre Manuel León, que era Cristo, y Emilia Blanco, que representaba la Magdalena, el público del gallinero comenzó a gritar, con alusión a Belén Fernández, que simulaba el Ángel Anunciador:

Que repita la niña Belén,
Que repita Vicente Farfán,

Sobre la India desnuda⁷
Tengo colocado el palo
De mi bandera, no hay duda
Que en ese tiro me calo
Una blanca nariguda,
Tengo a Salias prisionero.

EL MAESTRO MARCOS QUINTERO

a lo cual replicó Manuel León, sacando la cabeza por entre los bastidores:

Que la repita la p... perra de su madre,

lo que dio motivo a una algarabía archimorisca; y salieron a relucir el araguaney y el pardillo, de obligado uso para la gente que asistía al paraíso [galería] de aquellos espectáculos.

⁷ La India desnuda: Designa la pila de mármol blanco que en 1844 regaló al Municipio el acaudalado banquero señor Juan Pérez, para que la colocaran en la plaza de Capuchinos, donde nunca estuvo. En 1847 se erigió en la plaza de San Pablo, luego en la de San Jacinto, y en la actualidad [1920] se encuentra en la plaza de la Misericordia, oficialmente Parque Carabobo. [La India fue removida para instalar la fuente original de Francisco Narváez, inaugurada en 1930].

*Cuartel General en el fuerte de don Guillermo Ubisco*⁸

A la 1 p. m.

Excelentísimo Dómine,
Bomba, bombita, bombón;
Salud a vuestras banderas
Nuncio de vida mejor...
De mi capuchino afecto
Ellas el ídolo son,
Y lo sacrifico todo
Por verlas llenas de honor.
Esto dicho entro en materia:
Atended la relación
Que os dirá con pocas letras
Si yo habré cumplido o no
Las órdenes que me disteis
Para atacar con furor
A los hijos de las galias
Que hoy se baten contra vos.
Apenas en el oriente
Despuntaba el nuevo sol,
Pintando en el horizonte
Una franja tricolor,
Cuando salía muy quedito,
Llamé al mastrico Simón
Que tranquilo en su recámara

⁸ Ubisco: Comerciante establecido en la esquina del Cuartel Viejo. También él y su hermano José Félix explotaban el negocio de hortaliza, en un gran corral situado de El Hospital a La Glorieta.

Al mirarme se asustó,
Porque extrañó mi vestido
De artillero bombeador.
Y me dijo: ¡Qué me quieres,
Terrífica aparición!
A lo que yo le repuse,
Bomba, Bombita, Bombón,
Te quier, te quier Simoncito,
Dame el brazo y vamonós.
Que hoy es día de combate
Y nos espera el cañón,
Si a los franceses vencemos
Bailaremos qui sin fó,
Hízolo así, que el mancebo
Masca cebo con furor,
Muchacho de nervio duro
Y más duro que un bordón:
El primer bajo del coro
Cual primer sastre soy yo.
Circunstancia que no impide
Que ambos tengamos valor
Del Balconcito en la esquina
Encontré la dotación
Que me limpiaba la pieza
Fusiles en pabellón;
Los sirvientes de ordenanza
Que son hombres comilfó,
—¡Viva Sojito!... gritaron,
—¡Viva, viva!, dije yo.
Registrando muñoneras
El ánima del cañón,
y los pernos y las yantas,

Cureñas, atacador,
Cartuchos, lanada y baldes,
Con la parte del fogón;
Todo estaba relumbroso,
Todo estaba comilfó,
A las ocho eché mi tiro,
¡Cuánto estruendo, qué fragor!
A cada disparo mío
Tronaba el eco: poón, poón.
El francés en Altagracia,
Quién lo creyera, Señor
Ha resistido el ataque
Con titánico valor;
Pero Sojito se bate
Pie firme junto al cañón.

No temáis, no, de mi gente:
Son hombres guapos y nuevos;
Tienen enfermos los... ojos,
pero eso es indiferente.

Son pocos nuestros reveses.
A cada tiro yo encajo

Una bala en el... pescuezo,
de los malditos franceses.

Te quier, te quier y ¡adelante!
Yo tiraré mis cañones
Aunque pierda los... oídos
con su ruido retumbante

Si triunfo, ya nada quiero,
Que nada más me acomoda
Como una negra que... cante
Con un aire zandunguero.

ALEJANDRO SOJO

EJÉRCITO DE CARUATA

Cuartel General de Puerto Escondido

A las 9 p. m.

Santa Bárbara Camejo¹
Director del Gran Consejo
Del Silencio y la Amargura,

¹ Santa Bárbara Camejo: Entendido y circunspecto artesano en el ramo de carpintería, quien por su proverbial honradez era consultado por personas de todas las clases sociales. Vivía de Puerto Escondido a Angelitos. José de la O Ceballos: sastre establecido en la esquina del callejón de San José, ocupado hasta ahora [1920] por gente *non sancta*, a la cual debe la celebridad de que disfruta. Reina mismo decía sobre dicho afamado lugar:

Si ese Patriarca bajase
desde la mansión celeste
al foco de inmunda peste
de que es titular patrón,
de nuevo con el cepillo
se fuera a sacar virutas
para incendiar las di... putas
del terrible callejón.

En un parte me asegura
 Lo que yo en este momento
 Os transcribo muy atento:
 «José de la O Ceballos,
 Gran Duque de San José,
 Con setenta y dos caballos
 Y veinticinco de a pie,
 Ha ocupado a Bajo Seco².
 Las doncellas del lugar
 Tanta virgen inocente,
 Al ser forzadas de frente
 Tuvieron que replegar
 Ante el machete pelado.
 Mas el sastre de París
 Tomando un desnudo morro,
 Perdió el freno, perdió el gorro,
 ¡Por San Francisco de Asís!,
 ¡Que perdió hasta la cabeza!
 Lo que anuncia a vos ligero
 El Jefe Marcos Quintero».

Copia del original,
 El Secretario.—Ángel Real.
 Tiroteando un pelotón
 Que estaba en un precipicio,

² Bajo Seco: [Zona de tolerancia que existía alrededor del barranco que fue rellenado para construir lo que hoy es la plaza Miranda. Para el relleno fue utilizado el material de desecho de las demoliciones efectuadas para construir el Teatro Municipal y el Capitolio Federal].

Me pegó en el ori... flama
Una bala de cañón,
Siempre firme, Mochilón.

PARTE NEUTRAL

A las 10 a. m.

El fuego se hace tan vivo
Que un bizcocho de manteca
Incendió la biblioteca
De Emeterio Capa-chivo³.

PAGUAPITO⁴

3 Emeterio Capa-Chivo: Apodo con que era popularmente conocido el señor Emeterio Hernández, dueño de una famosa librería de lance.

4 Paguepe [Rafael]: Repostero español pequeño y vivaracho a quien cariñosamente llamaban Paguepito. Tuvo botillerías en diversos puntos de Caracas. Su último establecimiento, de Sociedad a Traposos, era muy concurrido por respetables sujetos empleados en el tren judicial.

PARTES FRANCESES

(Que llegan por instantes)

FORTÍN DE SAN PABLO

A las 7 a. m.

El terrible Amenodoro
Nos embiste como un toro,
Y Paulino su Edecán
De la fonda Catastán¹
Nos tira bombas certeras:
Respondo de las trincheras.

LAFARE, jefe de vanguardia

A las 7 a. m.

Montado en un mal rocín
Para cuidar sus vestuarios,
Organiza voluntarios
El ciudadano Garcín²:
Jacobson el sombrerero
Estorba aquí en el palenque,

¹ Fonda Catastán: Estuvo situada de San Pablo a San Juan, casi frente al célebre Bajo Seco.

² Garcín: Sastre catalán establecido de San Pablo a La Palma. En la misma cuadra estaban las sombrererías de Jacobson y de Terty, la sastrería de Silvestre Bernal y el bien surtido botiquín del italiano Fucó.

Porque ese barril de arenque
Es prusiano traicionero;
Si no lo quitan de aquí,
Pongo mi renuncia yo,
Ya el valeroso Fucó
Enseba su macabí.

A Silvestre Bernal Huele-nabo
lo han cogido tirándose un pavo.

JOSÉ TORTY, jefe de tiradores

FORTÍN DE MIRACIELOS

A las 8 a. m.

La Barbec, nuestra vecina,
Alemana tintorera,
Armada de enorme tina
Pelando su negro diente,
Por adentro y por afuera
Nos baña de agua caliente.
Allá viene una pandilla
Con bollos en las estacas...
Mi fuerte es una Bastilla.
Demonio, ¡qué es lo que veo!...
Ramella vil se rindió...
¿Cómo me sostengo yo?
¡Está próximo el saqueo!

Venga por Dios un socorro;
Si no me lo meten, corro.

JEAN MARÍA

FORTÍN DE SAN JACINTO

A las 9 a. m.

Ya no puedo aguantar más...
Me lo atestan por detrás:
Y aquel que los ojos saca,
Le meten tamaña estaca.
Si no mandan municiones
Pelearé con los... cerones
Hasta el postrimer instante,
Firmado, —PEDRO BONFANTE.

A. D. El proyectil de un villano
Ha mutilado a Barnola;
Le llevó en claro una... mano.
Se la pegaré con cola.
—vale.

FORTÍN DE SAN JUAN

(Este parte vino por un globo)

Como nos dejaron fuera,
Pelemos por la trasera,

Del terrible Amenodoro:
Ubisco y Pancho Luzón
Maniobran con el cañón;
Pastor con su burro Pardo;
Jorge, Casimiro, Eduardo,
Cada cual es un bombero,
Hasta Juan Pedro el gallero
Pica arrimado a la espuela.
Por entre plomo y candela
Llegaremos hasta el centro,
¡Terrible será el encuentro!
Pero con rasgos de gloria,
Nos encomiará la historia,
Disponed hasta que espiche
Del comandante. —PENICHE³.

FORTÍN DE ALTAGRACIA

A las 10 a. m.

Vivo es el fuego y nutrido
En aquesta fortaleza,
Como se acabó el surtido
Nos batimos con cerveza.
Al gran procónsul Melicio
Que estaba a nuestro servicio,
De un furibundo estacazo
Le han partido el espinazo.

³ Peniche [Francisco]: Empleado público y prestamista que se distinguió por su facilidad para componer anagramas.

Hoy se fusiló a Mendible⁴
Porque el poeta era espía:
Bardo traidor se entendía
Con el hermano terrible.
¡Qué espantosa es la metralla,
Voy corriendo a la muralla!

MURAT, jefe de artillería

AMBULANCIA N.º 1

A las 10 a. m.

Yo en compañía del botánico
Doy cuenta del hospital:
Me falta manteca y sal
Porque con terrible pánico
Alcántara el boticario
Se ha montado en El Calvario,
Mándenme, pues, al instante
A Izaguirre el practicante.

DE LA VILLE (Doctor en Aguas)⁵

⁴ Mendible [Dr. Juan Vicente]: Médico de la ciudad de Caracas, en la cual nació hacia 1830. Cultivó las bellas letras y dejó varios escritos en verso y en prosa.

⁵ Dr. de la Ville [Fernando]: Distinguido médico italiano que curaba por el sistema homeopático. La gente del pueblo lo bautizó con el nombre de el Dr. Agüita por la costumbre que tenía de disolver en el agua los granos dosimétricos que propinaba a sus enfermos.

FORTÍN DE SAN JACINTO

A las 11 a. m.

Un gran escuadrón al trote
Hacia nosotros avanza:
En persona es Contradanza...
¿Resistiremos el bote?
¡Carrizo! Yo no sucumbo
Aunque estoy tan mal herido,
Afuera todo el surtido
He prevenido arrojar.
Mordió el polvo el enemigo,
Os lo anuncio, gran señor.
Está a salvo el honor
A fuerza de cuca y trigo.

BARNOLA

A la 1 p. m.

Después que dejé mi fuerte
Presa de los invasores,
Con siete mil cazadores
La retirada emprendí.

Y de Lindo calle arriba,
Hasta llegar a Llaguno,
De mis soldados ninguno
en la operación perdí,

La enemiga artillería
Descubrí con el antejo,
Que a las órdenes de Sojo
Me dio fuego en el cuartel;

Y dando la voz de ataque
Al machete y pasitrote
En un segundo, de un bote
Me coloqué junto a él.

—Ríndete, ríndete, Sojo,
Le grité con osadía,
Ríndeme tu artillería
Como en Sedán Napoleón,

Ya que no puedo morir
En tan sangrienta jornada,
Dijo, recibid mi espada
Y dadme vuestro perdón.

Esto para el enemigo
Es un ruinoso desastre,
Cayó en el garlito el sastre
Que atacaba el pan de trigo.

Para quitarle las chispas
De furor reconcentrado,
Con un baño de melado
Se lo entregué a las avispas
En cueros y maniatado.

A su compinche Estoquera,
Justo juez como Pilatos,
Lo he puesto cual pelagatos
A limpiarme la armadura.

El Círculo queda roto
Por esta importante vía,
Perdida su artillería
Vuelvo a La Pedrera —soto.

GUIRIGAY

Me convidó un amigo a una soirée
Donde encontré ¡pardiez! más de un musíú,
Y una vieja durante un ambigú
Me regaló un magnífico bouquet.

Como era el panisfun un the danzant,
Bailé con una dama un rigodón,
Pero a poco saltar, el polisson
Le gritó a mi pareja, ¡me voy avant!

Se desmayó, se la quitó el corset
Y se llevó a su casa en un landáu
Yo encontré otra pareja como el faut
Y me lancé con ella en un minuet.

Vestía mi pareja a la dernière
Una muy bien dispuesta confección
de elegante satín color mahon
con encajes tejidos al crochet.

Cantó una cavatina un diletanti
Que vestía de un modo fashionable,
Pero dué su cantar un formidable
Ataque contra el maestro concertant.

El menú lo mandó de un restaurante
Un cocinero oriundo de París,
Que allí nació, me dicen, por un tris
Porque sus padres son del Indostán.

¡Oh de la moda insigne maravilla...!
¡He aquí el Guirigay estrafalarío
Con que reemplaza más de un perdulario
El espléndido idioma de Castilla!

PÍO TENAZA
Diario de Avisos
Enero 3 de 1885

PAULO EMILIO ROMERO (Paolo)

Por los años 1880 era popularísima en Caracas la figura de Paolo como poeta, dibujante, escritor festivo, compositor de canciones y autor teatral. En 1886 creó y sostuvo por algún tiempo *El Autógrafo*, curiosísimo espécimen de periódico caligrafiado que representa la contribución más importante al periodismo gráfico en el país antes de la aparición de *El Cojo Ilustrado*. Fundó a continuación *La Caricatura. Album cómico de Paolo*, que por su riqueza gráfica y su excelente redacción es el primero de nuestros periódicos humorísticos importantes. Otros productos de la inquieta vocación de Paolo son su revista *La Ilustración Venezolana* y el diario vespertino *El Espectador*, donde ensayó un estilo de información hasta entonces desconocido, que consistía en dar las noticias en un tono cómico. Aislado de la mayoría de sus amigos por motivos políticos, aceptó en 1887 una invitación para viajar a Madrid donde murió al siguiente año. Había nacido en Cagua, estado Aragua, en 1856. En tiempos de la primera administración de Crespo, fue Paolo uno de los animadores del movimiento literario burlesco denominado el delpinismo, que utilizó la figura y la obra del célebre poeta ramplón Antonio Delpino y Lamas para satirizar el exhibicionismo y los humos intelectuales del general Guzmán Blanco.

¡¡MISTERIOS!!

Pasaba un joven por su ventana,
Pasó una vieja detrás de él...
Pasaron muchos... Pasaron todos
¡Y yo también!

Volvióse el joven para su casa,
¡¡Volvió la vieja detrás de él...!!
Volvieron muchos... Volvieron todos
¡Y yo también!

¡¡MISTERIOS!!

Sacó una carta de la gaveta
Con expresiones de gran dolor,
Sacó un retrato, sacó una trenza
¡Sacó una flor!...

Con ceño adusto leyó la carta...
¡¡Estremecido la flor besó...!!
¡Quemó la trenza, rompió el retrato!
Y... ¡¡se acostó!!

¡¡MISTERIOS!!

Subió turbado la escalinata,
Con desconfianza miró doquier,
Y dijo triste: «Ya esto me mata»...
Señor... ¿qué haré?...

Llegó a la orilla del gran estanque...
Miró las aguas con languidez...
Y dijo al punto con fiero arranque:
¡¡Me bañaré!!

¡¡MISTERIOS!!

Sacó el revólver con mano trémula,
Salió a la calle loco de afán,
Y sollozando decía: ¡Mísero!...
¡Soy tan fatal!...

Llegó a una esquina con paso rápido,
De cierta casa miró el zaguán,
Y entró diciendo con tono tétrico
¡Lo he de empeñar!

¿.....?

Al pie del ara estaban él y ella
Llenos de amor los dos, los dos galanos.
Llegó el cura... El amante y la doncella
tendiéronse las manos...

Mas en aquel instante, estremecida
Otra mujer llegó y arrebatando
La mano del galán dijo: es la vida
lo que me estás robando.

Interrumpióse el acto: el señor cura
Sorprendido al mirar caso tan serio
Se alejó por la extensa nave oscura
diciendo: Otro misterio.

INFORMACIONES PERIODÍSTICAS DE PAOLO

Como las publicaba en la sección noticias telefónicas
El Espectador, 1883-1886

Se avisa a los individuos de la raza canina que eviten en lo posible transitar por la esquina de San Lázaro, pues varios muchachos, ya crecidos, se divierten de noche atravesando una cuerda a lo ancho de la calle para hacer saltar hasta la altura del tejado a todo perro que pasa.

Nos dicen que anoche derribaron a un respetable viejecito que tuvo la desgracia de pasar por allí, pues parece que lo tomaron por un perro de Terranova.
¡Vaya una cuerda!

*

Anoche — a las nueve — de Puente Guzmán Blanco a Manduca — muchachos con escándalo — avance de piedras — policía no hubo.

Anoche — a las siete y cuarto — esquina de Santa Capilla
— a muchacho se le cae plato dulce lechosa — soldados
acuden — comen dulce — policía llega — hace recoger
tiestos.

Anoche tres cuartos para las nueve — esquina Calero
— mujer bota aguas sucias — salpica transeúntes — fetidez
extraordinaria.

Hoy — a las 10 plaza de Las Mercedes — policía en copa
de un árbol durmiendo — transeúntes celebran equilibrio.

Nos participa una pobre
familia, que dulces vende,
que hay por aquellos contornos
un gallo color de leche,
que ha tomado la manía
de ir cuotidianamente
a devorarle los dulces
y a estorbarle sus quehaceres.
Dicen que el gallo es tenaz,
dicen que cuando se mete,
no hay manera de espantarlo
porque causa miedo el verle
con los ojos encendidos
y levantado el copete,
y sacudiendo las alas
y cantando como jefe;
dicen que no tienen hombre
que al terrible gallo ahuyente,
y que están mortificadas
y hasta mudarse pretenden;

esto dice la familia
honrada, que dulces vende,
al contarnos las hazañas
del gallo color de leche.

Hoy — a las ocho — mercado — Pedro enlazando perros
para regalar mujer del campo — todos revientan cuerda y
márchanse — algazara general — vieja azorada — se sienta.

Anoche — a las siete — de La Fe al Samán — quebrado
con perro enmantillado al hombro — imitando niño
— escándalo.

Ayer — seis de la tarde — plaza Bolívar — frente a estatua
— discusión dos policías con músico de banda — llamado
Miguel — fue arrestado.

Anoche — a las ocho y media — esquina de San Pablo
— bajo farol — hombre pañuelo en cabeza — dama pañolón
azul — escena tierna abrazos — lectura carta.

Anoche — a las diez y media — esquina de El Hoyo
— cocinera hablando con Adonis — le da paquete retallones.
¡Bien por amor nutritivo!

Anoche — a las 10 — de Santa Teresa a Camejo — hombre
a la llanera con caballo a escape — perros despertando
— gruñen.

Hoy — entre siete y ocho — estación Candelaria — mu-
chacho vendiendo periódico — colector de tranvía quiere
leerlo sin pagar — muchacho arrebatata corneta — colector

quita — muchacho coge piedras — estruja periódico
— muchacho grita — cochero con foete ayuda a colector
— muchacho huye.

¿Y policía?

Ayer tarde — plaza Bolívar — muchacha bonita ha-
ciéndose dar lustre a botines por limpiabotas — caso
extraordinario — público sorprendido agradablemente.

Hoy — ocho y media — alrededores del mercado — burro
de panadero con escándalo — gran alboroto — público
acude y retrocede espantado.

Anoche — a las nueve — Jordán y Ceiba — hombre co-
rriendo con sapo amarrado en paltó — muchachos corren
detrás — gritería — perros gruñen — gran concurso.

Hoy — a las nueve y media — mercado — muchachón
roba carne — dueño aparece — policía coge ladrón — este
huye dejando a policía con paltó en la mano.

La sirvientita que mora
de Candilito a Avilanes,
continúa en sus desmanes
y a todo el mundo encocora;
si aquesta alborotadora
no corrige su manía
de poner de noche y día
nombres a toda la gente,
irá a dar probablemente
muy pronto a la policía.

PROGRAMA
PARA EL CARNAVAL DE 1886 EN LA PARROQUIA
DE ALTAGRACIA

Siguiendo entusiasmados el camino
que la decencia y la cultura trazan;
anhelando que luzca siempre digno
el pendón progresista de Altagracia;
acercándose ya la hermosa fiesta,
esa fiesta que tanto nos encanta,
el bullicioso Carnaval que un día
la mano de Guzmán regenerara,
cambiando aquella lidia vergonzosa
por lucha dulce, espléndida y galana,
en que brillan las sedas y las flores,
en que agita el amor sus rojas alas,
en que hay cintas y versos y perfumes,
en vez de cieno y corrompidas aguas,
la Junta Directiva de tal fiesta
ofrece este magnífico

Programa:

DOMINGO

Día primero: a las siete

de la mañana,

Saludo de cohetes

truenos y cámaras.

A las dos de la tarde

se arma el cotarro,

Pues habrá delicioso
paseo en carros.

De las dos a las cinco,
brega reñida,
Y en diferentes calles
juegos de cintas.

Y de la noche a las siete
con un enorme cohete,
sin que a nadie importe un rábano,
empezará en el Guanábano
la música del templete.

Entre suaves armonías
se cantarán poesías,
se regalarán tarjetas,
y se harán muchas piruetas
y graciosas cortesías.

Y habrá lo de *tome y lleve*
y si alguno se hace el fraile
se le da nota de aleve.
Dará principio a las nueve
en el «Pasaje» el Gran Baile.

Aquí entra lo mejor: Allí veremos
en mezcla original
Los disfraces más raros y más bellos
jugando el Carnaval.
Habrá allí griegos, chinos y demonios
de variedad sin fin,

Y habrá para los ratos de reposo
doquiera un *botiquín*.
Al baile irán bellísimas muchachas,
(el orden reinará)
Y después de las doce la jornada
su término tendrá.

NOTA. Esa noche habrá en el
Pasaje del Centenario
un misterio literario
Entre un viejo y un doncel.

LUNES

Al lucir el día segundo
lo anunciará todo el mundo
con insólita alegría,
y hará la cohetería
un estruendo tremebundo.

*

A las dos de la tarde
gran mascarada,
Irá por las aceras
alborozada.

Se atacarán las casas
y las trincheras
Que formen las muchachas
altagracieras.

Habr  flechazos, dulces
y papelitos,
Carreras y empellones,
risas y gritos.
Se darán a las niñas
ramos y cromos,
Como galante muestra
de lo que somos.

Y de la tarde a las cuatro
será en Guanábano el teatro
de carrera sin igual,
pues, en cañas cabalgando
se irán varios disputando
blasones de Carnaval.

*

A estos nuevos y flacos clavile os
les atar n sus dueños
triquitraqes innúmeros detrás
y así por donde quiera que haya cintas
de maneras distintas
irán cogiendo lazos más y  m s!

Luego, a las siete,
vuelta al templete,
vuelta al ataque
descomunal;
dándose término
a la jornada

con el gran Himno
de Carnaval.

MARTES

Al brillar el tercer día
suena la cohetería
cual saludo de ordenanza,
y el pueblo con alegría
dispone la última danza.

A las tres: gran paseo general
por la calle gentil del Carnaval
llevando en carros, grupo sorprendente
del Carnaval pasado y del presente.

A las cinco
con ahínco
habrá ratas
y piñatas,

y se divertirá la gente bien
con el travieso juego de sartén.

Y seis campeones en sacos metidos,
hasta la cintura, carrera darán,
y junto al templete serán recibidos
y allí de sus triunfos el premio obtendrán.

Volverán a dar las siete,
Volverá la animación
y cantará una canción

Cierto Gallo en el templete;
entre luces de bengala
se presentará al concurso,
a improvisar un discurso
un chino en traje de gata.

Luego se efectuarán cargas atroces...
En el campo de honor quedarán muchos
Y los altagracieros dando voces
Quemando irán los últimos cartuchos.

Tocará después la orquesta
una marcha funeral,
y terminará la fiesta
sublime del Carnaval.

Dado en el Palacio de Momo, el día
24 de febrero de 1886.—Año 13 del
Carnaval Regenerado.

GLOSICIDIO

A imitación de Iriarte

El rey chico Boabdil
cuando la guerra troyana
con la loca doña Juana
se metió bajo un barril:
Llegó en el ferrocarril

Caifás con una manola
y empuñando una pistola
vio del ojo con el rabo,
que estaba allí Sancho el Bravo
jugando la perinola.

En Grecia don Pedro el Cruel
por el teléfono habló
y orden terminante dio
de que todos en tropel,
con vestidos de papel
y tocando un tamboril,
fuesen el año de mil
al dar el primer repique,
a ver entrar en Iquique
el rey chico Boabdil.

Hubo allí una confusión
porque iba con Trajano
montada en un burro cano
Doña Blanca de Borbón,
Mas, por fortuna, Sansón,
puso fin a la jarana,
quitándole la sotana
al arzobispo de China
que andaba con Mesalina
cuando la guerra troyana.

Don Quijote, sus botines
arrojó sobre Numancia,
gritando con arrogancia
non fuyades, ¡malandrines!

—Mi sotana que hay maitines
clamaba el otro, y Adriana
Lecouvrier en la ventana
Decía: no se la den,
porque se marcha a Belén
con la loca Doña Juana.

Se alzó un ruido general
de atabales y clarines,
debido a que los botines
cayeron en el canal;
hubo una peste mortal
que mató como a diez mil,
toda la Guardia Civil
buscó al autor del azote
y al saberlo Don Quijote
se metió bajo un barril.

Su papá vino adelante
y le sacó a media noche,
y al ir a entrar en un coche
que tiraba Rocinante,
encontráronse con Dante
disfrazado de alguacil,
quien les dijo que, en abril,
cuando salió del infierno,
Proserpina con su yerno
llegó en el ferrocarril.

A este tiempo don García
sobre la torre Babel
a Sila y a San Miguel

una alocución hacía,
mientras tanto se ponía
Tarquino la sotagola,
pues con la bella Fabiola
a Málaga ir deseaba,
para ver como bailaba
Caifás con una manola.

Fuese, y entró en un billar
al pasar por la Florida,
a jugar una partida
con Félix de Montemar:
este le quiso matar
porque le hizo carambola...
Le tiró con una bola;
pero el otro un salto dio
y en Damasco se paró
empuñando una pistola.

Armaron un guirigay
entre el Cid y Capuleto
porque andaba Rigoletto
montado en un terecay.
Escribieron de Bombay
que un habitante del Cabo
que cegó comiendo un nabo,
tuvo una crisis violenta,
y en el año de cuarenta
vio del ojo con el rabo.

Se supo que Moratín
en el sitio de Pavía
dedicó una poesía
en prosa al sabio Merlín,
este le mandó un chelín
para que comprase un pavo;
mas disfrazado de esclavo
vino César decidido,
a decirle en el oído
que estaba allí Sancho el Bravo.

A esto, vieron a Murillo
instalado en un zapato,
haciendo en pelo un retrato
del famoso Pepe Hillo:
hallaron a un monaguillo
haciendo el papel de Lola
en *Flor de un día* con cola
y miriñaques; y a Talma
caballero en una enjalma
Jugando a la perinola.



Publicidad cómica de Paulo Emilio Romero

CARACAS: 17 de Junio de 1886



CARICATURA

ALBUM COMICO DE PAOLO

Solo Jueves - Domingo y se vende a CENTAVO

OFICINA DE RECEPCION: Casquina del Dominio Nuevo - N.º 35

ADMINISTRADOR: F. HURTADO AVILA

Publica en los dias martes de cada semana y a precios convencionales

Representante: P. PAREDES

LANCION DE LOS GRANADEROS EN EL DAP. N.º 10 PLERICO

APUNTES DE TEATRO

Una escena de 'EL RELOJ DE LUCERNA' (CELIA Y FERNANDA) (VIGIL FERNANDO)



TEATRO

ANI QUEDA ESTO

FORNICA POR LA VENTA DE SU VENTURA

PARVULO DE FERRO

PARVULO DE FERRO

Primera página de *La Caricatura*, periódico caligrafiado de Paulo Emilio Romero



Dibujo publicitario de Paulo Emilio Romero
en *La Caricatura*



UNA ESCENA DEL TENORIO

DON JUAN — ¿Me es verdad, ángel de amor,
Que aquí, lejos de la Corte,
Sabe más bien el RECORTE
Y fumaremos mejor?

DOÑA YNES — ¡Ay! Don Juan... yo me sonrojo.
De cuando voy a teatro...
¿Como lo he de olvidar
Cuando te fumas de EL COJO?

EL COJO SE REBERIA OTROS ANUNCIOS POR EL ESTILO... YA VERRAN USTÉDES.

Anuncio de los cigarrillos El Cojo por Paulo Emilio Romero



LA EMPRESA, PARA PROBAR EL VALOR DE PEPE LE SOLTARA ESTA NOCHE EL TERRIBLE TORO DE VER... AGUAS DE QHRO YERBAS, QUE SE EXHIBIO EN EL ESTRENO



BUENAS VISTAS DEL CAPITULO
MIND CUMPRE YA CAMISAS DE MI PAIS... LAS DE A. TOVAR SER MEJORES BASTANTE

Resplandor N° 4
OLG C O
SOLUCION DEL N° 3
EN BOCA CERRADA DE ENTREN JAMICA



Viveres por mayor y al detal - Comercio - 96



HENNING
ENCUADERNADOR



Página publicitaria de *La Caricatura*

LA CARICATURA

CUENTO

 <p>1 Fleury y refectorio de Casado manera del "vicio" creoleño.</p>	 <p>2 Nemora, de todos los antes el primero de la patria Nemora es el mundo antes de haber salido de la tierra equitativa.</p>	 <p>3 Y Carate-cara, en el futuro expone. Está encajulado.</p>
 <p>4 LOS FIELES AMIGOS DEL PUEBLO Y REMEDIO FELIZ</p>	 <p>5 Luzada Rega CABRELA Y al incorrecto robando como parido. Luzada es el mismo parido. Luzada es el mismo parido. Y todo en Luzada se ha sabido.</p>	 <p>6 Resistencia de este mundo. Que el mundo de este mundo.</p> <p>CARLOS T. CABRERA & C^o SUCESORES LTDA. LA GUARA.</p>
 <p>7 A. A. BOBBI CASA DE SERVICIOS DOMESTICOS F. GONZALEZ & C^o CALLE DE LA PAZ, 100.</p>	 <p>8 Covay & C^o BIENOS Y CONVICIOS MARRAPELLTAS MARRAPELLTAS Y CONVICIOS ENTRADA PARRAPELLTAS Y MARRAPELLTAS</p>	 <p>9 Chiten! FABRICA DE CIGARRILLOS ESTELLER SA ESTRADA DE LA PAZ 100</p>
 <p>10 LA DECORACION PINTOR PABLO DE SANTIAGO PINTOR PABLO DE SANTIAGO PINTOR PABLO DE SANTIAGO PINTOR PABLO DE SANTIAGO</p>	 <p>11 L'IMPRESA DE ADO PUBLICO BARCELONA Y MADRID AVILA Y BILBAO</p>	 <p>12 HOTEL VARGAS PERNO & C^o EL ALCAZAR Y EL ALCAZAR</p>

Avisos cómicos de Paulo Emilio Romero en *La Caricatura*

HUMORISMO INVOLUNTARIO DE DELPINO Y LAMAS

En 1884, al ausentarse para Europa el general Antonio Guzmán Blanco después de haber ejercido por segunda vez el poder, las fuerzas antiguzmancistas que habían logrado desplazarlo transitoriamente durante la presidencia de Alcántara, comenzaron a dar síntomas de resurgimiento después de cinco años en que Guzmán las mantuvo a raya. Pero al contrario de lo que sucedió cuando Alcántara, el antiguzmancismo no solo se estrelló ahora contra la voluntad de Crespo en continuar la política de Guzmán, sino que encontró en él una especie de celoso albacea o testafarro, dispuesto a reprimir con mano dura cualquier intento de menoscabar las glorias de su ilustre jefe y compadre. El guzmancismo, sobre todo en esos últimos años, se había caracterizado principalmente por el inflamamiento de los falsos valores, por la cultura de relumbrón, por el histriónismo, por la intemperancia expresiva, por el halago desmesurado a la pedantesca figura de Guzmán Blanco, que era «el Ilustre Americano», «el Sol de Abril», «el gran civilizador de las naciones suramericanas» o «el Magno Caudillo de timbres inmortales». Se inflaban con especial énfasis los humos literarios de Guzmán y se le cantaban las más hiperbólicas loas como «magno conferencista en todos los dominios del saber», o como erudito de «pasmosa ilustración». Y llevando la adulación a su extremo

más ridículo, no solo se le concedió graciosamente el doctorado en Derecho, sino como un regalo de la cultura agradecida a su primer representante en el país, se le elevó al Rectorado de la Universidad de Caracas.

Reprimido por la violencia policial cualquier acto de repulsa directa a esa apoteosis de la insensatez en que se había convertido el país, un grupo de jóvenes intelectuales y estudiantes caraqueños descubrieron una manera más sutil de manifestarse, e ingeniaron una excelente fórmula de *camouflage* en las extravagancias literarias de don Francisco Antonio Delpino y Lamas. Era Delpino trabajador en una fábrica de sombreros, y como su colega el Sombrerero Loco de *Alicia en el país de las maravillas*, brillaba por una ilogicidad de expresión y una imaginación funambulesca que en nuestro tiempo le hubiera envidiado el mejor poeta dadaísta. Con su apodo popular de el Chirulí del Guaire, para entonces hacía ya tiempo que don Francisco se había hecho famoso por los versos, absolutamente disparatados, que componía bajo la personalísima clasificación de «Metamorfosis». Hombre de una inocencia conmovedora, entregaba sus disparates a los periódicos apenas los producía, y estos los publicaban para hacer reír a sus lectores. Para mantenerle viva la inspiración, los literatos guasones le inventaron una quimérica admiradora que a cada producción suya en los periódicos, respondía con otra que se firmaba unas veces «la Náyade de Catuche» y otras «Chuchita Bejarano».

Con enorme concurrencia de público y bullicioso entusiasmo de la ciudad, fue coronado Delpino y Lamas en el Teatro Caracas la noche del 14 de marzo de 1885. Con sus oradores de riguroso chaqué, con sus engolados ditiambos, con sus falsas representaciones de las *letras*

extranjeras, fue una sangrienta parodia de las solemnidades que la ciudad estaba acostumbrada a ver centralizadas en la figura de Guzmán Blanco. La calculada majestad del acto; la corona de laureles que le vino grande al coronado y le quedó colgada al pecho como una collera; el júbilo clamoroso del público, todo en el acto trascendía un solapado acento de sobreentendido del que solo permanecía ausente el pobre sombrerero. Sentado en su trono de flores entre las lisonjas y reverencias de su corte de befa, le pusieron hasta una especie de escudero, para completar la lastimosa estampa de Don Quijote sirviendo de inconsciente carne de escarnio en el homenaje bufonesco de los Duques.

Yo —dijo trémulamente cuando finalizaba su discurso de gratitud—, yo, Francisco Antonio Delpino salido de las sombras y entrado en las claridades, al verme entre las músicas y cantares, laureado por la juventud ilustre y soberana del siglo diez y nueve, en tan hermosa ovación, al tender mis miradas fui sorprendido; y la emoción tal que recibió mi corazón, al ver el ilustrado concurso presenciando el acto tan solemne, solamente en el siglo diez y nueve no más.

De un acento más enternecedoramente sencillo habían sido sus palabras para los promotores de la gran velada: «Con el alma agradecida por vuestros elogios, sin yo desearlos, me veo humillado conocedor de que, no merezco tantas glorias! Mi gratitud significo en esta humilde narración. Adiós señores plumarios y letrados, hasta otra vista».

Para completar el símil que se quería establecer entre Delpino y Guzmán, no faltaron quienes lo proclamaron candidato a la Academia de la Lengua, y aludiendo casi

directamente al rango de académico que la lisonja oficiosa le había otorgado graciosamente a Guzmán, escribía después uno de los festejantes de Delpino:

No falta sino que todos,
 Dominando nuestra anemia,
 Le aclamemos de mil modos
 Candidato a la Academia.

...

Y en la Academia, ¿quién niega
 Que haya faltado jamás
 Alguno que otro colega
 que no sepa mucho más?

El homenaje a Delpino, tanto en su contenido político como en su significación literaria, fue correctamente interpretado, lo mismo por el gobierno —que procedió inmediatamente a encarcelar a los organizadores de la velada y a clausurarles el periódico *El Delpinismo* que habían fundado— que por la opinión pública en su representación más autorizada.

Caracas [escribía *El Siglo* en su reseña del 16 de marzo] presenció el sábado en la noche uno de esos notables acontecimientos cuya tendencia no es posible calcular. La crítica llegó a su más terrible severidad, y fría, elocuente, sarcástica, echó por tierra los falsos ídolos de la literatura nacional y nos presentó desnudo, en todo su repugnante aspecto, el horrible esqueleto de la vanidad. La velada en honor del vate don Francisco Antonio Delpino es un gran libro abierto, en el que la experiencia nos enseña las manifestaciones de ese perenne carnaval de la vida.

Jamás la crítica había llegado a tanta altura, y si se prescindiese necesariamente del natural sentimiento que al espíritu causa el estado del sujeto tomado como protagonista de esa gran comedia social, el acto llevado a cabo por toda la juventud de Caracas es de lo más benéfico en sus resultados, pues tiende a arrancar de raíz ciertos males que ya se iban haciendo epidémicos entre nosotros. La lección dada servirá de gran enseñanza a muchos y corregirá a no pocos de sus vanidosas pretensiones.

Bajo el título de *La Delpiniada* publicaron los organizadores del homenaje un curioso folleto, hoy rara joya bibliográfica, en que se recogieron todos los discursos y versos leídos en el acto, como algunos de los extraños poemas que escribía Delpino. En cuanto al pobre poeta, su engañosa gloria se fue eclipsando con los cambios del tiempo. Derribadas las estatuas de Guzmán Blanco, y con ellas todos los símbolos de una época que llegaba a su fin, todavía Delpino errará largo tiempo por las calles de Caracas, floridos sus bolsillos de locuras versificadas que cada vez tenían menos auditorio. Después de un largo silencio, y desplazado ya en el martirologio humorístico de Caracas por la figura pintoresca del falso general Alfonso Sacre, los últimos versos de Delpino se publicaron en *La Linterna Mágica* el 16 de febrero de 1901.

OTRA METAMORFOSIS

El ave del desierto
(Dedicada a las bellas del Carnaval de 1885)

SONETO ESTRAMBOTE

Pobre paloma si la ves pasar
Dejó el desierto donde eché de menos
Por el agua va que en amados senos,
Bríndale la dulce que eso es amar.

Porque la que bebe amarga el pesar,
Y aunque muchos hay amor ajenos
Va con libertad y cuando otros llenos
Tiene ella hambre y ansiosa de alzar;

Por su hada a nombre brindar mi paloma
Del placer la copa y beber sedienta,
En el ara santa por su deidad,

Cuando ebria de amor los besitos coma
Dulces suspiros que el alma alimenta
Y en ambos senos por caridad

Halle hospitalidad
La paloma, que misterio aquí encierra
Es mi alma que busca dicha en la tierra.

OTRA METAMORFOSIS

La buena cosecha

Sembrar un terreno es obra de mano,
Lo difícil es hallar la semilla,
Que dé flores finas y fruto sano
Y para cosechar sin polilla
Siempre virtud que no tiene gusano,
Y esta es la familia moral que brilla
En los terrenos del buen sentimiento
Que para el alma es gustoso alimento.

OTRA METAMORFOSIS

Luz opaca

Si ves brillar de un astro los reflejos
Y en cerúleas fuentes él se retrata,
No le admires, sin ver primero de lejos
De las cosas que el tiempo desbarata
Que el buen juicio tiene claros espejos
Para ver morir lo que el tiempo acata;
Y en su desengaño cual la aceituna,
Mientras dura la cáscara, un día

La Flor, y el brillo de las cosas una
Por una se apaga cuanto lucía
Que en este ejemplo mi faz oportuna
Retrata Rey en su fotografía.

MIS RATOS EN EL BAÑO

(FRAGMENTO)

Desde mi clara y bulliciosa fuente,
Donde me baño entre linfas y espumas,
Te admiro, aurora resplandeciente,
Al través de blancas y densas brumas.

Un rayo de tu luz cual pluma siento
Que me escribe cándido, sobre mi frente:
Él copia de mi musa el pensamiento
Que dedico al bardo desde la fuente.

Cuando por tu vergel vaya un canario,
Y entre las flores te cante divino,
No lo espantes, que es mi humilde emisario
Tu cantor, Francisco Antonio Delpino.

FRANCISCO ANTONIO DELPINO
Caracas, 1.º de febrero de 1886

IMPRONTA

Pájaro que vas volando
parado en tu rama verde;
pasó cazador, matóte:
¡más te valiera estar duerme!

PROTESTA DE DELPINO

(Publicada en *El Espectador* del 3 de febrero de 1886)

He visto en *El Pulpero* número 9 que dice que por la estafeta ha recibido una composición mía, de «Francisco Antonio Delpino», es incierto; protesto contra ella, contra el atrevido y grosero que quiere lucirse sin dar su nombre con versos libres tan malos, y en sentido no civilizado, usando de mi nombre conocido en todo el orbe de la tierra; su modo, su originalidad y su espíritu, cuando yo dije haciéndolo publicar en la ilustrada *Nación*, redactada por el muy digno e inspirado poeta Heraclio Martín de La Guardia, que no podría recibir ninguna redacción por ningún motivo literario o político mientras yo no lo representara personalmente, haciéndolos responsables, para guardarme de los abusos de los que quieren figurar sin poder tener el estro de hacer versos, el que le venga la chupa que se la ponga, meterse en camisa de once varas es difícil para andar el camino de la literatura.

Que no acontezca por tercera vez el caso, porque vamos a llegar a asuntos muy desgraciados, yo lo digo con la fe de un hombre que nada le arredra en esta vida. Yo he dado en esta vez dos composiciones literarias, una en *El Pulpero* a la señorita Ríó que me honra con imágenes tan bellas haciendo el panegírico de mi persona, a quien no he correspondido también con tan sublimes ideas por no conocerla; y otra en *El Espectador* a quien he correspondido con sus grandes ideas que me llenan de gloria.

Ahora vuelvo a repetir no soy responsable de ningún artículo político o literario, mientras yo no lo presente

personalmente, porque puede haber alguna aberración personal o política desarrollándose con mi nombre, por estar tan bien puesto en lo más alto de la sociedad a quien respeto agradecido. Os abrazo con fraternidad. El mote de los versos es: Caracas 28 de enero de 1886. A la niña o señorita Isabel Río —si es lo primero, mejor, y me felicito por ella— Presente, y siguen los versos infames que protesto y empiezan así:

Tu carta rubicunda de amor,
Me revela Isabel lo que eres;
Que las mujeres buscan solo valor
Y todo lo que le deje muchos placeres.

p. d. El que quiera ridiculizarme por más esfuerzos que haga, es imposible beber en la fuente de las grandes inspiraciones donde yo bebo; ¡yo bebo de las grandes cascadas del genio...! para escribir las metamorfosis en el siglo diez y nueve.

FRANCISCO DE SALES PÉREZ

Nació en Caracas en 1836. Excelente observador de la picaresca y de la politiquería criolla, sin los recursos expresivos que hicieron de su contemporáneo Bolet Peraza un maestro en el género, ni el brillo y movimiento de un Jabino, a fuerza de tesón y ayudado por su proverbial simpatía personal, fue uno de los escritores costumbristas de mayor renombre en el siglo XIX. Con el seudónimo de Justo colaboró en grandes periódicos de su época, como *La Tribuna Liberal* y *El Cojo Ilustrado*. Fue figura política descollante en los tiempos del guzmancismo y actuó en la administración pública como ministro de Fomento y presidente del estado Carabobo. En 1878 publicó su libro *Ratos perdidos*, ilustrado con encantadores dibujos de Arturo Michelena, cuando el gran artista tenía apenas nueve años de edad. Una nueva compilación de los artículos de Sales Pérez se publicó en 1942 por la editorial Cecilio Acosta con prólogo de J. A. Cova. Sales Pérez murió en Caracas en 1932.

UN BUEN MARCHANTE

—¡Un buen marchante!

—¡Un comprador fuerte!

—¡Ha llegado un comerciante de los Llanos que está haciendo grandes compras!

Tal es la noticia que circula de boca en boca por todo el comercio.

—¿Cómo se llama?

—Nadie sabe.

—¿De dónde es?

—Tampoco.

—¿Quién lo recomienda?

—Se ignora también.

—Lo único que se sabe es que Mr. Schulze le ha saludado con mucho agasajo.

Se sabe también que ha traído una carta para Wilson y Cía.; y que le han vendido una factura valiosa.

Se sabe que ha traído trescientas reses, que valen más que trescientas cartas, y que Otáñez almorzó con él.

Se sabe que tiene grandes bigotes, y que anda en una mula famosa, y que está alojado en Saint Amand.

—¿En Saint Amand? Pues a buscar al marchante.

No se necesita de otro informe.

—¡Cuando se aloja allí, debe ser un personaje!

Como cosa muy secundaria se averigua que se llama Escalante y que vive en el Orinoco. La distancia da mucho prestigio en el comercio.

Todos los corredores andan en solicitud del señor Escalante.

No hay forastero con bigote y mula rucia que no sea detenido en la calle veinte veces.

El portero del hotel está fastidiado de que le pregunten por el señor Escalante.

Desde que tocan a la puerta responde con enfado:

—¡No está aquí!

Llueven los muestrarios y las tarjetas de los almacenes, con ofrecimientos de créditos muy especiales.

El señor Escalante está admirado del crédito que tiene en Caracas, donde no lo conocen, al paso que, donde le conocen, no tiene ninguno.

—¡Ah! —dice en su interior— ¡Nadie es profeta en su tierra!

Aunque no había pensado comprar nada, quiere aprovechar las buenas disposiciones del mercado para hacer una operación.

Se ajusta un magnífico flux que le ha hecho Duprat, en veinticuatro horas, y sale a campaña provisto de las tarjetas.

—¿Por dónde empezará? —Él no sabe, pero un dependiente, que le espera en la puerta para llevarle a un almacén, le saca de dudas.

Llega al almacén.

El principal no puede dejar este lance al vendedor: él mismo quiere tener el honor de atender al señor Escalante, y abandonando su gravedad y su escritorio, sale a recibirlo con el sombrero en la mano y la calva descubierta.

Le ofrece primero un tabaco *puro* de Alemania, y después toda la casa.

Escalante, que es práctico, disputa los precios, y el vendedor, que está entusiasmado, cede a todo, y así anotan una factura de aquello que el comprador juzga más realizable.

Por fin se despide el señor Escalante, conducido hasta la puerta por el principal, que no queda contento porque la factura no pasa de seis mil pesos.

Sin embargo, al ver la nota no puede menos que exclamar:

—¡Qué buen marchante!

Al salir de la casa encuentra el señor Escalante a dos corredores emboscados, esperando su salida.

¿Con cuál se va? ¡Qué discusión! ¡Qué argumentos! ¡Qué instancias!

El más agresivo vence y se va con él.

Lo reciben también en triunfo.

Examina, escoge, regatea, compra, en fin, todo lo que quiere, y mucho menos de lo que quisieran venderle.

—¡Qué buen marchante! —dice también el vendedor.

De allí pasa a otra casa, y se repite la misma escena.

Los ofrecimientos se van multiplicando y Escalante atiende a todo el mundo y no desaira a nadie: quiere que todos queden contentos.

—¡Qué hombre tan simpático!

—¡Qué caballero!

—¡Qué buen marchante!

Así dicen en todas partes.

Los acarreteros y los arrieros se disputan las cargas del señor Escalante.

No se ve otra marca en los almacenes.

No se atiende a nadie.

Por fin, el señor Escalante recoge sus facturas, firma pagarés por cincuenta mil pesos y se marcha, ofreciendo volver muy pronto.

Esto acontecía en marzo del año pasado.

Por ocho días no se habló de otra cosa entre los comerciantes.

—¿Cuánto le vendieron ustedes?

—Nada casi... unos siete mil pesos; ¿y ustedes?

—Otra friolera; por ahí cerca.

—Los quincalleros lo aprovecharon bien.

—Fulano fue quien le hizo la venta.

Estos y otros eran los diálogos frecuentes.

A mí no me tocó nada de la feria. Más vale así.

Mi parte ha sido registrar esta crónica en los anales mercantiles.

Los pagarés de Escalante se vencían en septiembre, y con gran asombro de los tenedores no eran descontados; pero, en fin, llegado el vencimiento, se esperaba por momentos el dinero. Todas las mulas rucias se parecían a la de Escalante.

Todo hombre con bigotes era Escalante.

Las pisadas de toda bestia que entraba a un almacén hacía levantar al principal y cambiar con el cajero una mirada interrogativa, que quería decir: —¿Será Escalante?

Al llegar un periódico, se buscaba antes que todo el movimiento de los hoteles para ver en cuál de ellos se había alojado Escalante.

Se daba por hecho que había llegado.

No podía menos; ¡si el plazo tenía dos días de vencido!

Cada hora que corría aproximaba más la llegada de Escalante. ¿Cómo retardarse, debiendo tanto?

Pero pasó un mes y comenzó a entrar la zozobra... Pasó otro mes y la zozobra se iba convirtiendo en pánico...

Escalante y escalofrío eran cosas relativas.

Los comerciantes, entre sí, no se atrevían a nombrar a Escalante.

Tenían cierto rubor muy natural; pero al fin llegaron a tocar la cuestión.

Ninguno de ellos había recibido dinero ni noticias de Escalante. Nadie les daba informes seguros: para unos vivía en Cabruta, para otros en Nutrias.

Por fin, se resolvió mandar un comisionado, cautelosamente, a averiguar el paradero de Escalante.

Se le encomendó mucho tacto para no manifestarle desconfianza.

Debía de haber un motivo muy justificado para el retardo. Quizá le hallaba en el camino.

Un mes de espera. ¡Un mes de mortal ansiedad!

Era urgente la llegada del emisario. Los fondos estaban haciendo falta para las remesas del próximo paquete.

Llega por fin.

La noticia se extiende como un acontecimiento de grande importancia.

La impaciencia reúne en su morada a todos los interesados.

—¿Qué hay de Escalante? —preguntan en coro.

—No he podido encontrarle —respondió el comisionado.

—¿Y las mercancías?

—Las realizó muy bien, según noticias.

—Y el dinero, ¿se ha perdido?

—No, señores, él lo tiene.

—¿Y la casa?

—Quedó sellada por la autoridad, y traigo aquí el inventario de los enseres, mercancías y animales que existen.

—Leamos —dijo con avidez uno de tantos, tomando el inventario:

«Una armadura de pino, picada.

Un reloj de sol.

Una pipa desarmada.

Otra *idem* sin fondo.

Un anteojo de larga vista sin vidrio.

Dos gruesas pulseras mohosas.

Una gruesa de almanaques del año pasado».

—Basta, basta de mercancías —interrumpió el más grave—; siga con los animales, que son la riqueza del Llano.

«Un burro despaletado.

Un gallo ciego.

Una perra con seis cachorros.

Una vaca perdida.

Un caimán embalsamado».

—No siga, no siga —volvió a decir el viejo.

—Falta lo principal —dijo el emisario.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —preguntaron todos.

—Ochenta y cuatro mil pesos en deudores.

—¡Vaya! —exclamaron todos—; ya eso es algo.

—Y ¿qué tal? —preguntó uno—: ¿son cobrables?

—Según informes, la mitad por lo menos se han muerto.

—¿Y los otros?

—Los otros... creo que no han nacido.

—Cómo, ¿son imaginarios?

—Al menos no están ni en las listas de sufragantes, que es donde se encuentra más gente del otro mundo.

—¿Y las 300 reses?

—No eran de Escalante.

—¿Y la mula rucia?

—Era del dueño del ganado.

—¿Y la carta para Wilson y Cía.?

—No hubo tal carta.

—Sí la hubo —interrumpió un joven—; yo la he visto, pero...

—Pero ¿qué decía?

—«El portador va a comprarles una factura al contado para mí. Trátenlo bien».

— ¡Al contado! — exclamaron diez voces.

—Sí, señores —dijo un mocetón atronerado—; el señor Escalante nos ha escalado. ¡Si nos hubiera escaldado también!

—La culpa es nuestra —dijo el que parecía tener más juicio—; nos desvivimos por vender sin reparar a quién; nos seguimos por lo que hace el vecino sin saber por qué lo hace, y no es lo peor, sino que esos caballeros o pillos de industria arruinan a nuestros honrados compradores del interior, que no pueden competir con ellos.

Los comerciantes se disolvieron cabizbajos y haciendo propósitos de enmienda.

Poco después supieron que Escalante había hecho otra rubiera en Ciudad Bolívar y otra en Santomas.

Les falta todavía la más gorda: ¡que no están los Estados Unidos y Europa libres de un buen marchante!

LAS NECROLOGÍAS

La muerte no es, como se ha dicho, la última calamidad de la vida, sino la penúltima.

Hay otra después de la muerte.

¡Esa última calamidad es una mala necrología!

La muerte impone respeto a todo el mundo menos a esos furibundos necrólogos, especie de cuervos literarios,

que andan olfateando cadáveres para satisfacer su hambre de publicidad.

Los que escriben necrologías, por lo regular, no piensan tanto en elogiar los méritos del muerto como en hacer ostentación de los suyos.

Lo que parece una lágrima sobre una tumba suele no ser más que un grito de la vanidad. La tumba es el apropósito.

Otras veces, el homenaje rendido a un muerto no es más que la adulación de un vivo.

Sin embargo, los necrólogos son de gran utilidad.

Yo pregunto: ¿Qué sería de la fama de tanto bribón muerto si los panegiristas de oficio no hubieran desfigurado su historia, para rehabilitarlos ante la posteridad?

Cualquier renegado puede morir en opinión de santo con tal que deje en su testamento con qué pagar media docena de necrologías.

Esa manda testamentaria le valdrá más ante el juicio de los hombres que las treinta misas de San Gregorio ante el Juez infalible.

¿Sabéis por qué? Porque a los hombres se engaña, ¡pero a Dios no!

Las necrologías son la puerta más accesible del Parnaso.

Casi todos los poetas ramplones han hecho su entrada por esa puerta sombría.

Yo soy uno de tantos.

Siendo muy joven, sacrificaron en las cercanías de Puerto Cabello, a un pobre oficial en una emboscada.

Aunque yo no le conocí vivo, su cadáver me conmovió y escribí cuatro disparates.

Cuando yo me vi en letras de molde, me sentí henchido de vanidad.

No me cansaba de deletrear mi nombre al pie de aquellas líneas, llenas de puntos suspensivos.

Había dos renglones así:

—¡¡¡¡¡Oh, alevosía!!!!

—¡¡¡¡¡Oh, crueldad!!!!

Estas dos hileras de admiraciones me parecían una calle de sauces, y como a mí me gusta tanto el campo, me paseaba por ella y exclamaba:

—¡Quién creyera que yo tenía tanto talento! Qué lástima que no hubieran asesinado a este oficial cinco años antes, para haber hecho este descubrimiento más temprano.

Y volvía a leer el periódico y seguía mi soliloquio.

—*La patria ha perdido una de sus más legítimas esperanzas.* —¡Qué párrafo! ¿Qué dirá mi dulce novia cuando sepa todo lo que yo tenía guardado?

Estuve tres días creyendo que nadie pensaba sino en mi talento, y que todo el que me veía pasar decía: «Ese es el autor de la necrología».

Después supe que nadie la leyó; pero el impresor no perdió su tiempo porque yo la leí diez veces por cada habitante de la ciudad.

Esto le sucede a todo el que lanza al vacío su primera necrología.

Cada vez que encuentra una persona acatarrada, con los ojos colorados y sonándose las narices, dice en su interior: «Ese acaba de leer mi necrología». Y cuando ve que nadie le habla de su escrito, se lo explica así: «No quieren enternecerse».

Las necrologías son la manía de nuestros tiempos.

He visto una escrita por cuatro individuos.

No era preciso ver las cuatro firmas para adivinar que allí se habían empleado fuerzas colectivas. Un hombre

solo no habría coordinado tantos desatinos, por más talento que tuviera.

Vi otra autorizada con los nombres de dos bárbaros. Sin embargo, era una obra maestra de literatura.

Se conocía que en aquella sociedad había un socio comanditario que daba el capital y dos que daban la cara.

Yo creo que hay gentes que están deseando la muerte de cualquier prójimo por el piadoso placer de decirle que era *buen esposo, buen hijo y buen ciudadano*.

No importa que haya sido soltero y huérfano, y que su muerte haya rescatado a un pueblo de sus desafueros: tiene que entrar en el molde, quepa o no quepa.

Yo no critico las necrologías, sino los desatinos y las impropiedades que se escriben bajo ese título.

Muy justo es que se rinda tributo de alabanza a la virtud.

Es una deuda que la sociedad debe pagar al mérito muerto para que sirva de estímulo a los que viven; pero se necesita discreción y verdad y buen gusto.

Escribir vulgaridades es mancillar, más bien que enaltecer, una memoria venerable.

Confundir en una pauta común al que mereció reproches y al que mereció alabanzas, es desacreditar los juicios póstumos, es acabar con la sanción moral.

“AL FIGARO”

Siempre de pie

Y CON EL ARMA AL BRAZO

esta este viejo campeón de la barba y del peinado, en su antigua casa, situada en la

Avenida Sur—Número 27—Sociedad á Camejo

SIEMPRE DE PIE

es decir: á la altura de la civilización moderna, con tienda surtida al par que elegante, donde descuellan

PELUCAS Y CRESPERAS, SORONGOS Y CLINEJAS

en medio de rico y variado surtido de jabones, acertillos, pomadas y aguas de todas las fábricas de Europa, hechas con las más olorosas flores de ambos mundos.

CON EL ARMA AL BRAZO

es decir: dispuesto á mostrar á todos los concurrentes y parroquianos de la casa, los objetos artísticos destinados á regalos de pascuas para los elegantes hijos del Avila, las aguas de exquisito aroma, la rica perfumería, y, sobre todo, **CINCO OPERARIOS**, viejos y jóvenes, para atender á todas las edades y condiciones de la sociedad caraqueña.

“AL FIGARO”

Siempre de pie y con el arma al brazo

es decir: navaja, peine y cepillo en mano, espejos brillantes, fuentes de agua florida—sonrisa graciosa y *caja repleta*, para dar el vuelto á cada comprador ó marchante, en la moneda que desée.

J. B. JACQUET.

Anuncio humorístico en el Almanaque de Rojas Hermanos para 1895

MANUEL MARÍA FERNÁNDEZ

(Don Simón)

Nació en Maracaibo en 1829. Capitán de la marina de guerra en su juventud, abandonó la carrera al quedar sordo a consecuencia del estampido de un cañonazo que le afectó incurablemente los tímpanos. En 1872, fundó en Caracas el *Diario de Avisos* que sostuvo durante casi treinta años, hasta la fecha de su fallecimiento, y donde popularizó su seudónimo Don Simón. Más que en sus triviales epigramas, arte fácil y un poco fastidioso muy influido por Bretón de los Herreros, su prestigio humorístico se sostenía en las graciosas anécdotas de que era objeto y en los divertimientos literarios que inventaba en compañía de sus amigos. De uno de estos juegos de participación colectiva surgió su librito *Torneo báquico*, formado de un soneto que compuso Don Simón contra los excesos en la bebida y las numerosas respuestas que recibió de sus compañeros.

EN EL MERCADO

—Ña Juana, ¿sabe usted...?

—¿Qué, don Vicente?

—¿Ocurre algún suceso extraordinario?

—Dicen que Don Simón dice en el *Diario*
¡que ya no beberá más aguardiente!

—¿Eso dicen? ¡No hay tal! Puede la gente
pretender que Satán reza el rosario,
y que el Tirano Aguirre en El Calvario
se aparece con luz fosforescente;

Pero no asegurar que va de huida
él, que miope quedó, sordo y sin blanca
por amar a la vid con alma y vida.

¿Quién juzga su actitud firme ni franca?
¡Quizá el soneto aquel de la medida
lo escribió Don Simón en una tranca!

ANICETO CHARTREUSE

A DON SIMÓN [I]

Escucha, don Simón: estoy inquieto;
la lucha es desigual y estás perdido:
recoge ese soneto mal nacido;
aún tienes tiempo de esquivar el reto.

Escríbele a la caña un buen soneto
y tórnate cañista decidido.
¡Oh, pobre santurrón empedernido,
te has metido, por Baco, en buen aprieto!

Mas si fiado en tu insólita pujanza
te empeñas en echarla de Quijote
sin tener en tu ayuda un Sancho Panza,

aunque te armes, poeta, de un garrote
y de casabe esgrimas una lanza,
te han de ahogar de aguardiente en un pipote.

BOULESTIN-COGNAC

A DON SIMÓN [II]

Oye, sordo infeliz, que has provocado
tal zalagarda con tu ron *medido*,
en un nido de avispas te has metido
y *zumba* el avispero alborotado.

Ya las sordas orejas te han pinchado
y pienso que la lengua te han *ferido*,
pues de tantos sonetos que han salido
apenas dos o tres has contestado.

¡Gua! ¿Quién te mete a predicar sermones,
ni a tasarle a los otros su roncito,
ni a decir que si son pares o nones?

Déjese de esas prédicas, sordito...
Beba usted su aguardiente como quiera
¡y túmbese a dormir su borrachera!

GINEBRA
(REBECA)

A DON SIMÓN [III]

Vamos, sordo, sé franco y da la suma
de todos tus alcohólicos porrazos.
¿Cómo te pegas tú tus cacharrazos,
en la misma botella o en totuma?

De un moralista sé que con la pluma
echaba como tú sus sermonazos;
y pegábase tales linternazos,
que temblaba la tierra hasta Bejuma.

A mí a asaltarme la sospecha llega
de que tú a cada verso de un cuarteto
haces una visita a la bodega.

Y que exclamas al último terceto,
parodiando al que fue Lope de Vega:
¡Catorce palos dicen que es soneto!

ROMUALDO DE LA CEIBA

MOCHERAS DEL MOCHO

Dicen que El Mocho que ya anda gacho
Quiere volarnos con su cartucho,
Pero en política él no es muy ducho
y acaso pierda su carapacho.
Él cree que el pueblo se halla borracho
de miedo horrible por su serrucho;
mas él ignora que es cierto y mucho
que al descuidarse ¡quíébranle el cacho!
Mocho eres hombre de pelo en pecho,
que así lo prueba cuanto tú has dicho
y lo que aún dices, ya estando chocho:
¡pues aunque ejerzas sacro Derecho,
no has de salirte con tu capricho
por mucho macho que seas, Mocho!

ANÓNIMO, 1898

FRANCISCO TOSTA GARCÍA

De una vieja familia caraqueña nació Tosta García en Charrallave, en 1846. Traído a Caracas muy niño, su larga vida transcurrió casi íntegramente en la ciudad, especialmente en la parroquia de San Juan, en cuya popularísima esquina de Capuchinos tenía su residencia. Como militar se distinguió en el movimiento llamado Revolución de Abril, que llevó a Guzmán Blanco al poder, y fue posteriormente ascendido a general. Rodeado por el gran caudillo liberal de toda clase de honores y distinguido con los mejores cargos administrativos y representativos, Tosta García fue hasta su muerte uno de los más apasionados defensores del guzmancismo, tanto en su vida pública como en su cuantiosa obra literaria. Imitando a Pérez Galdós, pero con un acento popular de folletón costumbrista, bajo la denominación galdosiana de *Episodios venezolanos*, narró en una serie de libros sabrosos toda la historia republicana del país hasta la Guerra Federal. Con sus seudónimos Kalendas y Don Cándido escribió durante muchos años artículos humorísticos para la mayoría de los periódicos de su tiempo. Como autor de teatro escribió las zarzuelas *Don Pantaleón*, *El oro de la Bascona* y *Doña Inés o La política en el hogar*, esta última estrenada con música de José Angel Montero. Su libro humorístico más interesante y conocido es *Don Secundino en París*, caricatura del rastacuero suramericano, cortada en el modelo del personaje que se

había popularizado en la famosa novela de Scholl. El general Tosta García fue ministro de Venezuela en los Países Bajos. Murió en Caracas el 10 de noviembre de 1921.

ESTRENO EN SOCIEDAD

Pues, señores —dijo don Secundino al círculo de curiosos que acercaba sus butacas de brazos para oírle mejor—, lo que voy a referir no es cuento, sino un hecho histórico del cual yo soy la mejor prueba porque fui el protagonista.

«Muerto mi padre en los Llanos, tuve que abandonar mis estudios en Caracas e ir de carrera a dirigir personalmente los trabajos, poniéndome al frente de los negocios. Tomé la cosa tan en serio que me desentendí del mundo y, a caballo todo el día, vestido de garrasí y con mi espada al cinto, me la pasaba en mis sabanas y queseras siendo el hombre más feliz de la tierra.

»Por supuesto, como “el ojo del amo engorda el caballo”, al poco tiempo habíase doblado mi fortuna, de manera que a los veinticinco años de edad era el *cocuyo* de la comarca, el buen partido soñado por todas las muchachas casaderas de cien leguas a la redonda. Desgraciadamente, nadie, excepto mis caporales y peones, me conocía sino de nombre, pues jamás concurría ni a los pueblos ni caseríos, ni a fiestas públicas, religiosas o de toros y gallos, ni a bailes o reuniones particulares. Mi casa y mis posesiones eran mi vida; de ellas no salía nunca.

»Un día vino a verme mi tío materno Aniceto Alayón, sobrino de aquel célebre maestro Alayón, arpista de Ospino, que figuró tanto en nuestras crónicas políticas, y me dijo:

»—Oye, Secundino, tú eres un hombre ya y persona muy decente por tu familia, por tu conducta ejemplar y por tu posición monetaria. No es posible que continúes esta existencia de anacoreta que llevas, metido entre el ganado, las bestias y los quesos, sin tratar a nadie, sin ir a los

pueblos, sin vestirte de caballero, sin conocer las familias, sin ser gente, en fin, como tú lo mereces...

»—¿Qué quiere usted, tío? —le respondí—. Ese es mi gusto, en ello gozo y me repugna grandemente eso que llaman sociedad... Detesto las tertulias y me aburrirían los bailes.

»—No, no, mi amiguito —insistió el tío Alayón—; uno en la vida no es lo que quiere, sino lo que los demás quieren que sea; basta de ese aire silvestre y de ese aspecto montaraz. Es preciso salir a las poblaciones, tratar con la gente, visitar las familias, mandarse a hacer ropa. A propósito, dentro de un mes hay un rumboso matrimonio en Chaguaramas, donde tus primas las Rodríguez. Se casa Ritica con el tuerto Berroterán, dueño de los potreros de la Hogaza: habrá baile, comilona, toros; tres días de fiesta, en fin, que tú no debes perder, pues estará allí lo más granado de estos lugares. Hablaré al sastre, haremos la lista de lo que necesitas para presentarte en público. Decididamente, tienes que ir.

»Ante aquellas razones hube de convenir, tanto por no desagradar a mi tío cuanto porque estando en la flor de mis años, sentía ya la necesidad de roce con el género humano, de la vida civilizada, de las costumbres sociales y hasta de ir pensando en la compañera que debía buscar para la formación de mi hogar doméstico. Realmente, yo no podía continuar como un salvaje, como un paria, como un animal alzado en mis sabanas. Me decidí, y al efecto mi buen tío trajo un sastre que me tomó medidas, de pies a cabeza, y entre ambos se encargaron de alistar todo lo indispensable para presentarme al pueblo el día del matrimonio de mi prima. ¡Qué alegría, que ilusión, qué embullamiento sentía cuando iban llegando todas

las prendas de traje y equipo! El terno de casimir color pelo de guama, las botas de patente, el sombrero de jipijapa, la camisa rizada, con farolillos, la corbata suelta, flor de romero con rayitas rojas, la silla vaquera bordada en seda de distintos colores, con guardapolvo de ante inglés y tres pellones de hilo y seda sobrepuestos, el herraje de plata, las espuelas de *idem*, con cadenilla de vuelta entera, todo lo mejor que pudo conseguirse no solo en los pueblos vecinos, sino en Calabozo a donde se mandó un propio a buscar lo que faltaba.

»Pero a medida que se acercaba el día de la boda, me iba yo sintiendo desazonado e inquieto y me entraba algo así como un susto al recordar que tenía que presentarme en aquella facha delante de tanta gente. Calculen ustedes, tanto tiempo en el monte sin haber hablado ni visto a nadie desde que a la edad de quince años llegué de Caracas al salir del colegio... No sabía de qué modo entrar ni cómo saludar, ni las palabras que debería dirigir; pensaba que al verme, todos iban a reírse, principalmente las mujeres, y eso me hacía poner los pelos de punta, pues siempre he sido muy corto y vergonzoso. Tres días antes de la salida, llamé a mi tío Alayón y estuvimos ensayando, no solamente los vestidos, sino las maneras como debía presentarme, hacer los saludos y reverencias, sentarme, conversar y hasta comer y beber. Recuerdo que para hacer la prueba más a lo vivo él se sentó en mi cuarto, rodó unas sillas figurando el estrado, y yo, vestido de punta en blanco, hice el papel de que entraba y saludaba a las personas que habían de encontrarse en cada silla. La prueba no debió quedar del todo pésima cuando Aniceto, abrazándome muy contento, dijo:

»—Nada, muchacho, escúpulos a un lado que vas a hacer furor en la parranda. ¡No podía ser de otro modo, eres de la familia!

»Llegó por fin el anhelado día, era un jueves de Corpus Christi, no lo olvidaré jamás; desde el amanecer me di una friega general con agua florida y jabón de lechuga, vino el barbero a afeitarme y a peinarme, y a las once en punto estaba yo poniendo el pie en el estribo para llegar a las doce a Chaguaramas, hora fijada para el almuerzo con que debía inaugurarse el inolvidable matrimonio de Ritica. Mi brioso caballo Tenteduro, el mejor de la comarca en aquella época, como que adivinaba que yo y él íbamos estrenando, porque entre relinchos y cabriolas se bebió el camino en un credo, llegando a la casa de mis primas un cuarto de hora antes de la fijada. Me desmonté en uno de los corredores y amarré el caballo con la doble falsarrienda de cabestro de cerda en las rejas de una ventana algo floja que había allí. Al seguir adelante, lo cual hacía de puntillas pues quería entrar sin que me sintieran a fin de no llamar la atención, sentí un frío glacial por todo el cuerpo, principalmente en los pies y en las manos, al considerar que iba a llegar ya el momento supremo de mi presencia. A mayor contrariedad, un loro indiscreto que tenían colgado de un aro de barril pendiente de una botella adherida al techo, empezó a vociferar al verme, gritando a todo pulmón:

»—¡Lorito pintado, cójanlo, cójanlo que es colorado!

»—¡Cállate, bicho! —le dije furioso a media voz, acercándome para que me oyera. Mi plan era entrar de sorpresa, inesperadamente y confundirme entre los invitados, por lo cual aquellos gritos del loro que continuaba firme repitiendo su estribillo, eran para mí una tortura, porque me denunciaban y todo el mundo saldría a encontrarme. Entonces se me ocurrió una barbaridad: ¡matar al loro! Miré para todos lados, y encontrándome solo, agarré

al pobre animalito, le torcí el pescuezo y, para que nadie lo viera, lo guardé en un bolsillo de atrás del paltó-levita como si hubiera sido un pañuelo verde. Cometido aquel crimen, seguí adelante ya con las orejas encendidas y muy turbado por aquel primer inconveniente que no estaba en el programa. Al entrar en el gran salón, que se hallaba lleno, sobre todo de mujeres, traté de buscar dónde sentarme pronto para quitar mi estampa del medio y no llamar mucho la atención. Segunda desgracia: todas las sillas estaban ocupadas. ¿Qué hacer? Quedarme plantado era imposible, volver a salir una ridiculez. ¡Atroz instante! Cuando ya todos los ojos empezaban a fijarse en mí, como pares de pistolas o como agudos cuchillos, alcancé a ver felizmente, como el náufrago la playa salvadora, allá en el último rincón una butaca de cuero vacía, junto a la cual habían colocado el arpa, el contrabajo y demás instrumentos de cuerda. Rápidamente dirigíme a aquel bendito refugio, y saludando zurdamente a derecha e izquierda, atravesé el espacio, lelo, confuso, martirizado, como el recluta que recibe en el cuartel soberana carrera de baquetas. Ciego y atontado por la pena, no digo me senté, caí rudamente en la butaca como un fardo, aconteciendo para colmo de contrariedades, que aquel brusco movimiento tumbó al suelo el arpa y el contrabajo. ¡Qué ruido tan espantoso! Algunos concurrentes creyeron que era temblor y otros brincaron sobre sus asientos, siendo yo el foco de todas las miradas, y cuando se convencieron de la realidad del chusco percance, no quedó en el salón quien no se riera a carcajadas, haciendo los más graciosos comentarios. En tan crítica situación comprendí que me había sentado sobre un animal que seguramente dormiría sobre la butaca, por lo cual nadie la ocupaba. Yo lo estaba machacando o comprimiendo y él

quería escaparse. Indudablemente debía ser un gato, tal era el destrozo que me hacía con las uñas en lugares delicados. No había disyuntiva; pararme y que el animal saliera corriendo hubiera sido el sainete del drama, el complemento de las burlas y las risas. No, no podía pensarse en eso, sino en apretar, en apretar duro hasta aplastar aquel energúmeno que se ensañaba contra mis carnes en las angustias de la muerte.

»—No te preocupes, primo, con la ocurrencia —me decía Ritica, secándose con el pañuelo las lágrimas de tanto reír—; eso no vale nada, el contrabajo y el arpa son de madera y no tienen pulpa ni huesos...

»—Claro —añadía doña Ramona, su mamá, estremeciéndose como si le hicieran cosquillas—. ¿Quién tiene la culpa de eso? ¿Cómo se les ocurre a esos bárbaros músicos recostar los instrumentos de los muebles?

»—¡Despreocúpate, sobrino! —me decía tío Aniceto, haciendo pucheros para contener la risa—; eso no vale nada, y tú debes tener corriente y reírte con nosotros...

»Y como hablando así se me iban acercando todos, resultó que yo quedé como en berlina en medio de una rueda que formaban los concurrentes. Y el animal se meneaba todavía y yo continuaba apretando hasta reventar, no ya rojo sino morado, cárdeno, sudando a mares y haciendo más fuerzas que Hércules. Al fin, el amo de la casa me sacó de angustia tan horrible, exclamando desde la puerta:

»—¡Señores, el almuerzo está servido!

»A tan mágico anuncio empezó el desfile para el comedor, y cuando quedé completamente solitario, sentí que el ser que se removía debajo de mí ya estaba inerte.

»Entonces me levanté; mis manos tocaron y mis ojos vieron...

»Las primeras aparecieron tintas en sangre y los segundos contemplaron con asombro, con horror, un hermoso gato barcino aplastado sobre el asiento como si lo hubieran molido las mazas de un trapiche.

»—¡Secundino, Secundino! —gritaba un coro desde el comedor—: Venga usted, se le aguarda para comenzar, ya está listo su puesto de preferencia.

»No había remedio, me dirigí allá como un reo a quien llevaran al patíbulo. No estaba yo para comiditas en aquel estado.

»Mi puesto estaba en el centro de la mesa, frente a los novios y al lado del jefe civil y del maestro de escuela. Como una fina demostración de aprecio, me dieron a trinchar la gallina del hervido, la cual sin duda era la decana del corral, porque cuando le apliqué el amellado cuchillo, lejos de cortar la hizo resbalar por el grasiento platón, yendo a caer como una pelota de goma sobre la peluca del maestro de escuela quien, por defenderse con las manos, la lanzó en pleno rostro a Ritica, la cual, muerta de risa, la envió de un revés al señor cura que estaba a su lado; y así, de mano en mano y de rechazo en rechazo, atravesó la gallina toda la mesa entre risas, puyas y rechifladas. En esta refriega ocurrieron más serias averías: el caldo se derramó sobre los trajes de las señoritas, el vino y los dulces corrían por el mantel, el jefe civil profería palabras malsonantes porque el vecino, al ponerse de pie, le había reventado un callo, y misia Ramona, al estornudar por un salpique de guasacaca que le cayera en la nariz, había perdido la plancha. Cada gota de sudor mía era del tamaño de un coco; fui a sacar el pañuelo para limpiarme y lo que saqué fue el loro muerto que había guardado al entrar. Entonces las carcajadas hicieron explosión; hasta

don Lucas Rodríguez, el amo de la casa, se llevaba las manos al vientre para no morir de risa.

»Aquello era demasiado. Resolví escapar de aquel infierno. Púseme de pie súbitamente y salí corriendo; pero el diablo o mi mala estrella dispusieron que un botón de mi paltó-levita se engarzara en los enredados flecos del mantel, que se vino conmigo ocasionando la final catástrofe. Todos los platos, copas y botellas, todo aquel promontorio de comidas, bebidas, dulces, flores y ponqués de torres con banderitas, vino a tierra con espantoso estrépito.

»Con la velocidad de un rayo y fuera de mí, de un salto subí sobre Tenteduro, aplicándole las espuelas nerviosamente en los ijares, lo que le hizo dar una arrancada formidable, y como en el aturdimiento producido por tantos contra-tiempos olvidóseme desatar la falsarrienda, el caballo, en la brusca salida, arrancó la ventana, que iba dando saltos como un cencerro, haciendo espantar a Tenteduro que corría con la velocidad de una bala, como alma que lleva el diablo; y así, loco, silbándome los oídos, sin sombrero, dolorido, casi muerto llegué a mi casa en pocos minutos, como Mazepa atacado por sus enemigos. Mis peones me desvistieron, me acostaron en cama boca abajo y me curaron los mordiscos y arañazos con bálsamo, aceite y limón agrio. Tuve fiebre; y bien fuese por causa del delirio o porque realmente así sucediera, es el hecho, sin explicación todavía, que sentí, allá en las altas horas de la noche, un gato corriendo por el tejado que se lamentaba lúgubrementemente; y oí, arrebujándome entre las sábanas por el miedo, un eco triste que repetía sin cesar:

»—¡Lorito pintado, cógelo, cógelo, que es colorado!».

TEODOSIO ADOLFO BLANCO

Poeta de la buena mesa, cantor hiperbólico y no siempre buen versificador de nuestros platos criollos y frutas populares como el topocho, el aguacate y el mango, Teodosio Adolfo Blanco fue uno de los precursores más sustanciosos de la poesía gastronómica modernamente cultivada por el gran Chicharrita. Sus escritos en prosa, en los que cultivó un elegante costumbrismo urbano, inauguraron en nuestro periodismo el estilo mariposeante y ligero de los modernos *croniqueurs* de las páginas sociales. Con el título de *Álbum de «Soul»-Bocetos para cuadros venezolanos*, dejó un libro con una parte muy pequeña de sus crónicas y algunos versos, editado por Alfredo Rothe en 1884. Por los mismos años, publicó la Empresa El Cojo el cuaderno *Versos de soul* para distribución gratuita entre los clientes de aquella casa editorial.

CANTO AL AGUACATE

A mi amigo E. López

I

Sublime inspiración, numen celeste,
Divinas musas del Parnaso ameno,
Deidades de la luz, genios fecundos,
Acudid presurosos y en auxilio
Bajad a socorrer a un pobre vate
Para cantar al índico aguacate.

II

No de la ciencia los sublimes triunfos,
Ni de hazañas homéricas la fama,
Cante mi tosca y destemplada lira;
Ni cante amor, ni gloria, ni riqueza;
Que yo, apartado del vital combate,
Solo quiero cantar al aguacate.

III

De color de esmeralda, en forma vario,
Pendiente de las ramas se columpia
De árbol gigante en la floresta umbría;
Y allí el alado huésped lo persigue
Y lo ataca voraz con crudo embate,
Que es su mejor potaje el aguacate.

IV

En áurea o argentina fuente, adorna
La mesa do se ostentan a porfía
Los manjares más raros y sabrosos
En profusión lujosa, para agrado
De opulento señor o de magnate
Que es fruto de gran precio el aguacate.

V

Y en la mesa del pobre se le mira
Llenando el puesto de la ausente fruta,
Con placer indecible saboreado
En días de festín; y a su bulimia,
En la cosecha el mísero da mate,
Que es nutricio alimento el aguacate

VI

El religioso austero, que entregado
A la oración, en solitaria celda
Huyendo está del mundo y de sus pompas,
De rígida templanza dando ejemplo,
No desdeña al decir muy grave: «Orate»...
Comerse una tajada de aguacate

VII

Y el militar valiente a quien despierta
El clarín que lo llama a la pelea,
Y vestidos los bélicos arreos,

Al corcel que piafa echa la pierna
Clavándole al ijar el acicate,
Lleva de bastimento el aguacate.

VIII

Y el que habita las cálidas regiones
Con que Dios regalara al Nuevo Mundo
Y donde independencia se respira,
Su santa dignidad en la desgracia
Escuda, y nunca tira del mecate
Si al campo va do crece el aguacate.

IX

Ya al natural se coma, ya salado,
O ya en sopa, ensalada o como adorno
Sirviendo a alguna fuente se le exhiba;
O untado sobre el pan como manteca,
O mezclado con puerro o con tomate,
Es manjar deleitoso el aguacate.

X

Decir que de la América las frutas
Sobrepuja la Europa exuberante,
Porque tiene la poma, albaricoque,
La pera, la ciruela y el durazno,
Es decir un solemne disparate:
Que más que todas vale el aguacate.

XI

Y que la piña, el níspero y banano
Y el riñón y la parcha y chirimoya,
Son de esta ardiente zona las delicias,
Es decir la verdad incontestable,
Y negarlo a mi ver sería dislate;
Mas sobre todas ellas, ¡aguacate!

XII

La ciencia medical, farmacia y química
Elementos preciosos descubriendo
En la salvaje fruta, luces lleva
Al industrial, que al ver cuánto promete
A su ganancia, el corazón le late;
Que es fuente de riqueza el aguacate.

XIII

Pues si aceite finísimo produce
Al tocador precioso y la cocina,
Y a la cura de innúmeras dolencias,
Dulce, más que la miel, azúcar blanca
tinte firme da, que nada abate,
El jugo de simiente de aguacate.

XIV

Y su madera espléndida se ofrece
A la talla y también la constructura,

Por su bello color, por su dureza
Y eterna duración que rivaliza
Con el cedro, gateado y apamate;
Pues nunca se apolilla el aguacate.

XV

Para concluir diré que prefiriera
A fuer de criollo, de lo que hago alarde,
Privarme de las cosas más sabrosas
Que produce el país, hasta de hallacas
Y hasta de olla podrida y chocolate,
Que de algunas tajadas de aguacate.

XVI

Y si algún presuntuoso acaso hubiere,
Bien extranjero o natural se llame,
Que lo que he dicho aquí, negar pretenda,
Invoco la justicia de mis lares
Para que en pena, prive a su gaznate
De tragar ni un bocado de aguacate.

El jugo de simiente de aguacate.

CARACAS A LA FRANCESA

Henos aquí como cumple a caballeros ante una dama de tantos timbres como *Madame la Societé de Caracás*, esto es, sombrero en mano, lente en el ojo a lo *petite crever* y bastón

debajo del brazo, amén de aquella clásica posición de saludo cortés, en que juntas las piernas, estirado el cuello y arqueado el cuerpo, nos inclinamos reverentes ante la bella deidad, haciendo gala de nuestra elegancia y cultura, como cumple a un *poseur* moderno.

Por temor de que no nos entienda, la saludaremos en francés, pues persona tan a la moda, habla, así como viste, come, etcétera, a la *dernière*, y como el castellano ha pasado, no lo habla ya; mas como la moda es tan reciente y probablemente no habrá podido aún copiar exactamente el figurín, entorpecemos nuestra lengua y agucemos nuestro oído para haber de hablarla en chapurreado francés y de entenderla en su bello *patois*.

Y no se crea que por estar descubiertos y en actitud cortesana se nos vaya a pasar el tiempo en cumplidos, pues es práctica social en el gran mundo, que saludando y la tijera andando; conque *bon jour, madame*, y vamos a charlar.

*

Mucho se habla de la miseria que diz que azota a esta población; pero el rodar de los carruajes que ya públicos o particulares (que son los más) mantienen en ruido la ciudad; el chocar de las copas en el Louvre, las Tuilleries, la Maison Dorée, L'Hotel de Paris y demás *restaurants* de los *boulevards*; el sonido armonioso de los bien templados instrumentos en las *soirés* que ya *petites* o grandes engalanan las noches de Caracas haciéndose en ellas gala del *chic* y del *bon goût*, tanto en los preciosos *bouquets* contenidos en los Sévres y Bohemies, los *miroirs* de Venice, *visavis*, etcetera, como en el escogido menú expresado en la *carte* y donde desde el *hors-d'oeuvre* hasta el *dessert*

y *pousse-café* es todo *comme il faut*; y en fin, las ricas telas, fantásticos calzados, lujosas *toilettes* y valiosas joyas que el Fígaro, Au Bon Marché, el Palais Royale y demás *bazars*, venden constantemente, son claros indicios de que nuestra sociedad, muy lejos de la pobreza goza del más amplio bienestar.

*

En las comidas se nota la misma reforma que en las demás cosas; por nada de este mundo nos entienden cuando pedimos de comer, si hablamos de arvejas, tortillas, pollo asado, olla, mechados, etcétera, pues estas palabras ya tan vulgares, han sido sustituidas con las de *petit pois*, *omelette*, *poulet rôti*, *bouillon*, *filet*, etcétera; así es que comer en español es un atraso.

*

Hemos hecho una observación en las reuniones y tertulias; y es que los *Liones* se preguntan entre ellos quiénes son los dueños de la casa del festín; cualquiera creería que lo hacen para ofrecerles sus respetos a la entrada, o para hacerles alguna cortesía a la salida, y no hay nada de eso, pues se entra *sans façon* o se sale *sans cérémonie*, y la pregunta no es más que una precaución para no hablar mal de ellos con ellos mismos, por no serles conocidos, como también para el día siguiente, en los círculos *comme il faut*, poder al ridiculizarlos precisar sus nombres y señales.

*

También hemos notado que en las calles toda señora desconocida o no frecuentada por ellos, si no va acompañada de varón la titulan *cocotte* y le regalan a su paso mil requiebros a la moda, y buscando el *pendant* se exhiben *au clair de la lune* en *landau découvert* con ciertas *mademoiselles non sanctas* a quienes ofrecen ya una copa de *l'eau glacée* o un *cigarette*, a la puerta de los cafés públicos. Pero cuando encuentran damas en compañía varonil, son muy comedidos, prudentes y hasta útiles, pues no sintiéndose con vocación para ser Alejandro ni Cides, aunque con deseos de ser Tenorios, han adoptado como término medio, por figurín de valor y tipo de caballería, al ingenioso y nunca olvidado hidalgo de la Mancha.

*

Casi constante ha sido en los últimos tiempos la salida de personas para Europa, con el pretexto de las Grandes Exposiciones; pero como muchas de ellas han regresado antes de la apertura de aquellas, nos inclinamos a creer o que llevan entre manos la exposición personal o que han ido, según la expresión de uno de los *enfant gaté* del *Saint Germán* de Caracas, a «alimentar el *esprit* y aprender a *savoir vivre*, pues no hay imbecilidad más grande que hablar español»; y como por allá la cuestión es de *argent comptant* y no son fáciles los recursos porque falta el *apunte*, deduzcamos la consecuencia de su pronto regreso.

*

Continúa la plaza Bolívar siendo el *rendez-vous* de la juventud aristocrática de la ciudad; y no vayan a alarmarse

nuestros colegas los demócratas, con esta aristocracia inofensiva, que no es de estirpes ni con mucho de dinero, y solo es de percha, con la ventaja de no ser absoluta, pues ella cual el valiente guerrero, y en medio del combate, solo atiende a sus posiciones, y como este, aparta a un lado sus armas en la paz y vuelve a ser un hombre como cualquier otro, así ella apartada del lugar del espectáculo y desvestida del *claque*, *frac* los *Preville*, etcétera, habla español como cualquier carretero y es tan corrido como quien más.

*

Nuestro teatro, aunque hace esfuerzos por abrirse, tiene que volverse a cerrar, como muy bien lo dijo un colega nuestro: «por indisposición del público»; pero, ¿cómo es posible que haya concurrencia si el espectáculo no es *L'opéra comique*, ni el *Vaudeville* y ni siquiera *les concerts légers*, el *can-can* o cosa semejante?

*

El periodismo aumenta en esta capital de manera tan creciente, que no hay casi quien lea, pues siendo la mayor parte publicistas, apenas les alcanza el tiempo para escribir, corregir y leer sus propias producciones; y la parte restante, que es la llamada pudiente o acomodada, con sus *attachés*, ni se ocupa de las miserias de esta tierrita, ni aunque quisiera podría hacerlo, por haber perdido el idioma.

*

En obsequio de estos lectores que están más al corriente de lo que pasa por París que de lo que por acá ha llegado, y a fin de que no se den chascos particularmente sobre política, por no ser muy exactas las noticias que de nuestras cosas suelen traer los papeles franceses, sería bueno que se editara en Caracas un periódico en francés, no como *El Charivari* de Caracas, que se llama en francés pero habla en criollo malo, sino como los que circulan en la misma Francia, que no tenga ni una palabrita siquiera en español, y que en ellos puedan imponerse de lo que aquí sucede con exactitud.

*

Se anuncian muchos bailes, quiera el cielo que los den en castellano, con sus turnos variados, con sus refrescos sanos, con su confianza educada, etcétera, en vez del programa por piezas con sus vals aporreados y polkas batidas, del *indispensable litro* y de la inculta etiqueta. Que por la moda antigua se obsequien también a las matronas y que se suprima un cierto brazo que a manera de espolón llevan los bailarines por delante, apartando a empujones cuanto encuentran, y dando a la fiesta el aspecto de un certamen de pugilato, así como el tomar el pulso a la pareja.

*

Algo debemos decir de las bebidas; pues siguiendo el impulso de la civilización *franco-indiana*, varias bebidas nuevas han sentado sus reales en las que, si hablásemos español, llamaríamos botillerías, pero que hoy se llaman *botiquines*, probablemente por las drogas que encierran.

*

El caso es que no nos entendemos ni en español ni en francés, pues hay tal confusión en las costumbres que han llegado a hacerse negativas, de manera que el venezolano está corriendo el riesgo de que le suceda como al vizcaíno aquel:

París como Caracas;
Caracas como París.
Español no aprendiendo,
Francés no aprendiendo, etcétera.

¿No sería mejor que volviésemos a las sanas, galantes, caballerosas y propias costumbres de nuestros antepasados, a fin de podernos entender sin necesidad de intérpretes, dejando a un lado ese *argot* en que nadie nos entiende ni nosotros mismos nos entendemos? Conque *au revoir*.

Caracas, 1878

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Nació en Caracas el 13 de marzo de 1857 y falleció en la misma ciudad el 15 de agosto de 1903. Figuró muchos años al lado de Jabino como escritor de costumbres y ocasionalmente como dibujante en la revista *El Cojo Ilustrado*. A diferencia del más renombrado de sus compañeros de generación, Méndez y Mendoza cultiva una prosa de vasto aliento cuya densidad y ritmo pausado resta con frecuencia fresca y ligereza a la exposición de sus temas populares. Moroso, enumerativo y siempre atento a lo incidental y detallista, más que las de un articulista que destina sus trabajos a la prensa, sus aptitudes son las de un novelador o escritor de *stories* al estilo de Jerome, a quien tanto recuerda por sus preferencias y por su ritmo. Parte de la obra de Méndez y Mendoza está editada en su libro *Chanzas y verdades*.

LA CASA NÚMERO 7

La casa en que habita cierto caballero amigo mío no puede ser peor; pero él se obstina en no dejarla, alegando para ello numerosas y muy plausibles razones, entre otras la de no poder efectuar la mudanza a media noche.

No sé con certeza por qué considera él cosa de evitarse a todo trance la mudanza de día, pero es lo cierto que su obstinación me ha dado asunto para este artículo, al traerme a la memoria cosas que, como yo, habrán visto mis lectores.

*

Por haber emigrado de la cuadra la familia que habita la casa número 7, esta queda desocupada y ostenta desde luego, pegado en la puerta de la calle, un aviso manuscrito que más o menos dice así: SE ALQUILA.—*Ocúrrase por informes a la bodega de la esquina.*

Esto para mantener abiertas, desde que amanece Dios, las ventanas de celosía de las casas inmediatas, cuyas ocupantes desocupadas consideran cosa de necesidad imprescindible atisbar a todo el que ocurre a ver «la casa» para deducir por la traza las condiciones del inquilino en ciernes. Y de ventana a ventana, la vecina de la casa de enfrente y de la inmediata a la cerrada, entablan el siguiente diálogo:

—Esta mañana vino a ver «la casa» un señor gordo que parece extranjero.

—Sí, mujer; y por cierto que salió diciendo que era muy húmeda. Es verdad que tiene ese inconveniente.

—Y no tiene fondo: Claudia no podía tener más de veinticinco gallinas y tres *cochinos* en el corralito.

—No me gustaría que la tomara ese señor: parece gente etiquetera.

—¡Ave María Purísima! No nos faltaba más que eso. Gente etiquetera aquí, donde todos estamos como en familia.

—¡Qué casualidad! Allí viene un individuo que trae una llave engarzada en los dedos de la mano derecha. ¿Vendrá a ver la casa?

—Veamos.

(Silencio que dura el tiempo necesario para que la persona en cuestión abra la puerta y entre).

—¿Sabes que se me ha puesto como sombrero que este es aquel novio de que nos hablaron anoche?

—No te quede duda. Y esa sí que sería calamidad. Novios en el vecindario es lo mismo que decir fastidio. Se ofrecen cuando les da la gana, no abren las ventanas, se salen desde que anochece, y pagan las visitas tarde o nunca.

—Pues, a mí no me desagradaría. Estaríamos divertidas viendo la composición de la casa primero, después la llegada de los muebles y las idas y venidas del novio.

(Sale el presunto novio; y después de zapatear en la acera, de sacudirse los pantalones con el pañuelo y de rascarse las pantorrillas, echa por la calle arriba).

—Qué pulgas tan bravas.

—Y qué pronto se levantaron. Se conoce que no quedó barrida la casa. Yo siempre dije que Claudia era muy puerca.

Transcurren cuatro días, y al amanecer del quinto, la vecina del frente ve que abre la puerta de «la casa» una mujer de paño que trae una escoba. Corre inmediatamente por

la cuadra la voz de que ya la casa está tomada, y detrás de todas las celosías se descubren ojos curiosos que aguardan impacientes el comienzo de la mudanza.

Ni el señor gordo que parecía extranjero ni el presunto novio son los inquilinos, sino una familia que se presenta por partes, siendo la primera una avanzada que aparece mediando la mañana, y compuesta de una señora sofocada y una pollita que anda con paso menudo, oscilación de caderas y balanceo de codos. Es la comisión de la familia, encargada de recibir los corotos en el nuevo domicilio.

—Ya deben de venir cerca las carretas —dice la vecina de enfrente.

—Es seguro —contesta la interlocutora de antes.

—Yo no me muevo de aquí.

—Ni yo.

Pero a las carretas se anticipan dos parihuelas que los cargadores ponen en la calle, arrimadas a la acera, delante de la puerta de la casa, y de las cuales empiezan a retirar objetos diversos que introducen luego a hombros.

Lo primero que aparece es un retrato al óleo, de medio cuerpo y tamaño natural: efigie ultrajada por los años, de un señor de corbatín, que usaba patillas cortas y peinado a lo torero, y a quien el atrasado artista pintó con la cara de frente y la nariz de perfil. Síguenle dos litografías con marco negro que representan el sacrificio no consumado de Isaac la una, y la otra a Luis XVI en carroza viniendo de Versalles con la corte. En pos de Luis XVI entra a la casa Bolívar en cromo y con la nariz carcomida; y detrás del Libertador, un cuadro de pelo donde aparece una tumba con verja, al lado de un ciprés, en campo de césped muy espeso, sembrado de flores descomunales; y llégale su turno a un atrevimiento al *crayón*, obra de un infeliz

aficionado cuyas labores artísticas no pasaron de aquella en que se presenta a un niño con un carrillo hinchado y un ojo gacho, en actitud de llevarse a la boca algo que probablemente quiso ser rebanada de pan, y que cualquiera tomaría por una oreja inverosímil. La primera parihuela queda desocupada después de levantado un enorme espejo que fue lujoso cuando la Cosiata y que tiene forrado el marco con tul color de rosa, antes para el disimulo de las pasadas injurias del tiempo que para prevenir las venideras.

La segunda parihuela ocupa el lugar de la primera; y son de aquella cuidadosamente retirados, por expresa recomendación de la señorona que vigila la maniobra desde la ventana, un sofá y dos mecedoras de caoba con asiento y respaldo de cerda, de pesada y antigua construcción; y que solo conservan su prístina forma, merced al cuidado con que a instancia de la señorona se les trata, siendo de lo contrario inminentes, así el riesgo de un completo divorcio entre patas, asientos y copetes, como el de irreparables hundimientos de la chapa, capaces de ofrecer amplia salida a la carcoma.

A luego se detienen delante de la casa cuatro o cinco carretas, cargadas hasta decir basta; e inventariadas de una sola ojeada por cada una de las veinte personas que atisban detrás de las celosías del vecindario.

La descarga de las carretas da ocasión a que se ofrezcan a tanta mirada indiscreta, camas no despojadas de colchones y ropas de dormir; mesas de noche cuyas puertas, abiertas por azar, revelan secretos de avería en reservados adminículos; la silla coja de la cocina; la batea rajada y remendada con hoja de lata; cajones atestados de objetos, verdaderos revoltillos donde aparecen confundidos candelabros, polveras, pilas de agua bendita, fotografías,

tinteros, el estuche de navajas del papá, el convoy sin los frascos y las tenacillas de peinarse la pollina.

Por el zaguán pasan en desfile, testigos mudos de todas las vicisitudes de la familia, la poltrona en cuyo asiento de raído damasco asómase la rosca mohosa de algún resorte; último resto aquella del mueblaje que brilló en la sala en la época del empleo de hacienda del papá; las columnas torneadas del antiguo lecho conyugal; el baño de asiento donde hizo crisis la grave dolencia que puso cierta vez a la señorona a las puertas del otro mundo; los restos de la pajarera donde en mejores tiempos revoloteaban alegres gorgojeando los canarios; la caja del violín del primogénito que tiene quince años y ya es bachiller y librepensador; la del sombrero de copa estrenado en el centenario de Bolívar y el aguamanil que se compró cuando hubo huéspedes y que ahora utiliza el mocosito despreciador de Dios y demás invenciones de los curas.

La acera está llena de mesas cojas, sillas desvencijadas, baúles atados con cabestros y cestos que se deshacen. El anafe muestra su parrilla llena de cenizas, debajo de una vetusta silla vaquera; maúlla el gato dentro de una mochila; los pies de los carreteros llevan de un lado para otro una pantufla destalonada que les estorba el paso y que rueda por el suelo entre pedazos de varillas de catre, papeles arrugados y cucarachas muertas.

Aún no se ha terminado la descarga de aquella carreta, cuando aparecen otras en la esquina. A la una le sirve de remate el tinajero, a otra un maltrecho maniquí de paja y en una tercera vienen las gallinas cacareando en medio del traqueteo de los calderos, ollas y demás utensilios de cocina, traídos en consorcio con incalculable número de trastos inservibles que apestan con su tufo de rincón.

Al mismo tiempo llega la segunda y última parte de la familia: el papá, una cuarentona tísica que vive en la casa, el bachiller y violinista émulo de Voltaire, y la cocinera con la cesta al brazo y el hocico en punta.

Las personas entran, son descargadas las carretas, la criada aparece con la escoba, barre el zaguán y cierra el portón; y la vecina de enfrente, asomada la cabeza por encima de la celosía para que pueda verla bien su amiga, arquea las cejas, frunce los labios y se santigua.

Ya nos volveremos a encontrar algún día con esta señora y con los inquilinos de la casa número 7, cuando presente a ustedes en otro artículo las amistades de vecindario.

AMISTADES DE VECINDARIO

—¿Quién es?

—Gente de paz.

—Adelante; ¿qué se ofrece?

—Buenos días. ¿Aquí está misia Bruna?

—Habla usted con ella.

—De parte de misia Marta Cabrices que en la casa de enfrente la tiene a su disposición para lo que la crea útil.

—Dígale usted a misia Marta que me alegro mucho de tenerla de vecina y que muy pronto tendré el gusto de ir por allá.

De este modo, sin palabra de más ni de menos, se establecen en Caracas las amistades de vecindario.

Misia Marta Cabrices es la señora de cuya mudanza hablé a ustedes en mi artículo anterior; y misia Bruna la

vecina de enfrente, aquella que detrás de la celosía de su ventana inspeccionaba la mudanza.

En todas las casas de la cuadra se recibe en el mismo día idéntico recado y en todas se da idéntica contestación.

La primera que visita a misia Marta es misia Bruna. ¿Cómo no? ¿No es la vecina de enfrente? No ir inmediatamente sería pasar por desatenta. Fuera de que no está demás ir la primera, porque si los nuevos vecinos son de los que muestran la casa, no vendrán a contarle mentiras a misia Bruna las amigas de la cuadra. Bueno es saber las cosas antes que todo el mundo. Por otra parte, si los vecinos son gente servicial y mañana se ofrece cualquier cosa... hay que pensar en todo.

Y en la noche misia Bruna y su niña cruzan la calle y entran en la casa número 7, donde son recibidas con suma amabilidad por misia Marta en unión de la cuarentona tísica.

—¿Y están acomodadas en la casa? —pregunta misia Bruna, dirigiendo una significativa mirada hacia el interior.

—Así, así; al principio todo en este mundo tiene sus dificultades, pero ya nos acomodaremos.

—Y como ustedes no son muchos y se habrán distribuido bien las piezas... (segunda mirada hacia el interior, más acentuada que la primera).

—Así es.

—En un momento en que, por casualidad, me asomé a la ventana, el día que ustedes se mudaron, vi los muebles y me pareció que sí les cabrían aquí. (Tercera mirada acompañada de un movimiento que pone en claro el deseo de misia Bruna de dar un paseíto por la casa).

—¡Ah! sí: han cabido perfectamente. Si ustedes quieren pasar y ver cómo los hemos dispuesto...

—Con mucho gusto. Vamos.

Misia Marta se anticipa para ir a prevenir a Cabrices a quien la reuma obliga a coger cama temprano y que en aquel momento está en el traje en que dio Don Quijote su descomunal batalla contra los odres de vino.

—Métete pronto en la cama, Cabrices, que viene la familia de enfrente a ver la casa.

—¡Pero, mujer!

—Anda pronto, te digo, que ya vienen.

(Misia Bruna entrando a tiempo que Cabrices esconde debajo de la manta la pierna izquierda).

—¿Y esta pieza?

—Es la de Cabrices; dispense usted... como él se acuesta temprano...

—Ustedes son las que han de dispensar.

Y pasando de largo, las visitantes se encuentran en el cuarto inmediato con el señor bachiller don Martín Séneca Cabrices, violinista y libre pensador, ocupado a la sazón en escribir.

—Este es el cuarto de Martincito, dice misia Marta, aquí duerme, toca y escribe.

—¿Conque escribe? A ver, caballero, muéstreme su plana.

—Plana no, zeñora. (El bachiller es ceceoso y se amosca fácilmente).

—¡Ah! ¿no es plana?

—No, zeñora.

—Vamos, ya caigo, escribirá usted su lección de castellano.

—¡Zeñora!

—¿Tampoco es eso?

—Zepa usted que yo no soy hombre...

—Sí, ya sé que es usted un niño y por eso mismo.

—Digo que no zoy hombre de preocupaciones vulgarez: profezo las ideaz modernaz y eztaba ezcribiendo un editorial para el próximo número de *El Anticlericalista*, el periódico que...

—Dispense usted no quiero quitarle tiempo, continúe su pla... digo, su editorial.

Martincito sigue su escritura refunfuñando, mientras misia Bruna y compañía pasan al comedor.

—¿Y por qué pusieron el aparador de este lado y no del otro? (Empiezan las confianzas de misia Bruna). Allí hubiera quedado mejor.

—Sí, es verdad.... pero... mire usted... no se nos ocurrió.

Misia Bruna está en el secreto, por haberlo descubierto desde su ventana, de que el aparador está gravemente herido por uno de los flancos; secreto que solo puede ser conservado dejando el mueble donde está.

—¡Qué bonita jarra! ¡Pudiera yo conseguir una igual para mañana que come en casa Míster Schlarfght. (Alemán pretendiente de Brunita).

—Si esa le sirve está a su disposición.

—Puesto que usted tiene la bondad de prestármela, mandaré por ella.

(Continúan las confianzas de misia Bruna.)

Ya para este momento Brunita y Martita son íntimas amigas: andan abrazadas, se tratan de chica y han hablado en voz muy baja de Míster Schlarfght y de cierto colega de Martincito en ideas modernas, caballero que se encarama lentejos de oro en la nariz y decálitro de fieltro gris en la cabeza.

No termina la visita sin que hayan sido inspeccionados la cocina y el corral, hecho lo cual se considera satisfecha

por el momento misia Bruna, que reserva para ulteriores visitas observaciones más prolijas.

Al día siguiente por la mañana misia Marta recibe de misia Bruna, traído por la criada de esta, un recado concebido en estos términos:

—Que cómo están todos por acá y que si le puede hacer el favor de mandarle la jarra que le ofreció anoche.

—Dígale que va la jarra y que puede mandar por todo lo demás que se ofrezca.

Media hora después llega este otro mensaje:

—Como usted me dijo que misia Bruna podía mandar por lo que se ofreciera, le haga el favor de emprestarle su sopera.

A las doce vuelve a presentarse la criada casa de misia Marta.

—A la niña Martica le manda decir la niña Brunita que le empreste un cinturón y que no deje de ir por allá que tiene muchas cosas que decirle.

Al siguiente día misia Marta recibe la jarra sin asa y la sopera rajada; y Martita el cinturón hecho una lástima:

—Que le dispense que la jarra venga así: pero que ella sabe de una pega muy buena y le mandará la receta.

Y desde entonces todo lo de misia Marta es poseído en comunidad con misia Bruna. Manda esta a la casa de su vecina por la lámpara cuando va de visita Míster Schlarfght; por un poquito de leche para el café, creosota cuando a Brunita le duele la muela, por la polvera, por un terrón de azúcar y hasta por el violín del sabio imberbe para que toque Míster Schlarfght, que también es aventajado rascatripas.

Brunita es confidente del caballere de antiparras y chistera gris.

Cabrices está mejor de la reuma merced al tratamiento prescrito por la misma Marta.

El sabio se ha subido a mayores y pretende nada menos que deponer a Míster Schlarfght, para lo cual le ha sacado a Brunita unos versos indecentes, a la moderna, que con mucho bombo aparecen en *El Anticlericalista*.

Míster Schlarfght está hace días empeñado en encontrar la clave de este enigma: el sombrero de paja con cintas y plumas blancas con que sale Martita es exactamente igual a otro que usa Brunita; pero cuando salen juntas, lleva Martita el sombrero consabido y Brunita uno distinto. ¿Qué habrá en esto?

Brunita cruza la calle por la mañana de chambra y zapatillas para ir a casa de Martita.

Misia Bruna la cruza al mediodía, de bata suelta, llevando los bollos de lana y las agujas para tejer en casa de misia Marta.

Y Míster Schlarfgth termina por tomar soleta en medio del trastorno general ocasionado por un cambio de frente del joven de los lentejos y chistera gris, «el cual joven», como el Marqués de Sandoval que pasaba de sobrino a yerno, pasa de confidente a novio, determinando ruidoso rompimiento entre los inquilinos de la casa número 7 y la de enfrente.

JOSÉ MARÍA NÚÑEZ DE CÁCERES

Nació en Maracaibo en 1822 y murió en Caracas el 19 de noviembre de 1911, dejando una incatalogable obra que abarca toda clase de actividades intelectuales y manuales, desde textos de latín y griego hasta retratos a pluma ejecutados sobre granos de arroz. De joven fue enviado a Alemania, donde siguió estudios de Filosofía y Letras hasta graduarse en la Universidad de Hulle. Viajó por Rusia, Inglaterra, Moldavia, África del Norte, Constantinopla, Francia y finalmente por los Estados Unidos, en dos de cuyas universidades —la de Filadelfia y la de Nueva York— ejerció las cátedras de lenguas muertas. Fue autor del enorme poema didáctico «La venezoliada» compuesto en cinco mil octavas reales; de una *Historia general de Venezuela* en dieciséis tomos; de «La cachurriada», otro extensísimo poema, y de diversos métodos y gramáticas de las lenguas inglesa, alemana y francesa. Su vida pintoresca y sus graciosas ocurrencias enriquecieron el anecdotario de la Caracas finisecular que se expresa en las crónicas de Jabino y de Méndez y Mendoza. Pedro Emilio Coll contaba que una vez, ya anciano, apostó Núñez de Cáceres con sus amigos a que llegaría a pie en paños menores hasta la plaza Bolívar, y ganó la apuesta. De su obra humorística, dispersa casi toda en periódicos, editó un opúsculo de *Pensamientos sueltos* en los que imita los versos yámbicos de Syro, y *Los nuevos Petrarca y Laura*,

sonetos alegóricos a Petrona, exégesis en mil sonetos de sus anecdóticos amores con la señorita Petra Aveledo.

SONETOS ALEGÓRICOS A PETRONA

Petrona me miraba con dos ojos,
Y yo la contemplé con los dos míos;
Mostrábame desdén con desvaríos,
Y yo le contestaba con enojos.

No anduvimos los dos cortos ni flojos
En pruebas de entusiastas amoríos;
Unas veces calientes, otras fríos.
Unas veces con saltos, pero cojos.

Cuando ella me decía: prenda amada,
Yo entonces contestaba: prenda mía;
Yo quedaba en silencio, ella callada.

De nuevo comenzaba la porfía
Y cuando a su mansión ella tornaba
Yo entonces a mi casa me volvía.

*

La boca de Petrona es tan pequeña
Que por ella no cabe ni una araña:
Es una rosa que al clavel engaña,
Y a los jazmines a reír enseña.

Tan grande pequeñez es pedigüeña
De besos mil con intención tamaña;
Porque es más peligrosa en lo que daña
Que si cayera en Boquerón la peña.

*

Ni el tigre, ni el caimán, ni la serpiente,
Ni endriagos, calamares y dragones,
Son más dañinos al morder la gente

Abriendo sus tamaños boquerones,
Que esta boquita cuando pela el diente
Y muerde, al sonreír, los corazones.

*

Calle en la alta región el raudo Eolo,
En el sublime espacio el rey tonante
Detenga su carrera fulminante
Y el ronco trueno que estremece el polo.

Calle un momento el trovador Apolo
De su templada lira el son vibrante,
Deténgase en su marcha el viejo Atlante,
Y quédese en el aire el mundo solo.

Calle el eco estentóreo con que llama
Los mundos a su centro el ser tremendo;
Que calle esa armonía que derrama

Su espíritu, los ámbitos moviendo,
¡Y calle el firmamento!, que en su cama
Tenemos a Petrona ya durmiendo.

*

Cuando quieras enaguas, camisones,
Zapatos, mil embrollos de mujeres,
Contigo cumpliré con mis deberes,
Encargos y demás obligaciones.

En teniendo, yo y tú, dos corazones,
Comeremos de amor, dicha y placeres,
Que el hambre poco importa entre los seres
Que saben mantenerse de ilusiones.

Cuando quieras comer, Petra querida,
Y yo también lo quiera, no hay cuidado,
Que yo sabré traerte por comida

Un tierno corazón alimentado
De amor con ilusión que da la vida
Al que está sin comer, pero acostado.

*

Petrona, con perdón de la Escritura,
Tiene el pelo de todos los Sansones;
Apolos, Ganímedes y Absalones
No pueden igualarlo en su espesura.

Tan grande, tan espesa es la hermosura,
Y tal la longitud de sus mechones,
Que pasan más allá de los talones
Y arrastran por el suelo la basura.

Por tanto no hay razón de que admirado
Se quede allá en el cielo o en la tierra
El ente a quien tal cola haya arrastrado

O asido como el pez en el anzuelo
O como a mí, que por su cola atado
Voy siempre a coliarrastras por el suelo.

*

Lleno de fuego con ardor soñaba
—Es natural y consecuente el hecho—
Que a pierna suelta y en mullido lecho
Contigo a solas, Petronila, estaba.

¡Qué bueno!, qué sabroso me gozaba
Sintiendo el mío comprimir tu pecho,
En nudo tan gordiano por lo estrecho
Que de tanto aflojarlo reventaba.

¡Al fin se reventó!, mas no fue el lazo,
Ni fue la comprimida ligadura
De pecho contra pecho en el abrazo;

Fue el catre que se abrió por la armadura:
Me di cual nuevo Anteón un gran porrazo
Cayendo al seno de Cibeles pura.

*

Admiro de los astros el portentoso,
La aurora y el crepúsculo radiante,
La tierra y su esmeralda, el mar tonante,
Y el secreto inmortal del firmamento;

Admiro con profundo sentimiento
Cuanto admiran el sabio, el ignorante,
Y que viene admirando hacia adelante
Sin acabar atrás, el pensamiento;

Mas lo que admiro aún más como bonito
Y grande en el humano ramillete
Que creó el divino artífice infinito

Allá en su inescrutable gabinete,
Es ese graciosísimo hoyuelito
Que tiene Petronila en el cachete.

*

Como el perro que baila por la plata,
No me digas, Petrona, que te adoro:
Te quiero por robarte ese tesoro
Que tienes del fusil en la culata.

Que como una secreta catarata,
Más que si fueran manantiales de oro,
Contiene esa riqueza que te imploro
Y cuya posesión tanto dilata.

En premio de un amor tan verdadero,
Oh, ¡dámelo!, Petrona, y yo te juro
Que como el más honrado tesorero

Ladrón te puedo ser, mas no perjuro;
Pues aunque el interés me robe entero,
El capital te dejaré seguro.

EDUARDO DÍAZ LECUNA

Después de una larguísima figuración en el mundo literario de Caracas, donde ocupó siempre una posición muy secundaria con respecto a escritores como Jabino, Leo, Job Pim y otras cifras mayores de nuestro humorismo, Eduardo Díaz Lecuna se retiró en 1919 del periodismo para establecer su negocio de artefactos eléctricos Salón Japonés. Al morir en 1925 dejó varios pequeños libros que reúnen parte de sus numerosas composiciones en verso publicadas en los periódicos del novecientos, especialmente en los últimos tiempos de *El Cojo Ilustrado* y en los primeros de *El Universal*. Son opúsculos graciosos e impersonales, tan olvidados y polvorientos hoy como lo están sus modelos españoles Vital Aza y Ramón Carrión.

Obras editadas: *En serio y en broma* (sin fecha); *Medallones y bellezas* (1909); *Menudeos políticos* (sin fecha) y *Ratos de mal humor* (1919).

¿DIVERTIDOS?

La escena ocurre en la casa
de don Cirilo Torrente,
quien vive modestamente
con una rentica escasa.

Personajes: su mujer
que ya frisa en los cincuenta,
tres niñas de quince a treinta
y un perrito Fosterrer.

Situación de las personas:
las niñas en la ventana,
el perrito en la otomana
y los viejos en poltronas.

Asunto: tema ligero;
la mamá mira el perrito,
las niñas hablan quedito
y el viejo lee *El Noticiero*.

En tanto se regodean
los papás en sus poltronas,
y las niñas, siempre monas,
suspiran y cuchichean,

Aparece en el salón
un mocito muy atento,
que saluda y toma asiento
sin aflojar el bastón.

La escena sigue muy bien:
el papá no dice nada,
la mamá queda sentada
y las tres niñas también.

Aquí el joven con recelo
temiendo una tontería,
habla del calor del día,
echando mano al pañuelo.

La señora le contesta
con femenino candor:
que el exceso del calor
la tiene un poco indispuesta.

El joven lamenta el mal;
la señora lo agradece,
y a este punto, se establece
la situación general.

—Dígame usted caballero:
¿qué ocurre en la capital?
—Que en este año el Carnaval
se jugará un mes entero.

¡Virgen santa!, exclama aquí,
alarmada la señora:
¡qué cosas se ven ahora!
¡En mi tiempo no era así!

¡Tanto juego es un descoco!
Deja a la gente arruinada.
—¿Y qué opina usted? —¡Yo! nada.
—¿Y tú, Cirilo? —Tampoco.

Pero las niñas que están
prestando poca atención,
cambian de conversación,
dirigiéndose al galán:

—Ayer fuimos al *fut bal*.
—¿Y se divirtieron? —Nones;
eso es un juego de peones.
—Pero tiene mucha sal.

De pronto se oye un bullicio,
un ruido que se asemeja
a loza rota. La vieja
se lamenta del servicio

y levantándose al punto,
parte a averiguar la causa.
(Esto ocasiona una pausa,
hasta aclarar el asunto).

Vuelve y en tono glacial,
exclama de esta manera:
No fue nada, una sopera.
(Enfriamiento general).

Y entre tanto que allí están
A un lado el viejo leyendo,
Y las damas departiendo,
Y silencioso el galán

El perrito que dormita,
lanza un quejido... de duelo,
todos sacan el pañuelo
y... se escapa la visita.

MIGUEL MÁRMOL (Jabino)

Nació en Caracas en 1866. Columnista de *El Cojo Ilustrado* desde 1895. Con su inmediato antecesor, el dibujante y también escritor humorístico Eugenio Méndez y Mendoza, integró Jabino, para los lectores caraqueños de entre dos siglos, una de esas espontáneas comanditas generacionales tan frecuentes en la historia de nuestro humorismo, y que en nuestro tiempo se repiten en tantos casos de autores que el afecto público menciona por parejas, como Job Pim y Leo, o Chicharrita y Perico A. Monroy. Con una prosa menos comprometida con la academia que la de su ilustre compañero, y aplicando un estilo mucho más directo y popular, en el humorismo de Jabino conquista el género su definitiva liberación de los modelos españoles, bajo cuya égida se había formado, y en cuyo proceso de creciente evolución hacia una autonomía expresiva tenía ya la escuela precursores importantes como Daniel Mendoza y Rafael Bolívar. Entre todos se destaca Jabino, no solo por su modo de escribir que lo muestra como un movidísimo narrador de pequeñas ocurrencias domésticas, sino por el temario y la tipología urbana de que anima toda su obra, en este aspecto precursora de la poesía ciudadana de Job Pim. Cronista vivacísimo de nuestra vida cotidiana contemplada en los menudos episodios y figuras domésticas de la clase media; vecino desde niño de una

de las parroquias más significativas del gentilicio cultural caraqueño —La Pastora—, no logró, sin embargo, escapar del todo su obra a las influencias del ordinario criollismo a lo Rafael Bolívar todavía dominantes en su tiempo; influencias que si no lo afectan mayormente en el conjunto de su quehacer literario, sí se manifiestan de una manera lamentable en los rudos títulos de *Pólvora y tacos*, *Tiros al blanco* y *Lunares y verrugas* con que distinguió sus tres famosos libros.

Jabino murió en Caracas en noviembre de 1911.

REUNIONES DE CONFIANZA

—Hoy es el santo de Conchita, y deseamos que usted vaya por allá esta noche «a pasar un rato». Será una cosa de confianza.

Tal la sencilla fórmula de la invitación con que me obsequió mi buena amiga misia Robustiana el último ocho de diciembre, día de la Concepción.

A mí, en tratándose de jolgorios, no hay más que indicarme el punto y la hora; y contar conmigo.

Con lo cual dicho se está que no me hice esperar en la morada de mi respetable amiga, convertida aquella noche (la morada) en *rendez-vous* de lo más granado de la parroquia: una docena de niñas no mal parecidas, entre las cuales había interpoladas algunas feas a carta cabal; y otra docena de jovencitos que no tenían por donde ser desechados.

Conocedor del formulario que rige en esta clase de fiestas, lo primero que hice fue solicitar a la señorita cuyo onomástico se celebraba, para presentarle mis felicitaciones, preguntarle por las *cuelgas*, y tomar a empeño que me las enseñara, todo con la sana intención de halagar su vanidad de «ama del santo».

Correspondió ella a mi excitación conduciéndome a la pieza inmediata, donde había una cama colmada de ofrendas.

Allí el pañuelito primorosamente bordado; el jabón de E. Coudray; allí la socorrida botella de Agua Colonia, con la tapa pendiente de una cintica roja. Y el frasco de *aceitillo*; y la polvera de fermentido *crístof*; y los *cortes de satiné*, cuyos caprichosos dobleces denunciaban la colaboración de algún artista dependiente de tienda.

A cada objeto que se me mostraba dedicaba yo una exclamación de asombro: ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Qué bonito!, y hasta un modesto par de medias que figuraba entre los agasajos me arrancó este vocablo expresivo: ¡Caramba!

Terminado aquel acto, cuya importancia a nadie escapará, me dirigí disimuladamente al comedor con el propósito de hacer inventario de ciertos artículos de primera necesidad, el cual inventario me dio el resultado siguiente: un jarrón de *bul*; dos bandejas de sándwichs; una *idem* de polvorosas, y una sopera amplísima, aunque de humilde apariencia, que no podía menos de contener dulce de confección casera.

Nada más.

El personal del servicio permanecía sentado, y mano sobre mano, con una tranquilidad desconsoladora.

¡Hum! —dije para mí—. A esta gente no le queda ya nada por hacer. Me parece que tengo visto todo lo que vamos a consumir.

Hecha esta triste reflexión, disponíame a regresar a la sala cuando la dueña del santo se acercó a mí, y tomándome del brazo me dijo muy en reserva:

—Se va a representar una charada.

—¿Ajá?

—La charada es «respetuosa».

—Muy bonita, muy...

—Y yo quiero que usted haga de res...

—¡Yo!

—Sí, hombre; eso es muy fácil. Usted no hace más que bramar dos o tres veces, y ya se comprende...

—Pero, señorita, yo nunca he...

—Nada, nada, hay que ser complaciente.

—Por Dios; yo le juro a usted que...

—No admito excusa.

—En fin... si usted se empeña.

—Sí, sí; ya fueron a buscar el guaral.

—¿El guaral?

—Sí; para enlazarlo...

—¡A mí! —exclamé horrorizado.

Y ya iba a contestar quién sabe qué atrocidad cuando reflexioné: «Si es ella la que ha de ponerme el lazo y conducirme en mi calidad de res, menos mal, porque es bastante hermosa, y al fin y al cabo, con esta clase de mujeres siempre está uno enlazado».

—Señorita —la dije—, por supuesto que es con usted que voy a representar.

—No; con mi tía Ursula, que es muy espiritual. Usted no tiene idea de lo graciosa que...

No acabó la frase, porque la tía espiritual se plantó en medio de los dos con tres metros de guaral en la mano, y en actitud de echar un lazo corredizo al cuello de este humilde servidor de ustedes.

Mi primer impulso fue estrellar a la tía contra la pared; pero una voz misteriosa me gritó: —¡Bárbaro! ¿qué vas a hacer?

Y se salió con las suyas la graciosa señora.

Me echó el lazo, y comenzó a tirar de mí hacia la sala. Al llegar al centro de esta, y lanzar yo los tres berridos estipulados, deshiciéronse en aplausos los de adentro, y desgañitose la barra gritando: —¡Bien! ¡Muy bien! ¡Qué gracioso!

Yo sudaba a mares; silbábanme los oídos; no veía.

—¡Primera parte! —exclamó la directora de la charada.

De un salto me coloqué en un rincón de la sala, diciendo para mí: «Dios mío!; ¿es posible?... ¡una persona que se afeitá!...

Y me faltaba la más negra.

Terminada la representación, y despachurrada la charada por una señorita de ingenio, vieron mis ojos espantados a la tía espiritual que se dirigía a mí, trayendo en la mano un plato de dulce, que reconocí al punto: ¡era cabello de ángel! ¡Horror!

—A usted primero, porque se lo merece —me dijo la portadora—. Tómese este dulcito.

—¡Ay, señora! A mí el cabello de ángel me mata.

—No, hombre; pruébelo. Está muy bueno.

—Ya lo supongo, señora; pero...

—Déjese de dengues.

Ante aquella conminación no había salida.

Además, yo *merecía* aquello, como muy bien había dicho la señora, por mi colaboración en la charada.

Tomé, pues, el plato de dulce en la siniestra mano y me dispuse a orillararlo con mucha reserva.

Inútil precaución. Al suspender la cucharilla se vino todo el contenido del plato, que era algo así como cabuya en almíbar.

¡Imposible!, dije para mí, depositando el obsequio en una mesa próxima a mi asiento.

—¡A bailar! ¡A bailar! —dijo la tía funesta, abriendo el piano y tomando posesión del taburete.

—¡Dios nos asista! —exclamé—. De esta señora no se puede esperar nada bueno.

En efecto; se descolgó con una polka del tiempo de la Cosiata, y fue polka y polka por espacio de dos horas, al cabo de las cuales me eliminé, renegando de las tías espirituales, y de las charadas, y de las polkas, y del cabello de ángel.

NIÑADAS

Si no hubiera niños locuaces y entrometidos, ¿quién nos vengaría de la debilidad de los papás que consienten que los hijos de su corazón se nos suban sobre las piernas, nos apabullen el sombrero, nos tiren de los bigotes y nos pongan a la vista de Judas en su presencia? La señora Perales tiene un niño que vale un tesoro, aparte lo de la mala educación. En noches pasadas estuve allá a hacerles una visita que me fue recibida por la señora y las señoritas Perales y por el inteligente chiquitín, a quien no se le regatean las prerrogativas.

Se hablaba de lo mal que está el servicio, y decía la señora:

—¡Ay!, no me diga. Ayer nos puso la cocinera una gelatina de pavo insufrible.

—Mamá, no seas embustera —dijo el angelito—. Si lo que comimos fue arroz solo.

La señora se puso bermeja, las niñas azules y yo conservé mi color natural.

—¡Retírese, niño! —exclamó la señora algo repuesta ya y lanzando al niño una mirada fulminante.

—¡Los muchachos tienen unas cosas! —agregó dirigiéndose a mí.

—Ah, sí, señora, ¡tienen unas cosas los muchachos!

Otra noche conversaba yo con las señoritas Perales en la sala, cuando se presentó mi individuo, el niño que ya ustedes conocen.

—Dame un centavo —le dijo a una de sus hermanas.

—No tengo.

—Que me lo des.

—Que no.

—Pues si no me lo das le digo aquello a este señor.

—¡Te rompo la boca! ¡Malcriado! —gritó la señorita Perales, que sudaba la gota gorda.

—Mira que digo.

—¡No, mi hijito, no me digas nada! —interrumpí yo alarmado.

—¡Mamá! —volvió a gritar la señorita Perales—: Llama a Luisito que está insoportable.

—Déjalo, niña... Alguna tontería —contestó la mamá.

—¿Tontería?...

No pasa día sin que Luisito proporcione un sofocón a los suyos. Parece que se hubiera propuesto hundir a la familia en el concepto de sus relacionados.

Como haya visitas, el peligro es inminente.

Nada menos que una noche de «santo» y en momentos en que comenzábamos a reunirnos los contertulios de las apreciables señoritas Perales, se presentó Luisito en la sala y dijo:

—Rosa, ven para que veas...

—¿Qué, niño?

—Que Anita se está rellenando con tus algodones.

—¡Niño! —exclamó Perales padre.

—Lo digo, y lo digo, y lo digo.

—¡Bruto!

—Más bruto eres tú que le pegas a mamáita.

¿No es encantadora esa confianza de Luisito con su papá?

A mí siempre me ha parecido que aquella criatura vale un tesoro *en medio* de su mala educación.

Bien saben sus padres lo que se traen entre manos, y por eso lo miman y celebran, aunque en ocasiones pide de por Dios un porrazo de los buenos.

Una noche, que se hablaba de la confección de sombreros y gorras, y se hacía mérito de la *madama* Fulana y de la *madama* Perenceja:

—Pues nosotras —decía la señora Perales— nos surtimos de casa de la *madama* Boulai.

—Mamá —interrumpió Luisito—, ¿cuándo le devuelves su gorra a misia Rita? Se la vas a echar a perder.

—¿Qué gorra, niño?

—La que te prestó para el duelo de los López.

¡Qué perla de muchacho!, exclamé para mí.

Púsose de pie la mamá, dirigiéndose al interior de la casa y luego se oyó la voz autorizada del señor Perales que llamaba al niño.

Me encantan estas criaturas locuaces y entrometidas, que alegran el hogar y comprometen a la familia; pero no quisiera ser padre de Luisito por nada del mundo.

AFICIONES

Reniego de los aficionados, y en especial de los aficionados inteligentes que le dicen a usted en el teatro:

—Y usted, ¿por qué aplaude eso?

—Porque me gusta

—¿Le gusta a usted?

—Sí, señor.

—Pero ¿no ve usted que ese animal ha rajado la nota?

—Hombre, no lo advertí. Dispense usted.

—¿Cree usted que eso es *si* bemol?

—Francamente, no puedo asegurárselo.

—¡Brutos!

—¿Eh?

—Mire usted con qué entusiasmo aplauden ese concertante. ¿Vio usted cómo «entró» la tiple?

—No, señor; a mí no me gusta detenerme en la puerta.

Eso queda para los mujeriegos.

—Amigo, estamos perdidos en materia de arte.

—Ah: sí, señor; perdidos.

El profano guarda silencio, y no vuelve a batir las palmas sin consultar antes la fisonomía de su inteligente vecino, quien le mira casi con lástima.

Son así los aficionados. Lo mismo el entendido en música que el entendido en pintura, o en letras, o en veterinaria.

Yo he tenido cerca de mí a un ilustrado y consecuente gastrónomo, quien me decía casi todos los días:

—Usted no sabe comer.

—¿Le parece a usted?

—Estoy seguro. ¿Cómo prepararía usted una sopa de tortuga?

—¿Una sopa?... ¿Que cómo prepararía una sopa?...
Pues...

—¿Lo ve usted?... ¿Cuántas salsas conoce usted?

—De vista, algunas.

—Es lo que digo. No saben ustedes comer...

Menos mal si los entendidos en un ramo cualquiera se limitaran a ver con desdén a los no iniciados. Pero hay aficionados que constituyen una amenaza pública. Los aficionados a los toros, por ejemplo. Nada hay más peligroso que la proximidad de un inteligente en tauromaquia, una vez empezada la corrida.

Antes del espectáculo, y mientras conversa con los toreros, examina el ganado y analiza las cualidades individuales de cada toro, tiene todas las apariencias de una persona razonable.

Pero apenas el primer bicho pisa la arena, el hombre es otro.

Es director de la corrida, torero y toro.

No hay más que ver la confianza con que trata a unos y otros.

—¡Entra, Mónico! ¡Adórnalo! (Al torero y a grito pelado).

—¡Mandil! ¡Parte ahora! ¡¡Mandil!! (Esto es con el toro, que permanece inmóvil meditando sobre la inconveniencia del obsequio).

Tocan a muerte, el encargado de la hermosa suerte se las arregla como puede, la sangre asoma al hocico de la víctima, el público aplaude, y el inteligente taurómaco se vuelve indignado hacia su adlátere, y metiéndole los puños por los ojos, como para que presenta el puñetazo próximo, le grita:

—¡¡Degollado!!

- No me parece.
—¡Qué sabe usted de toros!
—Nada absolutamente.
—¡Pues cállese la boca!
—No me da la gana.

El inteligente enarbola el «asta», que es uno de los atributos de la afición taurina, y la deja caer sobre el profano, «recibiendo».

Es lo que yo decía: Nada hay más peligroso que la proximidad de un inteligente en tauromaquia, una vez empezada la corrida.

Por regla general: huyan ustedes de los aficionados entendidos, cualquiera que sea su especialidad.

DE VIAJE

- ¿Conque va usted a X?
—Sí, señor; a X.
—Pues voy a aprovechar la oportunidad para escribirles a algunos amigos que tengo por allá.
—Estoy a sus órdenes.
—Si me hiciera usted el favor de ir a casa a buscar las cartas.
—Con mucho gusto.

A la hora convenida daba yo los tres golpes de ordenanza en el entreportón de la casa antes dicha. Mi hombre dormía; lo esperé; levantóse al cabo de una hora y al cabo de dos puso en mis manos cuatro o cinco cartas, las cuales tenían todas, en defecto de la estampilla de ley, esa leyenda, muy satisfactoria para el portador: «Cortesía del señor, etcétera».

Muchas otras personas, sabedoras de que yo iba para X, me honraron confiándome su correspondencia particular y tal cual «encomienda», más o menos delicada.

La señora H, un cajón de tres pies de largo, dos de alto y cincuenta kilos de peso.

—Va usted a llevarme este «encarguito» —me dijo—, y a entregárselo a las Perencejas. ¿Las conoce usted?

—No, pero ya daré con ellas.

—Se lo agradeceré mucho.

—El agradecido debo ser yo, señora, por la confianza con que usted me distingue... ¿Nada más?

—Nada más. Le deseo un feliz viaje.

—Gracias.

Las señoritas B: tres bultos, lencería y una máquina de coser, todo con destino a unas primas suyas, residentes en X.

—Pregunte usted por las Perenganitas, que allá todo el mundo las conoce —me dijo la mamá.

—Así lo haré.

—Y dígales que ahí les mandamos eso, y que por acá estamos todos sin novedad.

—Convenido.

—Y que nos manden con usted las cosas buenas.

—Tendré mucho gusto.

Callo, en obsequio de la brevedad, la procedencia de los demás bultos que constituían el «exceso de equipaje» que alegó el empleado del ferrocarril encargado de pesar los *idem*.

Ya en la estación, renegaba yo de los bultos, y de los kilos, y de los remitentes, cuando llegó precipitadamente un amigo, que al verme me dijo:

—¡Qué suerte! He llegado a tiempo.

—¿Qué ocurre?

—Como tú te vas para X, llévamele este perro al general Fulano.

—Consecuencia lógica —contesté de mala gana—. Como voy para X...

—Le dices que este es el «venaero» que le ofrecí.

—La cosa es que vengo agobiado con una porción de bultos, a pesar de que, por cuenta mía, no traigo sino lo puesto y una maletica manuable, con lo estrictamente necesario. ¿Sabes cuánto he pagado por exceso de equipaje?

—Pero el perro no es bulto.

—No; pero es pasajero.

—Hombre, chico: hoy por ti y mañana por mí.

—Bueno; lo llevaré... Abur.

Y tomando el perro en mis brazos me apresuré a ocupar mi asiento en el vagón, huyendo de los demás animales que pudieran sobrevenir. El tren marchaba. El perro, extrañando el vehículo comienza a dar carreras y a aullar desafortadamente. Los pasajeros se exaltan y protestan:

—¡Esto es un abuso! —dice uno.

—¡Qué falta de consideración! —exclama una señora que me queda enfrente.

—¡Fuera el perro! —gritan varias voces.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Avergonzado me levanto y voy a coger el animal. Este salta a tierra por una ventanilla, estropeando de paso a una pasajera que se desmaya. El marido me increpa duramente, en tanto que yo solo pienso en la responsabilidad que me acarrea la fuga inesperada del perro.

Hemos llegado a X. ¡Gracias a Dios! Mi primer cuidado es buscar un coche y una carreta para distribuir los bultos y la correspondencia.

Hecho esto, y ya solo con mi maletica, me disponía a ocuparme de los asuntos, motivo de mi viaje, cuando fui notificado por el dueño del hotel de que un policía me solicitaba.

—De parte del jefe civil, que comparezca usted inmediatamente al despacho. —¡El jefe civil!... ¿A mí?... Es muy particular...

Vamos a ver qué es eso.

Una vez en la Jefatura inquirí la causa de mi citación.

—¿Es usted el señor Fulano de tal, que llegó ayer de Caracas? —me preguntó la primera autoridad.

—Servidor.

—¡Llévelo al cuartel! —agregó dirigiéndose al policía.

—¡A mí!... ¡Cómo! ¿Por qué?... ¿Qué motivo?...

—Hágase usted el tonto... ¿No trajo usted ayer unas cartas para varias personas de aquí?

—Sí señor.

—¿Ignoraba usted que traía una correspondencia revolucionaria?

—¡Dios me asista!

—Pues sepa usted que el gobierno tiene en sus manos los hilos, con nombres, pelos y señales... ¡Ruede! —agregó con énfasis.

A los días regresé a esta capital custodiado por dos gendarmes y un oficial, el cual traía el oficio en que me remitían en calidad de agente revolucionario.

Pero, momentos antes de tomar el tren, acercóse a mí una sirvienta con un bulto en la mano, y me dijo:

—Le mandan a decir las señoritas B, que han sabido que usted se va hoy, y que les haga el favor de llevarles esta cesta de huevos a sus primas.

—Dígales usted a las señoritas B, que yo no me voy, que me llevan. Y que en otra ocasión tendré mucho gusto.

Estando preso en Caracas llegó a mis manos un número de *El Pregonero*, en el que había un «remitido» de este tenor: «Participo al individuo a quien entregué en la estación del ferrocarril un perro “venaero” para el general Fulano, y que parece ha dispuesto de él, que si no lo devuelve, publicaré su nombre!».

Cuántos esfuerzos me costó convencer al autor del remitido de la fuga inesperada del perro, no es para dicho.

¡Ah! No vuelvo a viajar mientras no se ponga en claro hasta qué punto están los viajeros obligados a ser corteses.

EL DISFRAZ

Es tan pequeña la parroquia y somos tan conocidos, que no puede uno disfrazarse con éxito.

Mi debilidad son los disfraces. No hay para mí dicha mayor que cubrirme la fisonomía con una máscara y salir por ahí diciéndole a mis amigos, «¿a que no me conoces?».

En cierta ocasión me disfracé de presbítero, o cosa así, y me eché a la calle a bromear, con las familias de mi amistad.

Penetré en casa de las Escorsoneras, hice todas las majaderías del caso, sin dejarme ninguna en el tintero, y cuando me disponía a retirarme, satisfecho de mi negocio, oí al jefe de la familia exclamar: «Ese es Jabino! Mírenle los pantalones... aquellos».

Toda la sangre se me subió a la máscara: clavé la mirada, como una lanza en el imprudente, y salí corriendo y corrido.

En la esquina me despojé de la sotana y la teja, devolví ambas prendas a la persona que me las había alquilado, y regresé a casa, prometiéndome para otra ocasión no dejar visible ningún objeto que pudiera arrojar luz sobre la autenticidad de mi persona.

Un incidente análogo me acaeció el año pasado.

Desde un mes antes del Carnaval nos palabreamos un amigo y yo para disfrazarnos, él de inglés (que es un disfraz barato y fácil de caracterizar, porque no hay más que decir *yes* y *mí estar bueno*) y yo de negrito tuyero, para presentar un contraste ingenioso.

En la primera casa donde entramos todo marchó perfectamente. Había en la sala dos viejas que nos dejaron hacer tonterías a nuestra entera satisfacción.

Pero de allí pasamos a la morada de unas señoritas muy alegres, que nos recibieron con entusiasmo inusitado, rodeándonos y haciéndonos mil conjeturas.

—¿Quién será el inglés? —decía una.

—¿El negrito quién será? ¡Qué gracioso! —exclamó otra.

—Tonta, el negrito es Ramón. ¿No lo has conocido? —sugirió la mamá.

—¡Ramón! ¡Ramón! ¡Ramón! —gritaron las niñas, echándome los brazos al cuello.

Yo, francamente, me habría usurpado por largo tiempo las caricias destinadas al afortunado Ramón, y en esto estaba cuando se acercó a mí el dueño de la casa.

Me miró y remiró de arriba a abajo, meditó un momento, y dijo luego a los suyos con aire de triunfo: «Estos son un par de mentecatos».

Volví entonces hacia mi acompañante y le dije muy quedo:

—Vamos que ya aquí nos conocieron.

La fatalidad que aquella noche precedía nuestro inocente entretenimiento nos condujo a casa de la señora Ruibarbo y familia, gentes a quienes no habíamos visto jamás ni teníamos la noticia de que existieran.

Yo, siempre posesionado de mi papel de negrito, entré diciendo: «Cómo están las brancas».

Pero la señora, que seguramente no estaba para gracias, me dijo, con una cara del demonio:

—Caballero, quítese usted la máscara.

—No se moleste usted señora, sin máscara menos me conocería usted —contesté con mi voz natural.

—Pues ya voy a llamar a Ruibarbo para que lo ponga en la puerta.

—*Yes* —dijo mi socio y comenzó a andar para atrás.

—Que la pasen ustedes bien, mis brancas —agregué yo incorporándome al inglés que ya había ganado el zaguán.

No éramos nosotros de esos disfraces que se amilanan por uno que otro fiasco. Así fue que, entre volvernos a nuestras casas o seguir adelante con las máscaras, optamos por lo segundo, y nos trasladamos al baile público de Veroes.

Allí nos topamos con cierto aplaudido sastre de esta capital, a quien mi compañero quiso darle una bromita, creyéndose, sin duda, bien resguardado por el disfraz.

—Mí conocer a osté —le dijo.

—Yo también lo conozco a usted, señor López —contestó el aludido—.

Y me parece que en vez de andar de mojiganga debía usted procurarme los treinta pesos que me debe hace años.

—Osté estar equivocado.

—¿Equivocado? Eran cuarenta y cinco pesos, me pagó quince, con mucho trabajo.

—Digo que mí no ser López.

—Y yo digo que conozco perfectamente ese paltó que lleva usted puesto.

El sastre alzaba el cuello, y mi compañero estaba a punto de olvidar su papel cuando se oyeron los primeros acordes de un vals, y aprovechamos la feliz coyuntura para escurrirnos.

—Oh, chico —dijo mi amigo—, barrunto que esto no va a tener buen resultado si continuamos bromeando con ingleses auténticos. ¡El demonio del sastre!

La cordialidad y más expansiva alegría reinaba en la fiesta, y no fue sino a hora muy avanzada que comenzó la paliza.

Por cierto que aquello fue un temporal de madera en el cual estuvo representada la infinita variedad de nuestros bosques: el guayabo, el araguaney, el pardillo, el chaparro manteco, etcétera.

A pesar del instinto de conservación, que lo tengo muy desarrollado, logré ponerme en la calle dejando para la mañana siguiente el verme con mi inglés y concertarnos para el disfraz de este año.

MAX LORES

(Max)

A avanzada edad murió, en 1931, en Caracas, donde había nacido, el gran humorista Maximiliano Lores que en los primeros años de este siglo hizo famoso su seudónimo Max. Con los hermanos Luis y Ramón Muñoz Tébar (Lumet y Ray) y otros dibujantes y escritores de la época, había fundado *La Linterna Mágica* diario humorístico donde creó tipos que se hicieron proverbiales como Tirabeque y Pelegrín, revividos más tarde y ampliamente explotados por «El Sol», y los sirvientes afeminados Macutorio y Merenguela llevados al teatro por Rafael Guinand en su conocida personificación de Pedro Longa. Max Lores fue encarcelado en La Rotunda, y su periódico posteriormente clausurado, como animadores del divertido episodio conocido como La Sacrada, apoteosis burlesca tributada por la juventud de Caracas al «general» Alfonso Sacre, para satirizar en la figura de aquel pobre maniático de las glorias castrenses los humos napoleónicos del general Castro. Suplantado el caudillo en el poder por Gómez, y después de una breve reaparición de *La Linterna Mágica* (ya sin la alta calidad que la distinguió en sus primeros tiempos), Max Lores se retiró del periodismo para solo hacer algunas esporádicas publicaciones en la *Revista Telegráfica* de la que había sido fundador.

TIRABEQUE Y PELEGRIN



—¿Qué te parece esta desgracia?

—Una gran pérdida para la viuda inconsolable y para la olvidadiza sociedad que ven desaparecer un miembro importantísimo.

—Bella persona; desempeñó pocos puestos públicos y dejó sus mechitas; lo cual prueba que fue un héroe del trabajo y de la actividad.

—La última vez que le vi me dijo, con aquel su modo misterioso: «Venezuela es un país muy grande!» —noticia fresca esta, que me llenó de asombro.

—La postrera vez que me tropecé con él fue en una barbería. Envuelto en servilletas y demás chismes del caso, su calva parecía una gran desvergüenza proferida contra las atrevidas manos del peluquero. Cuando estuvo listo del todo, mandó cargar a su cuenta la rapada y me dijo salerosamente: «No cargo nunca dinero; haz lo

mismo, Tirabeque, y déjate la *boulangier* para que varíes de fisonomía».

—¡El pobre! ¡Quién le iba a decir que tan pronto había de emprender el viaje eterno!

—Deja cuatro hijos legítimos y una cuerda de acreedores; pero pasemos al comedor, que nos llaman con urgencia.

—Mira, compinche, qué animación, qué buen gusto en todo, qué grupo de muchachas tan tentador. ¡Oh!, he aquí mi gran debilidad.

Si hubiera en esta casa siquiera un muerto todos los días, no faltaba ni de chiripa.

—¡Buen chocolate!, ¡exquisitas galletas!, ¡mantequilla color de partido liberal, que es mi gallo!, ¡salchichón! Somos felices, hermano. Tendremos que soltarnos un botón de la pretina.

—¿Para qué, hombre de Dios?

—Para que el abdomen se extienda cuanto pueda. Pero ¡maldito sea el rey! Ya va a romper a hablar un orador fúnebre! Escucha. (UNA VOZ:) «Cuando se pierde un amigo como este que ha compartido con nosotros placeres y dolores, el corazón... (a un sirviente: —dame el queso). El corazón parece palpitar con violencia. (otra vez al sirviente: —cógeme el salchichón). Y los ojos se llenan de lágrimas».

—¿Conoces, Tirabeque, al que habla?

—¡Ya lo creo!, una fiera capaz de comerse un alacrán crudo y limpiarse los dientes con el aguijón. No falta a una velada de estas ni en tiempos de recluta y llora, ríe, engulle y galantea a un mismo tiempo con pasmosa práctica.

—Mira aquel par de enamorados. ¿Por qué solo emplean una mano al servirse?

—Tendrán mucha fuerza y no necesitan más.

—Observa a Federiquito: parece que va a medias con la casa. Cada galleta que come es otra que se guarda; y cada vuelta que da el sirviente es un cuchillo que pide. Ya los bolsillos de atrás parecen serones de panadero.

—La pobre viuda parece una Dolorosa. Contéplala por entre aquellas cortinas. El caballero que está a su lado le enjuga con el pañuelo las lágrimas, en este momento.

—El consuelo se impone en estos casos.

—Ya se levantó Federiquito; pretende sentarse otra vez y no puede; tal está abultado por detrás: parece un quebrado.

—Le ha pasado lo que a ciertos políticos que aprovechan las ocasiones de hacer abundante provisión y cuando tratan de sentarse de nuevo en el puesto que ocupaban, se les descubre el pastel y se malogran; pero mira, chico, aquella vieja metiéndose un jabón en el seno.

—Vámonos presto, hermano, porque aquí van a cargar hasta con nosotros.

—Despidámonos a lo Chalía, y abur.

LUIS MUÑOZ TÉBAR

(Lumet)

Descendiente de una ilustre familia de antigua vinculación con la historia de la ingeniería y de la arquitectura en el país, el constructor, cartógrafo, arquitecto e industrial Luis Muñoz Tébar se destacó como dibujante humorístico en *La Linterna Mágica*, diario festivo que fundó en 1900 con Max Lores y donde dejó gran parte de su obra. Con su hermano Ramón y con Leo, fue de los precursores del criollismo gráfico que alcanzó su máxima expresividad en la primera época del semanario *Fantoches*. Hombre emprendedor y aficionado a las empresas novedosas, Muñoz Tébar estableció la primera fábrica de clavos que se conoció en el país, fue constructor del Mara, primer barco venezolano de vapor, y la ciudad le debe obras públicas importantes como el antiguo Puente Restaurador y el Nuevo Circo de Caracas. Murió el 31 de octubre de 1918 abatido por la epidemia de gripe española que aquel año azotó a Caracas. Había nacido en esta ciudad en 1867.

DE MEDIO PELO



—¿Y tú vives por aquí cerca?

—Sí señor; tres casas más abajo.

—¿Y eres soltera?

—¡Ay, no!, vivo con mi marido, pero estoy para *desapartarme* porque me trata muy mal.

—¿Y te acordarás de mí entonces?

—Por eso me estoy fijando en la fisonomía, para que no se me *orvide*.

Cigarrillos La Mejor



¡ SON SUPERIORES ! QUIEN NO LOS COMPRA ?
Pídanse á José G. Núñez y Ca.—Caracas



Cabezal de *La Linterna Mágica* por Luis Muñoz Tébar







Caricatura de Max Lores, fundador de *La Linterna Mágica*,
por Luis Muñoz Tébar



Caricatura del general Alfonso Sacre por Luis Muñoz Tébar, publicado como contribución de *La Linterna Mágica* a los actos de La Sacrada en febrero de 1901

LA SACRADA

La plaga de caudillos rurales con jerarquía militar, que al calor de las guerras y escaramuzas civiles había prosperado en Venezuela a todo lo largo del siglo XIX, llegó a un extremo asfixiante por los años de 1900, con la contribución de nuevos generales y coroneles que le había sumado el presidente Cipriano Castro, al invadir a Caracas en 1899. En un valeroso gesto de afirmación civil frente a los improvisados generalatos y coronelatos que pretendían ejercer su dominio en la vida pública, los estudiantes y un grupo de intelectuales de Caracas decidieron hacerles, en 1901, un escarmiento simbólico. Para ello aprovecharon las fiestas del Carnaval y capitalizaron la manía castrense del quincallero libanés Alfonso Sacre, personaje popular que se hacía llamar el General Sacre. Paramentado con los más vistosos arreos de un alto jefe militar, Sacre fue paseado por las calles de Caracas por una comitiva compuesta de sesenta coches y una multitud de estudiantes a caballo, uno de ellos llevando la corona con que se había decidido coronar a Sacre en acto solemne el siguiente 7 de marzo. Los actos habían venido siendo cuidadosamente organizados desde octubre del año anterior, por la agrupación jocosa Sociedad Glorias del General Sacre y animados con dibujos y artículos por las plumas satíricas de *El Pregonero* y *La Linterna Mágica*. A raíz de la apoteosis de Sacre numerosas personas fueron llevadas a la cárcel, y el gobierno decretó la clausura de la universidad. Su consecuencia más memorable para el humorismo venezolano fue la suspensión del diario *La Linterna Mágica*. «Sacre —escribe Mariano Picón Salas— será la caricatura de Castro como Delpino y Lamas lo fue de Guzmán Blanco».



Apotheosis del General Sacre, dibujo de Luis Muñoz Tébar
en *La Linterna Mágica*, 1901

RAMÓN MUÑOZ TÉBAR

(Ray)

Extraordinario grabador desde su niñez, Ramón Muñoz Tébar fue el miembro más joven del grupo de dibujantes y escritores que fundaron con Max Lores *La Linterna Mágica* en 1900. Vivió largas temporadas en los Estados Unidos y por épocas abandonó la profesión para dedicarse al comercio. Mientras asistía a los funerales de un amigo, murió asesinado por un demente en Nueva York el 27 de julio de 1935.



Ray en *La Linterna Mágica*, 1901



Ray en *La Linterna Mágica*, 1901

EMPRESA DE MUDANZAS



Atendidas personalmente
por Luis Alvarado.
Veroes á Jesuitas.—Telé-
fono 1.440.

Ray en *La Linterna Mágica*, 1900

EL CULTO DE OSIRIS

La reacción contra la aplastante mediocridad que se había apoderado de la vida intelectual caraqueña, a partir del ocaso del guzmancismo, tuvo su manifestación más original por los años de 1900, con la aparición del club burlesco que se llamó el Culto de Osiris. Se había originado en el mismo grupo de artistas que desde 1887 asistían a la Academia de Bellas Artes. Pero de círculo de artistas que fue al principio, pasó pronto a ser el centro de reunión y recreo de los hombres más relevantes y cultos de aquella Caracas. Especie de Ku Klux Klan burlesco, o parodia de los ritos masónicos, los osirianos estaban organizados por un orden jerárquico de sacerdotes y acólitos presididos por la autoridad suprema de un pontífice, y se reunían bajo la advocación de la deidad egipcia Osiris para celebrar sus pintorescas tenidas. En sus ceremonias y documentos se nombraban con seudónimos de la más pura genealogía egipcia, o a veces de un egipcio macarrónico, como Theolindo, Radamés, Orophastes, Rodopis o Phtháh, aunque había algunos que elegían apelativos un poco más heterodoxos, como el pianista Juan Vicente Lecuna que prefirió llamarse sencillamente Chinchín. Al doctor Francisco Ramón Quintero, llamado entre sus amigos Patica, con el fin de egipcianizarlo debidamente, según lo exigían los cánones del culto, le intercalaron una hache en el remoquete, dejándoselo así transformado en Pathica. Don Amenodoro

Urdaneta era Amenoten de Urquiola; Hilarión Núñez se llamaba Fornicón de Etiopía, y a Tomás Garbiras le dieron el nombre de Tomaten de Angora: Tomaten por el color constantemente rojo de su cara, y de Angora porque sufría la dermatosis popularmente conocida como «gato».

Bajo semejantes nombres se congregaban los osirianos en actos de una fingida solemnidad religiosa con temas como «La canonización del chorizo de Extremadura» (1907), en la que al son de himnos en un latín macarrónico se celebró una procesión caminando para atrás en loor de ese conocido chorizo. Un considerable y originalísimo repertorio de teatro jocoso produjeron los osirianos con obras como *Las aventuras del Mono Orosimbo y del Silfo Pantoja en la Manchuria* de Octaviano Urdaneta; *La casa de al lado* de Juan Vicente Lecuna; *Los dolientes* del doctor Juan José Mendoza; *La paraulata* de Mariano Herrera, y *El sueño del señor Chacín* de Fernando Arroyo Parejo, en que el papel protagonista lo hizo Pedro Emilio Coll. Un rasgo dominante en todas estas piezas, como en casi todas las demás actividades del culto, era su subido contenido escatológico y su lenguaje licencioso. Pero al contrario de la violencia verbal y de la intencionada desfachatez que después hemos conocido en Alfred Jarry, la originalidad de los osirianos estaba en el automatismo absolutamente surrealista con que hacían funcionar sus elementos escabrosos. En una acotación de *El sueño del señor Chacín*, por ejemplo, se lee:

(El reloj de pared está para marcar las ocho y media, pero en el momento de ir a darlas se equivoca y en vez de picar una campanada suelta un pedo).

Y en la descripción del escenario para *Las aventuras del Mono Orosimbo y del Silfo Pantoja en la Manchuria*:

(En primer plano del camino se ve una plasta de mierda, que levanta el vuelo en el momento en que uno de los exploradores se dispone a pisarla).

Había organizado además el Culto de Osiris, en su casa del callejón Manduca, un museo humorístico donde junto a caricaturas de artistas como Miguel Carabaño y Tito Salas, se exhibían supuestos fenómenos anatómopatológicos de la propia invención de los osirianos. De las piezas más celebradas de aquel museo, se recuerda un gigantesco frasco de alcohol en el que flotaba una microscópica pasita, todo ello anunciado con un rótulo que decía: «El hígado de Leo».

A pesar de la carga de obscenidad que desfogaban en la mayoría de sus actos y obras, tenían también los osirianos disposición para dedicarse algunas veces, como buenos colegiales, a celebrar entre ellos mismos unos inocentes concursos literarios sabatinos, de los que quedaron excelentes piezas de literatura humorística. De uno de aquellos concursos salió precisamente el «Canto al Culto de Osiris» en que Juan Vicente Lecuna nos da la mejor caracterización de esa cordial Academia del humorismo caraqueño:

Asilo do no hay mano
que el vil incienso queme cortesano,
allí en la jubilosa francachela
la copa del ingenio se derrama
y el travieso epigrama,
armado el ático aguijón, revuela.

Muertos, envejecidos, retirados por cansancio o alejados por motivos políticos sus principales animadores, el Culto de Osiris empezó a decaer desde 1920; en 1926 *Fantoches* anuncia su disolución, aunque todavía pudo sostenerse hasta 1936, cuando por un trágico error, los archivos y bienes del culto fueron objeto de un saqueo en el que se perdieron más de treinta años del mejor humorismo caraqueño.

LOS CONCURSOS DEL CULTO DE OSIRIS

Epigrama

Al solo efecto de su voz potente
de un gran tenor prendóse de repente
la mujer de un estúpido arquitecto;
y nacieron bien luego dos varones
de aquellas inocentes relaciones.
«Hechos dos de un tenor a un solo efecto».

THEOLINDO

(MARIANO HERRERA TOVAR)

ODA AL CHOCOLATE

¡Oh tú, bullente líquido
que en producir fecundo
América feraz regala al mundo!
Permite que tu cuna rectifique,
pues el genio que hiciera tu alabanza
en obra magistral
te aproximó a la muerte al darte vida,
que en vez de procurarte muelle cuna,
te hizo nacer en urna de coral.

Quizás por eso te hallas
de asiduo concurrente en todo duelo:
lo mismo cuando un alma vuela al cielo,

que cuando algún bolonio
encorva la cerviz al matrimonio.

Y aquello de la almendra
no es tan solo sentido figurado,
pues contigo fabrican los Talmones
almendras, guarandingas y bombones;
y fabrican los Sendras
guarandingas, bombones y almendras;
y Rus, que es un estólido,
hace un aceite raro: aceite sólido.

Mas tienes un defecto que es muy grave
para el Culto Osiriano:
incitas a beber licor profano.
No obstante, ningún fruto tanto vale:
el maíz cuando caro, jamás llega
a valer doce pesos la fanega,
y el café, de ocho pesos nunca sale.

En cambio el rey cacao
vale diez y ocho pesos si es de Barlovento
y hasta cincuenta pesos vale el Chuao.

Y cuando es el Pontífice quien bate
en gorda cacerola el chocolate,
como es un *cordón bleu* de primer orden,
refocila el gazzate
al punto que un gastrónomo diría:
«Ved el néctar que Júpiter bebía».

Después de mucho examen
no hallo más que decir del chocolate,
por lo cual imagino
que al elegir el tema del certamen
al Pontífice guió el *arrière pensée*
de ser llamado en verso *cordón bleu*.

RADAMÉS

(FEDERICO RIVERO ESCUDERO)

20 VERSOS AL CHOCOLATE

Oda

Aunque es muy raro aquello
de una almendra cuajada que rebosa
en la espumante jícara, ¿qué cosa
mejor cantara Bello
que ese elemento que te da la vida
y te hace «de los dioses la bebida»?

¿Quién como tú, en los duelos
presta paz y consuelos
a la afligida gente;
y quién más verdadera
forma a un concurso da, que tú, cuando haces
que más de un concurrente
tenga que despedirse a la carrera
por hallarse tal vez de esa manera...?

¡Más que el oro...! Mil veces más que el oro
vales cuando del fraile las fatigas
de la celda y el coro
con tu sabor mitigas...
Mas aunque mucho que decirte hallo
como van veinte versos, me lo callo.

THEOLINDO
(MARIANO HERRERA TOVAR)

ODA

De la babosa almendra
que a los calientes rayos del sol seca
don Raimundo Fonseca,
¡la industria humana el chocolate engendra!

Te canto, ¡oh chocolate! ¿Qué alimento,
cual tú, da más aliento
al sentido del gusto, si preparas
en su favor los otros con las caras
prendas que tienes que lucir valiosas?

Tú a la vista regalas con el brillo
del penacho irisado
que juguetón el aire te ha formado
al constante girar del molinillo.

De canela o vainilla las esencias
no dan más excelencias
al perfume que exhalas
con que al olfato, liberal regalas.

Y, cuando pasta, a tu presencia untuosa
el tacto se imagina
traviesamente la de femenina
y sana juventud cutis hermosa.

Mas, a todas abate
entre tus propiedades, la del gusto,
pues tu sabor es, chocolate... el justo
sabor a chocolate.

RODOPIS

(RAFAEL DÍAZ HERNÁNDEZ)

FÁBULA

Sobre un tema que el mundo
considera profundo,
con un su hermano, disputaba un gato:
uno alababa mucho el matrimonio
y el otro el celibato;
todo porque era el uno enamorado
y de todas las gatas muy querido,
y el otro, que era feo como un demonio,
después de rogar mucho a San Antonio
la pagó con Cupido...

Casóse aquel y numerosa prole
 la Providencia dióle;
 mas luego, los cuidados
 para hacer educadas y educados
 a los gatos y gatas;
 y el gasto de ratones y de ratas
 y más aún, de queso
 que la prole comía con exceso;
 y el constante cuidado
 para evitar que, faltas de cautela,
 las hembras se marcharan al tejado
 al llegar de la escuela;
 y luego algún enfermo, y el galeno
 que lo mata y enferma a alguno bueno;
 y, en fin, la mar de cosas
 caras las más y todas enojosas,
 agriáronle el carácter al marido
 de suyo tan sufrido.

Su esposa se cansó de sus reproches
 y por buscar sosiego, algunas noches
 al tejado subía
 donde se tropezó con un gatazo
 que le dijo que mucho la quería
 y que le dio un abrazo...

Lo supo su marido, y al instante
 se suicidó, no obstante
 la gran dificultad que en ser suicidas
 deben hallar los de la grey gatuna,
 porque en lugar de una
 tienen, según es fama, siete vidas.

El otro, terco, testarudo y fiero,
como no halló mujer quedó soltero:
Se hizo avaro: jamás tomaba nada
sin guardar la mitad; y así guardada
tenía en la despensa
de queso y salchichón fortuna inmensa...

Sus sobrinos (los hijos del primero)
le deseaban la muerte, pues soltero
como se hallaba el agalludo tío,
la herencia era segura
y a heredar todo el mundo se apresura.

Cansados de esperar se armaron todos:
se afilaron las uñas como godos:
Con presteza amarraron al vejete:
le dieron siete heridas,
y así acabaron con sus siete vidas;
pues está claro: para siete, siete...

Y después de «esto es mío» y «esto es mío»
quedó sin salchichones y sin queso
la despensa del tío,
pues cual sucede siempre en casos tales,
todo el queso quedó en los tribunales.

Esto prueba que es malo el celibato
y el matrimonio peor, dirá algún gato.
Pues no señor, pues si en lugar del cuento
que he relatado, relatara ciento
de célibes que viven sin cuidados
y de muchos casados

que viven muy felices con su esposa,
la deducción lector, sería otra cosa:
La sola que aquí queda demostrada
es que este cuento no demuestra nada.

THEOLINDO
(MARIANO HERRERA TOVAR)

EL LIBRO DE JOB

No me mueve, Señor, para quererte,
El cielo que me tienes prometido
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

SANTA TERESA DE JESÚS,
MONJA HISTÉRICA

Muéveme a escribir este Libro el haberlo ofrecido al sacerdote Germán Buroz, a quien lo dedico.

Oul.

En un pueblo de la Idamea cuyo nombre nunca he podido averiguar, nació, archivivió y murió Job, según su especie.

Cap. I

Job, varón santo y rico, casi perece de hambre, y de sed, a causa de sus hijos i otras plagas.

- Job agachó sus lomos.
2. Y con el sudor de su frente adquirió casa y hacienda.
 3. La casa de Job era de bahareque.
 4. Y la hacienda de Job era de viña, verdolaga y avellanas.
 5. Tenía además Job siete mil ovejas y tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y una burra parida.
 6. Y Job era feliz.
 7. Pero un día una banda de mandrágoras empezó a aniquilar las avellanas,
 8. Porque se las comían verdes y con concha,
 9. Y una plaga de niguas devoraba la verdolaga.
 10. Y sus hijos, que eran siete, se bebían todo el jugo de la viña.
 11. Pues ha de saberse que Job tenía siete hijos,
 12. Y tres hijas.
 13. Y que aquellos eran beodos y vivían en festines a los que convidaban a sus hermanas.
 14. Las que vivían tomando cantáridas
 15. Por lo que Job no podía mascar ya ni una avellana,
 16. Ni comer pira,
 17. Ni beber vino.
 18. Y casi se moría de hambre
 19. Y de sed
 20. Por lo que se resolvió a estudiar alquimia
 21. Para matar a las mandrágoras,
 22. Extirpar las niguas
 23. Y desterrar del vino a su descendencia.
 24. Job era desgraciado.

Cap. II

Job inventa sustancias con las que cree exterminar las plagas y que solo sirven para plagarlo a él y desesperarlo.

Mezclando Job muchas sustancias, creyó encontrar el filtro para desterrar las plagas.

2. Y puso manos a la obra.
3. Y la obra de Job consistió en introducir en la boca de cada nigua, azul filtro envenenado...
4. A los sesenta y cuatro años de trabajo ya había extirpado Job catorce niguas.
5. Y todas las demás se le habían introducido en sus propias carnes.
6. Sintió entonces una comezón atroz.
7. Que le obligó a bailar el baile de San Vito.
8. Entonces las mandrágoras rapáronle el cabello
9. Dejándole tan solo un solo pelo
10. Del que se agarró la podre
11. Y se puso hediondísimo.
12. Ya sin pasto las mandrágoras
13. Raparon a los camellos
14. Y todos perecieron.
15. Raparon las ovejas
16. Y todas perecieron.
17. Raparon los bueyes
18. Y todos perecieron.
19. Y el pollino de la burra de Job había muerto ya, según su especie, hacía cuarenta y nueve años.
20. Y los hijos de Job azotaron con las viñas
21. Porque los hijos de Job eran beodos
22. Y viéndolo en aquel estado su mujer,
23. Lo abandonó

24. Y sus hijos también.

25. Y sus tres hijas.

Cap. III

Job, desesperado, maldice el día de su nacimiento y la vida presente. Vienen tres amigos a consolarlo y permanecen siete años en silencio sentados con él sobre la tierra.

Después de esto abrió Job su boca

2. Y dixo:

3. Maldigo la noche en que me engendraron,

4. El día que me parieron

5. Las mantas que me cobijaron

6. Y sea desde hoy

7. Maldita aquella noche,

8. Maldito aquel día,

9. Maldita aquella manta.

10. ¿Por qué me engendró mi padre?

11. ¿Por qué mi madre me llevó en su vientre?

12. ¿Por qué me dieron a mamar leche de burra?

13. Y como tres amigos de Job oyesen todos los males que le acaecían

14. Resolvieron ir juntos a consolarle.

15. Y cuando de lejos le vieron, no le conocieron

16. Y estuvieron sentados con él en la tierra y ninguno dixo:

17. Esta boca es mía,

18. Porque no les dejaba el olorcillo

19. Y veían que su dolor era atrabiliario.

Cap. IV

Hablan los tres amigos de Job y le reconviene por su impaciencia.

Y como los tres amigos de Job se cansasen de esperar que este les hablase,

2. Y como este no lo hacía,
3. Resolvieron hacerlo ellos.
4. Los amigos de Job se llamaban:
5. Amenoten de Angora, Fornicón de Etiopía y Tomaten de Urquiola.
6. Y abriendo Tomaten su boca
7. Dixo:
8. Me está hueliendo.
9. Y abriendo Job la suya respondióle:
10. Es la podre que me roe.
11. Y respondió Amenoten diciendo:
12. ¿Quién te mandó a matar las niguas?
13. ¿Por qué quisiste asolar con las mandrágoras?
14. Y Job, dejando ver hasta la muela cordal
15. Dixo:
16. Ojalá se pesasen en una balanza mis pecados
17. Que solo han sido matar catorce niguas
18. En sesenta y cuatro años
19. Y por ello sufro la podre
20. Que me roe.
21. Y entonces se vería,
22. Que ella es más pesada que la hueva de curvina
23. O muslo de zamuro,
24. Por lo que mis palabras están llenas de dolor.
25. Y abriendo Fornicón sus fauces preguntó:

26. ¿Por ventura ladrará la perra cuando tiene perro?
27. ¿Rebuznará el morrocoy o parirá la mula?

Cap. V

Job se indigna con sus amigos y les insulta y pide le oigan con sus oídos.

Y respondiendo Job,

2. Dixo:
3. ¡Inicuos!
4. Hasta las paredes tienen oídos,
5. Mis lágrimas no son de cocodrilo.
6. Oídmme,
7. Mas no con los ojos y sí con las orejas.

Cap. VI

Job expone las calamidades de la vida humana.

Y continuando Job

2. Dixo:
3. La vida es amarga.
4. Si me echo a dormir velan sobre mí los zamuros
5. Porque me creen ya animal muerto
6. Y es la podre que me ha vestido la carne
7. La piel se me ha secado y encogido
8. Y estoy temiendo abandonarla
9. Como lapa que agotan.
10. ¿Por qué existe la podre?
11. ¿Por qué plagada la haz de la tierra está de niguas?
12. Tomaré y no beberé
13. Comeré y no me alimentaré.
14. La vida es podre.

Cap. VII

El mismo Dios se introduce en la disputa y manda a callar a los tres amigos de Job y reprende a este.

Y apareciendo Dios en una salamandra

2. Dixo:
3. ¡Oh Job!
4. Te veo
5. ¡Oh Amenoten!
6. Te veo
7. ¡Oh Fornicón!
8. Te veo
9. ¡Oh Tomaten!
10. Te veo
11. Hablado habeís, oh Amenoten, oh Fornicón, Tomaten,
12. Como necios
13. Necios sois
14. Oh Amenoten, oh Fornicón, oh Tomaten,
15. Callaos
16. y tú, oh Job, eres un cobarde.

Cap. VIII

Dios explica a Job la malicia de Leviatán con la descripción de sus miembros.

¿Conoces a Leviatán?

2. ¿Podrás pescarlo con nasa o con tarraya?
3. Su cuerpo es como un puerco espín
4. Y cada espina es otro puerco espín
5. Su estornudo es pestilente
6. Y apaga la aurora
7. Su aliento es mucho más hediondo

8. Por sus narices asoman caimanes y ciempiés
9. Lo que no puede igualar es su uña a la del godo
10. Que es un animal también temible.

Cap. IX

Job, arrepentido, confiesa haber hablado como necio y el Señor lo prefiere a sus amigos y corre a estos.

Y respondiendo Job al Señor

2. Dixo:
3. Sé que todo lo puedes
4. Y haces todo lo que te da la gana.
5. Y por ello me has cubierto de la podre
6. Que me roe
7. Conozco ya a Leviatán
8. Y veo que es más terrible que la podre
9. Te preguntaré y respóndeme:
10. ¿Piensas ponerme en presencia de Leviatán?
11. Porque preferiría la podre
12. Reconozco que he hablado como necio
13. ¡Perdóname, Señor, que la podre me ha roído demasiado!
14. Y después que Job hubo dicho estas palabras
15. Dixo el Señor Dios a Menoten:
16. Mi cólera se ha airado contra ti y tus dos amigos porque no habéis hablado como mi siervo Job
17. Tomad catorce sapos y catorce ranas y pasadlos por la piel a mi siervo Job.
18. Y cuando haya desaparecido la podre que lo roe
19. Idos.
20. Hicieron los tres amigos lo que el Señor había mandado y se fueron cada cual por su camino.

Cap. X

Job descansa en paz

Y tuvo Dios en gracia a su siervo Job

2. Y le dio doblado todo cuanto tenía:
3. Dos casas de bahareque
4. Dos haciendas de viña, verdolaga y avellanas
5. Y catorce mil ovejas y seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y dos borricas paridas
6. Y no hubo más mandrágoras ni niguas en la tierra de Hus.
7. Ni hubo más podre
8. Y tuvo siete hijos y tres hijas
9. Y estos siete hijos de Job no fueron beodos
10. Y las tres hijas de Job no eran tomadoras de cantáridas
11. Y Job era feliz
12. Y vivió Job después de esto la friolera de ciento cuarenta años.
13. Y murió joven y contento
14. Y sus últimas palabras fueron estas:
15. Dio lo da, Dio lo quita.

OUL (OCTAVIANO URDANETA)

UNA TRAGEDIA

Personajes:

Padre

Madre

Hijo

Novio

Nieto

Criadora

HIJO: ¡Oh, padre! ¡Aun la blanca nieve que cubre tu venerada cabeza se encenderá al saber la tremenda noticia!

NOVIO: ¡Oh, amada exsuegra! ¡En tensión quedarán vuestras profundas arrugas al enteraros de la nueva fatal!

PADRE Y MADRE: Pero ¿qué les pasará?

HIJO: Mi hermana ha deshonorado el nombre ilustre de los Caracuervos de El Valle, fugándose con el Vizconde de Meza.

PADRE: ¡Mi hija acompañada por un mueble! ¡Qué deshonra para los Caracuervos!

MADRE: ¿Qué hacer en tan horrible trance? ¡Virgen de la Copacavana!

HIJO: No existe más que un medio, ni hay otra solución.

todos: ¿Cuál es?

HIJO: Morir.

TODOS: ¿Morir?

HIJO: Morir.

TODOS: A morir, pues.

CRIADORA: Eso será con la familia, pero como yo no soy de la familia, deduzcan las consecuencias.

MADRE: Miserable, ingrata, ¡¡¡¡negarse a morir después de haber dado de mamar a un Caracuervos!!!!

NOVIO: ¡Oh, criadora impoluta, ¿no comprendes que la podre de la deshonra se te ha introducido por el pezón y que la podre de la deshonra hay que lavarla con sangre!

CRIADORA: ¡Si yo no me he lavado nunca!

TODOS: ¡Cochina! Matémosla (*agarran a la criadora, se sientan encima de ella y la machacan*).

EL NIETO: Ji... ji... Me mataron a mi criadora: me moriré de hambre... (*Lo hace*).

TODOS: ¡Sigán las muertes!

NOVIO: Adiós, futuros padres. (*Muy triste*). Vuestra hija me llevó el corazón, dejándome con un palmo de narices, y yo aprovecho ese palmo para morir en pepa. (*Se acerca a la criadora, le huele el pie derecho y cae fulminado*).

PADRE: Era un amante decidido, pero muy narizón.

MADRE: Querido esposo, si en mis raptos de pasión yo te arañaba es porque hay una comunicación directa entre tu corazón y mis uñas. ¡Abriré esa válvula para que se me escape la vida! (*Saca unas tenazas, se extrae la uña del índice izquierdo y se vé salir un alma de cántaro muy arrugadita, que sale volando por la ventana*).

PADRE: Yo prefiero una muerte literaria. (*Coge La tristeza voluptuosa y a la segunda página se muere de fastidio*).

HIJO: ¡Oh restos de mi familia!, los últimos serán los primeros. Tan violenta será mi muerte que llegaré antes que vosotros a la región de los que fueron. (*Saca una botella de Anís del Pi, se toma una copa y cae como herido por el rayo*).

AQUILES NAZOA

EL APUNTADOR: (*Asomando la cabeza y cogiendo la botella pregunta a los espectadores*). ¿Desean ustedes tomar un racahut?

EL PÚBLICO: (*Sollozando*). ¡No! ¡Que entierren a esos suicidas!...

(*Telón desinfectante*).

RADAMÉS

(FEDERICO RIVERO ESCUDERO)

LEONCIO MARTÍNEZ

(Leo)

Caricaturista, cuentista sobresaliente, escritor festivo, comediógrafo, actor ocasional y gran poeta, nacido en Caracas el 22 de diciembre de 1889. Desde 1908, mientras cursaba estudios universitarios que nunca concluyó, se dio a conocer en *El Cojo Ilustrado* publicando poesías y algunos dibujos destinados a la ilustración, estos muy influidos por el extraño mexicano Julio Ruelas. En 1900, niño de doce años y anónimamente, ya figuraba Leo junto con Max Lores y los hermanos Muñoz Tébar —Luis y Ramón— entre los redactores del diario humorístico *La Linterna Mágica*, clausurado en 1902 por el gobierno de Cipriano Castro; y por los mismos años dibuja sus primeras caricaturas políticas para el periódico *La Voz del Pueblo*. En 1911, en compañía de su amigo Rafael W. Camejo, viajó Leo a Puerto Rico, contratado como dibujante y redactor por los editores de la revista *Carnaval*, y allí encabeza el grupo precursor de la gran corriente poética posmodernista que consolida sus primeras conquistas en la obra extraordinaria de Luis Palés Matos. Al mismo tiempo que trabajaba para *Carnaval*, Leo escribía para *El Nuevo Diario*, recién fundado en Caracas, algunas crónicas humorísticas en las que comentaba los sucesos más importantes de la vida en la isla. A semejanza de lo que iba a ocurrirle mucho después en su propia patria —cuando

en 1937 fue agredido de hecho por una turba de mozos fanlangistas—, amenazado de muerte en Puerto Rico por una pandilla de jovencuelos que se habían sentido aludidos por sus crónicas de *El Nuevo Diario*, debió Leo reintegrarse al país hacia 1914. Comenzó desde entonces su larga figuración en las principales publicaciones de Caracas, así como en el famoso Círculo de Bellas Artes del que fue tan incansable impulsor. En 1918 contribuyó con su entrañable amigo Francisco Pimentel (Job Pim), y otros escritores y dibujantes, a fundar el semanario *Pitorreos*, clausurado por la dictadura gomecista y presos sus redactores a poco de su transformación en diario. En 1923 fundó *Fantoches*, semanario humorístico que en los diez años de su primera época congregó en sus páginas a los más altos representantes de la literatura venezolana en este siglo.

Al ser *Fantoches* clausurado por el gobierno en 1932, Leo se incorporó a la redacción de *La Esfera*, donde sostuvo hasta la desaparición del gomecismo una caricatura diaria y su célebre columna «Postigos a la calle». Vuelto *Fantoches* a la circulación en 1936, al morir Gómez, la muerte o la dispersión de muchos de los colaboradores que en su primera época lo habían sostenido, junto a Leo, y la precaria salud del mismo Leo, llevaron al gran semanario a su decadencia. El último año en que muestra todavía alguna vitalidad es precisamente el de la desaparición de Leo, cuando diagnosticando certeramente el mal de que moría también *Fantoches*, escribe Ángel Corao:

Incuestionablemente, *Fantoches*, que hace algunos años fue un semanario humorístico, y muy especialmente un semanario humorístico caraqueño, se ha convertido últimamente en un periódico provinciano (...). Lo que

crítico en *Fantoches* es la mentalidad lugareña con que aborda los problemas nacionales y la socarronería parlurda con que los comenta.

Aunque los tipos y costumbres domésticas de Caracas tuvieron algunos intérpretes gráficos sobresalientes, como Lumet y Ray a principios de nuestro siglo o todavía antes —como los encantadores y anónimos dibujantes de *El Mosaico* de don Luis Delgado Correa por el año de 1854—, en ninguno llegan a alcanzar aquellos temas la jerarquía de escuela a que los eleva el infatigable lápiz de Leo. Más que la de un observador pintoresco de la vida criolla, como fue la de todos sus antecesores, la obra gráfica de Leo parece la de un novelista o historiador moral de la ciudad traducida al dibujo.

Coetáneo de la dictadura gomecista —comentaba hace algunos años quien escribe estas líneas—, fue el angustiado testigo de una época excepcionalmente sombría de la existencia venezolana. Y aunque no siempre acusaron sus dibujos una intención manifiestamente política, había en la pluma que los trazaba un contenido de dignidad civil demasiado vigoroso para dejar de evidenciarse. Una especie de conciencia de clase artística preside su insistencia en los temas del submundo criollo con sus viejecitos enamoradizos, sus oscuros cuadros de mendicidad, sus curas gordos y sus beatas corroñosas; imágenes deplorables de una sociedad que había degenerado en lustros de resignado sometimiento. Tan anarquista y a veces repugnante concepción de la decadencia venezolana en Leo, nos descubre una sorprendente correspondencia entre su arte y el que en la

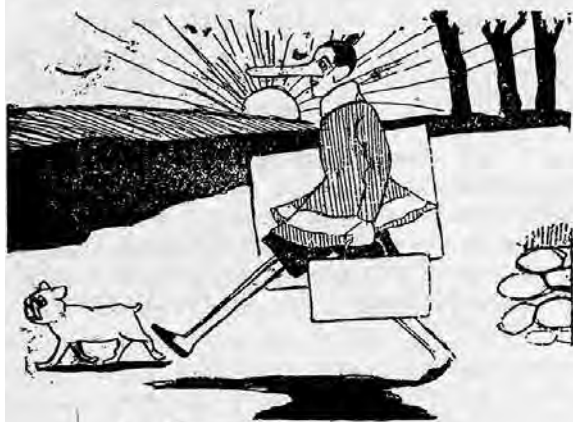
forma literaria cultiva su contemporáneo José Rafael Pocaterra. Pero se trata únicamente de una identidad de procedimientos, que se desvanece en el punto donde uno y otro maestro se detuvieron a contemplar el porvenir de la nación. Y allí donde Pocaterra no es capaz de columbrar sino negruras y caminos que se cierran, descubre el lápiz de Leo la vitalidad de un pueblo cuya sonrisa parece decirnos que la esperanza es lo último que se pierde. Imagen de ese optimismo alimentado por una fe inabitable en las potencias espirituales del pueblo, son sus adorables aventuras de Pinocho, adopción venezolana del muñeco de Collodi.

Sustituyendo en su versión del muñeco de palo a la figura simbólica de Pepe Grillo por la más realista del perrito Petipúa, Leo hizo de las andanzas de Pinocho, publicadas semanalmente en *Fantoches*, la más encantadora prédica de fraternidad y tolerancia entre los venezolanos. Y por lo que su criatura gráfica se le parecía en cuanto a bondad, disposición generosa y gracia criolla, llegó un momento en que los venezolanos nos olvidamos de que Pinocho fuera un producto de imitación, para acogerlo en nuestro afecto con una simpatía y ternura no exenta de orgullo patriótico, que aparte de Pinocho solo gozaba el propio Leo. Al Pinocho de Leo se le dedicaron piezas musicales, se le escribieron poemas, se le tomó el nombre y la figura para distinguir productos industriales, y se le rodeó de agasajos que nunca antes había gozado entre nosotros su precursor italiano. Movido en su pudor de artista honesto por tan caudalosa popularidad como había rodeado al sosias venezolano del célebre muñeco, en vano Leo aclaró en varias ocasiones el punto de la verdadera paternidad de Pinocho; pues la

imaginación y talento extraordinarios del humorista lo había ya convertido, en diez años de aventuras deliciosamente narradas, en uno de los símbolos sentimentales de la nacionalidad. Y cuando se estrenó en Caracas la versión de *Pinocho* debida a Walt Disney, miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo repletaron los cines en que la película se exhibía, creyendo con una ingenuidad conmovedora que se trataba del Pinocho de Leo.

Aunque Leo entre los humoristas venezolanos se destaca principalmente como dibujante, en sus aspectos de cronista, cuentista, poeta y autor teatral dejó una obra copiosa y variadísima que todavía no ha sido bien estudiada y que en gran parte permanece oculta en las colecciones de la prensa bajo diversos seudónimos. Leo murió en Caracas el 14 de octubre de 1941.

PINOCHO PINTOR DE ANIMALES



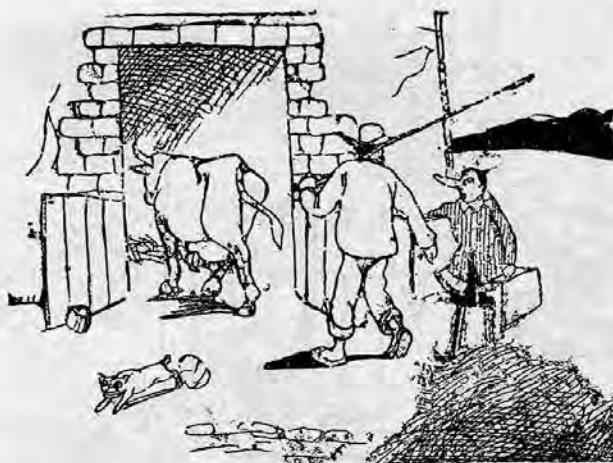
1. Una mañana serena, aunque hace el frío morocho, se le antoja al buen Pinocho emular a Michelena.



2. Pero, llega a comprender con el paisaje a la vista, que en la vida del artista todo querer no es poder.



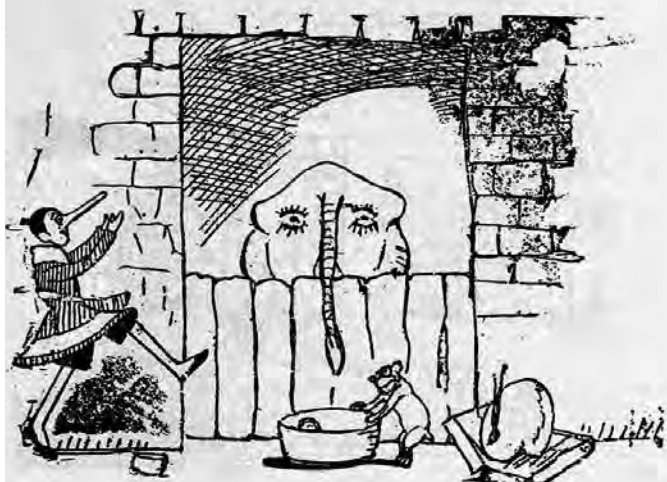
3. Perdidos sus ideales,
—ve una vaca y un *isleño*:
se puede cumplir su sueño:
será pintor de animales.



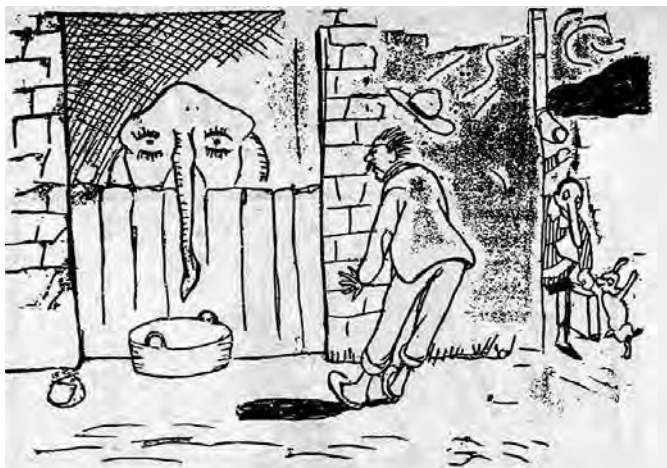
4. ¿Que me retrate? ¡Otro día!
—dice el vaquero pacato—
¡Yo cuando quiero un retrato
voy a la *jotograjía!*



5. Una venganza muy buena
piensa el muñeco del diablo:
va a transformar el establo
el arte de Michelena!



6. ¡Bravo, Pinochito, bravo!
¡Qué pincelada maestra!
La transformación siniestra
ha quedado "como un clavo"!



7. Vuelve el isleño campante
y lo asombra su fortuna:
dejó una vaca lebruna
y se encuentra un *elefante!*



8. Le hacen salir del engaño
unas risas tras el muro;
y si no corren tan duro
llevan golpes para un año!

PINOCHO BREGADOR



1. Disfrazado de Pierror, encuentra una mascarita que le parece bonita y se trama en un fox-trot.



2. Pinocho le habla de amor y ella responde coqueta sujetando su careta: —¡Me da vergüenza, doctor!



3. Ella, en tímidos sonrojos,
no deja ver sus hecí.izos;
muestra sólo rubios rizos
y azules y lindos ojos.



4. Con sonrisa muy atenta
la brinda en el ambigú;
ella le pide un *vernú*
y él le dice: ¡Toma menta!



5. Por mirarla se condena
y en pelillos no se para:
sólo por verle la cara
es que la invita a una cena.



6. Halla en su voz una extraña
y deliciosa manera:
sin duda que es extranjera!...
(Pinocho pide champaña).



7. El champaña es eficaz,
nadie hay que la resista,
pues resuelve a la conquista
a quitarse el antifaz...



8. Y, al mirar "su mascarita",
Pinocho aterrado exclama:
—¡Me resultó la *madamia*
un alemán con chivita!

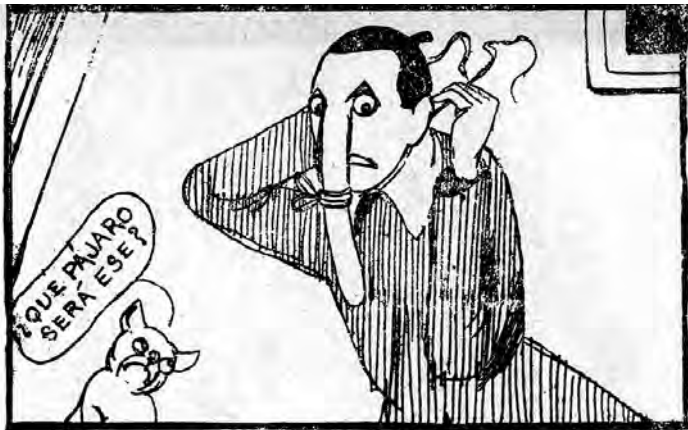
El disfraz de Pinocho



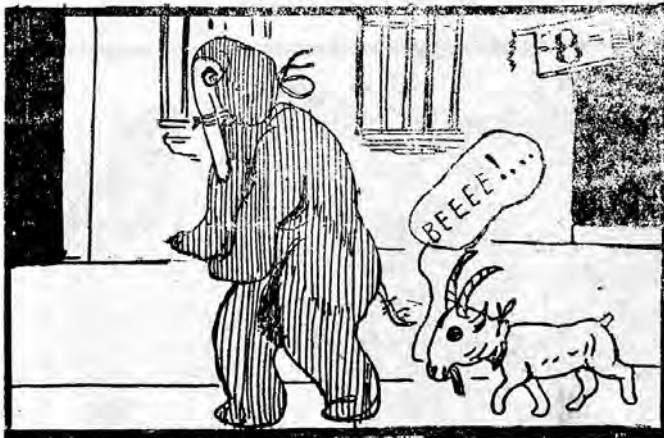
1. Se encontraría feliz si se viera disfrazado; mas, ¡ay!, el año pasado lo delató la nariz.



2. No hay nada que la rebaje, pues de guayacán parece; pero, al fin la reblandece dale que dale masaje.



3. Consigue, por tanto frote,
doblársela a maravilla;
después, con una tirilla,
se la amarra en el cogote.



4. Puértolas, que es un mefisto,¹
lo disfraza de elefante
y así sale, muy campante:
¡no lo conoce ni Cristo!



5. Del Carnaval en los usos,
en casa de las Tracomas
se mete dándoles bromas
y tiene a todos confusos.



6. Por conocerlo, un mocoso
se encarama en una silla
y le zafa la tirilla...
¡vaya un muchacho curioso!



7. La nariz vuelve a su puesto,
libre, rápida y erecta;
le pega a doña Perfecta
y causa un trance funesto.



8. Por desventuras eternas,
queda golpeado y enfermo:
un infeliz paquidermo
con el rabo entre las piernas.

PINOCHO

One Step Jacarandoso

Música de Francisco Lagonell. Letra de Leo.

PIANO

The musical score is written for piano and consists of six systems of music. Each system contains a treble clef staff and a bass clef staff. The music is in 2/4 time and features a rhythmic melody in the right hand and a supporting accompaniment in the left hand. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings.



Pinocho es el as
de la intranquilidad;
va y viene, sube y baja,
por toda la ciudad.

¡Pif! ¡Paf! ¡Puf!
¡La tranca ya se formó!
Pinocho, por intruso,
dos *juápitis* llevó.

Ya está aquí
con su larga nariz;
de fijo que Pinocho
comete algún deslíz.

(*Pausa*)
Ya fuera de peligro nos vemos;
Me siento muy mal Petipúa:
La canilla izquierda me han roto

(Se repite)

y una mano no la puedo manejar.

¡Jau! ¡Jau! ¡Jau!

Di a Lombriz en el estado
que me hallo,

Le ladra Petipúa:
Cuidado, Pinochito
Si un susto aquí te dan.

Que traiga formón, pichipén,
y si encuentra una Pinocha bonita,
que la traiga también.

COMO SUELEN MORIR MUCHOS AMORES...

Tres meses tenía Fidel Cañizo yendo consecutiva y dominicalmente al pueblo de El Valle, solo por refrescar la vista sobre los adorables encantos de Margot Escámez, una trigueñita reilona y muy dada, opulenta de formas, pícara, mordaz, y al reírse, ¡qué gracia en el rostro!, la boca abríasele como una fruta de granado y apretaba los ojos hasta ponerlos chiquiticos, casi imperceptibles, como unas estampillas vistas de canto.

Fidel la conoció en Caracas, la siguió, la galanteó y a poco supo que la niña se iba a temperar con su familia al pueblo de San Roque y de las cachapas.

Era la hija mayor de Lorenzo Escámez, empleado perenne en Fomento, y la seguían por orden periódico de dos en dos años, siete hermanitos de uno y otro sexo, hasta llegar a Ramoncín, un caballere de once meses, que según la modesta aseveración de don Lorenzo, era la *raspadura*.

*

¡Y estaba rebién con Margot! ¡Bah! ¡Cuándo le iba a fallar a él, a Fidel Cañizo, muchacho simpático si los hay, ninguna de sus aventuras de Tenorio romántico!

Su especialidad eran las novias bonitas y los fluxes grises; poseía una percha de variaciones en gris, desde el severo color pizarra hasta el verdeante flor de romero, que combinados con sombreros de fieltro también de tonos grisáceos y zapatos amarillos o cortebajo de patente eran la envidia de sus conciudadanos de la parroquia de Candelaria.

*

Cómo iba a perderse de aquel fiestón, digno remate de un domingo delicioso, con paseítos por el Muñingal, excursión a Tasón en carreta y alpinismo por el cerro con detrimento de los cortebajo. Durante la jira campestre, a los bamboleos del carro en los baches, ella se apretujaba contra él, se le frotaba encima riendo. Y en la tarde, mientras otros mataban el tiempo jugando al *poker* y pegándose palitos, o desgañitándose en la gallera, él dejaba caer la hora dulcemente, a su lado, vuelta y vuelta por la plazoleta rural.

Verdad que, para permitirse otras expansiones, no llevaba en el bolsillo sino el pasaje de retorno y diecisiete centavos, entre los cuales uno *monaguero* que sonaba como una morocota.

*

Margot insistió en el momento en que Fidel acababa de darle una gomita, de tres que se cogió en el botiquín mientras pedía un vaso de agua:

—No se vaya, Fidel... Es una fiestecita de confianza.

—Pero, ¡en este traje!

—Ya le digo que no hay etiqueta. Y usted siempre está bien.

—¡Ah! El último tranvía sale a las diez y media.

—¡Caramba! Usted por complacerme, ¿no sería capaz de ningún sacrificio? De aquí a Caracas son cuatro pasos y por el cerro, un brinquito. Además, si no quiere brincar, pida un automóvil.

Fidel, sin réplica, aceptó.

*

Divina noche de alegría, de amor, de esperanza. Margot no bailó durante la fiesta sino casi exclusivamente con él, que era un maestro en toda clase de pasos excéntricos.

Orgulloso, envidiado, sonriente, la llevaba entre sus brazos en los giros de la danza y le hablaba al oído cosas banales e íntimas. Ella, ruborizándose, callaba, y, aunque no quedaron en nada definitivo, Fidel sentía llenándole todo por dentro, una satisfacción inmensa que le hacía ir a cada instante al sifón de cerveza a tomarse una grande pisada con un *sanguchito*.

A cada intermedio un viaje al sifón, o dos, si la dama de sus desvelos le dedicaba una sonrisa.

Fidel sentíase feliz y embuchado.

*

Pero se presentó lo que no estaba escrito en el almanaque; a medianoche —a cosa de la una— empezó un aguacero de padre y muy señor mío, un chaparrón terrible que hizo circunscribir el baile a la sala y los corredores. Llovía a cántaros y sin descanso, media hora, una hora, dos...

Las parejas acercábanse a la linde del patio, tendían la mano y miraban el infinito negro, imperturbable, chorreando como si en la corte celestial también tuvieran fiesta con un sifón de cerveza descomunal.

Las tres y pico. Los invitados se fueron yendo uno a uno o por grupitos, arrimados a la pared, saltando bajo la protección de los aleros. El arpa recostábase en un rincón, enmudecida, cubierta con su cobija roja.

La familia Escámez y unas amigas y parientes aguantaban bostezos en torno de la conversación con que Fidel Cañizo quemaba sus últimos cartuchos:

—¡Qué broma! ¡Quién iba a esperar semejante palo de agua!

Los amigos de Caracas con quien pensaba hacer el regreso se habían ido temprano; él no, él estaba tan divertido, tan dichoso, que quiso gozar hasta el fin; y, ahora, ese camino, solo, ¡ese pantanero!

Y Fidel pensaba en su flux gris acure, el que tenía puesto esa noche. Fuera, el agua sostenía una sonata incabable sobre el pavimento y las canales.

*

—¡Quédese, hombre, quédese!

—Aquí dormirá también Panchita y Dolores y mi tía Carmela.

—No podemos ofrecerle algo tan bueno, como lo tendrá en su casa, pero la fuerza de las circunstancias... ¡Cómo se va a ir así para Caracas!

Fidel agradeció encantado aquella nueva prueba de confianza; vio a Margot que le sonreía y se dejó conducir por el señor Escámez a un cuarto del segundo patio, un cuarto grande, encalado en color rosa a cuyo extremo fulgecía un catre con las sábanas limpias, acabadas de mudar. En el otro ángulo había una cuna de baranda.

El joven despojóse de sus ropas y se echó a dormir, pensando de Margot algunas cosas poco decentes.

*

No llevaría mucho roncando cuando despertóse urgido y rápidamente sentóse a la orilla del catre. Encorvado, con ambas manos y los talones, buscaba debajo sin lograr el

objeto de sus pesquisas. Prendió la vela, se puso en cuatro pies, registró todos los rincones y... nada. ¡Se habían olvidado de suministrarle un adminículo tan importante! Y en el cuarto no se veía nada que pudiera sustituirle, ni un perol ni una botella; apenas la ponchera y la jarra, pero no. ¡Qué porquería! ¡Como iba a lavarse la cara por la mañana, allí mismo! Y salir al patio, mucho menos... A Fidel, tímido en el fondo, a pesar de sus arrestos tenoriles, le asustaba que lo sintieran: en la casa conocían bien sus intenciones con Margot y podían juzgarle muy mal si lo encontraban fuera. Además, ya no llovía, no había lugar a que se confundieran los ruidos.

En estas cavilaciones sintió un llanto leve... Era en el rincón del cuarto. ¡Ah! Allí estaba Ramoncín, el maraco de los Escámez, inquieto en su cuna.

El chico le presentó a Fidel la tabla de salvación cuando ya no podía más; un recurso supremo: trasladaría mientras tanto el niño al lecho y... después, cuando vinieran a recogerlo ¡qué diablos!, lo más natural que un niño de once meses pudiera compararse con el clásico pimpollo de ruda.

Realizó la operación con el mayor cuidado; arrulló a Ramoncín un instante en los brazos y lo puso en el catre.

¡Qué delicia! Al cabo de unos minutos respiró grueso y tranquilo... Dios no ha hecho nada imperfecto; creó las angustias para suministrarnos el goce de las liberaciones...

Ahora, Ramoncín a su cuna, convertida en piélagos...

Pero, cuando Fidel levantó a Ramoncín de su catre, en el centro de las sábanas blanquísimas había una enorme mancha, tibia y fresca, de color mostaza!

—¡Maldito muchacho! —gruñó Fidel—. ¡Van a decir que fui yo!...

*

El amanecer le encontró en el corredor de la casa, ya vestido, y en cuanto la sirvienta abrió el portón, el enamorado de Margot salió casi en carrera dando una disculpa estúpida.

Desde aquel domingo Fidel no ha vuelto más nunca a El Valle. Lo odia profundamente.

TITIRIMUNDI

Dice un antiguo refrán que «los duelos con pan son menos». Por mi parte, creo que si al pan se le puede agregar un pedacito de jamón, rebaja aún más el efecto lamentable de las ausencias eternas.

La preocupación de los buenos padres de familia es no dejar a los suyos, en el instante de despedirse de este mundo, sin un algodón que les evite el ayuno y hasta la abstinencia, por lo cual se desloman trabajando de día aunque en otras horas se preocupen de aumentar la prole.

Quiere decir, pues, que se equivocan de medio a medio quienes tienen como el órgano sensitivo por excelencia el corazón; a la verdad, ese puesto le corresponde al estómago que es donde residen las más tiernas expresiones sentimentales.

Por tal razón, muchas gentes suponen que entre un velorio y una comida diplomática existe poquísima diferencia; en punto a la seriedad funeral con que se mastica en ambos actos, no queda la menor duda respecto a semejanza; y en lo copioso mucho menos.

Se habla bajito y se traga duro, solo que en vez de los brindis de rigor, son de rigor los alaridos de los dolientes, las exclamaciones metafóricas y los recuerdos de candorosa vulgaridad:

—¡Tan bueno que era!... ¡Lo que le gustaba lavarse la cabeza con aguacate podrido! ¡Y lo que son las cosas: la caspa se le había caído de verdad!

En cuanto el moribundo lanza el último resoplido vital, hay alguien que, junto con el servicio de La Equitativa, se encarga de confeccionar el menú obligado de

las cenas de velorio: las galletas, el chocolate, el queso y demás etcéteras, sin que se olvide el *brandy*, desde luego.

En una ocasión apadriné una boda y tan mala mano tuve (o tan buena), que a los nueve meses mi ahijada murió al echar al mundo su primer producto.

Naturalmente, al aparecer yo en la casa mortuoria, el viudo que se hallaba entregado a las delicias de los cuentos picantes cambió de expresión, se puso en pie con los brazos abiertos y se abalanzó sobre mí ululando:

—¡Ay, hermano!... ¡Qué grande es esto!... Y quitándome el sombrero y el bastón de las manos, agregó: Pero no te sientes todavía que tú debes traer mucho frío de la calle: vamos a echarnos un brandicito en voz bajona.

Después en la mesa vinieron los recuerdos tristes; mi ahijado, que me quedaba enfrente, se dirigía a menudo a mí, entre hipos:

—¿Que te parece?, esta ensaladera nos la regalaste tú el día del matrimonio. ¡Quién me iba a decir que la estreñaríamos en su velorio! ¡Porque yo nunca le quise dejar comprar repollos que le gustaban mucho, pero le producían gases!

Y cambiando de tono como un «imitador de estrellas» género Darwin, interpelaba a un señor que a la punta de la mesa engullía bizcochos:

—Don Amenodoro, ¿usted como que no come queso?... ¡Ay, ella sí, ella comía de todo!... No se aflijan, muchachos, entren, que si falta se le echa agua al chocolate.

Pero jamás he visto mayor divergencia entre el buen apetito y el duelo, que en mi estimada amiga doña Servanda Gansillo, quien, además de sus diez arrobas y un hermoso lunar en el cachete izquierdo, poseía un sentido de la alimentación inquebrantable.

Doña Servanda iba todos los días a misa y al regreso de la iglesia entraba a casa a saludar y siempre con la misma música:

—Mijito, vengo a saludar y echar una descansadita porque estoy muy débil y me canso caminando.

Mi mujer, que esperaba a la huéspedea, llamaba a una de las niñas:

—Natividad, prepárale algo a doña Servanda, para que aproveche.

Y la chica ponía sobre la mesa lo que le teníamos reservado de antemano, un desayuno como para un púgil de peso completo: un bistec con dos huevos a caballo, un plato de caraotas refritas, un pedazo de torta, una escudilla de café con leche, galletas, pan, queso y mantequilla a discreción. Doña Servanda devoraba hasta las migas charlando de las pláticas del párroco y de lo delicadita de salud que tenía a Eduvigis, la segunda de sus retoños, gravísima con la tifoidea.

Una mañana, mientras doña Servanda se hallaba en funciones, vinieron de su casa a avisarle que Eduvigita estaba agonizante, porque no pudiendo resistir la dieta se había comido la perilla del velador y una astillita le perforó una tripa.

—Ya voy para allá.

Mi buena amiga consumió la última galleta y planeó con la mayor rapidez que su gordura le permitía; al llegar a su casa encontró a la niña boqueando:

—¡Mijita, que antojo! Te hubieras comido más bien un paquete de algodón fenicado!

Apenas pudo darle la bendición maternal y Eduvigis entregó su alma al Creador; se fue seguramente a sentar

en el banquete de los Bienaventurados, porque esa gente donde veía una mesa allí estaba.

Hubo los naturales llantos, doña Servanda se hundió en su butacón, jipiando, hasta que alguien le dijo:

—Todo no puede ser dolor, mamá, debes pensar en ti también, porque tú no te habrás desayunado, ¿verdad?

—En casa de las León me tomé un *taquito*.

Su modestia llamaba taquito aquel descalabro que todas las mañanas causaba en mi presupuesto doméstico.

—Ven para que completes.

Y la hija le repitió una ración análoga a la que se comió en casa, agregándole funche con guiso, unas salchichas alemanas, bizcochos y un tazón de chocolate.

En ese instante llegué yo a dar el pésame, abracé a las muchachas y a los varones y pregunté por la mamá:

—Pase al comedor.

Doña Servanda se levantó y se me colgó del pescuezo, hecha un mar de lágrimas.

—¡Ay, Santiago, qué cosa tan horrible!... ¡Puá, puá!... ¡Ay, mi hijita, se nos fue para siempre! ¡Puá, puá! ¡Yo también quiero morirme! Que no me la quiten. ¡Puá, puá!...

Yo notaba que a cada frase le sonaba la boca fofa, como si estuviera mascando. En efecto, doña Servanda no dejaba de llorar, pero tampoco dejaba de comer.

Cuando regresé a casa me dijo mi esposa:

—Santiago, ¿qué patuco es ese que tienes en el hombro?

—¿Cuál, mi hijita? —le pregunté quitándome el paltó—. ¡Huele a chocolate!

Comprendí lo ocurrido: mi doliente amiga aprovechaba el brazo que me tenía pasado por el cuello para

darle, sobre mis espaldas, un mordisco a un bizcocho empapado en chocolate que se había traído en la mano.

Hube de darle el paltó a los chinos.

Y, furiosa, mi mujer exclamó:

—Qué señora tan tragona.

—¡Uhm! ¡Ríete de la ballena que se tragó a Jonás!
Cuando vayas, abrázala con cuidado, porque yo no quiero quedarme viudo.



SÍNTOMAS

—...y nada de alcohol.

—Pero, doctor...

—¡Nada, nada! Usted con esa nariz no puede ni olerlo.

Lotería de muñequitos



—¡El cometa!

—¿El cometa o la cometa? ¿Masculino o femenino?

—No sé: levántele la cola y vea.

PARA CONSOLAR A LA NIÑA



—Mamaíta, ¿papaíto se murió?

—No; se lo llevó el gato.



QUIMERAS POÉTICAS

- ¡Yo soy un gran improvisador!
—Bueno; improvisa dos fuertes e invítame a comer.





DE NIÑOS PARA HOMBRE

—¿Seis metros para un flux? Se lo haremos de pantalones cortos.

BAILES DE SALON



- ¿Ese niño es suyo?
—Sí, señora, es el maraco de la casa.
—¿Y esa muchacha, que vine ahí bailando?
—También: esa es la maraca.





—¿Qué hubo?

—Na... Llevo tres meses parao.

—Gua... ¡siéntate!

MUSA POPULAR





REFRÁN EN ACCIÓN

«La fortuna de la fea la bonita la desea»...

LA PESADILLA URBANA



—¡Misericordia, Señor!... ¡Y tanto que hablan de beneficencia pública y de asistencia social!

SALTO ATRÁS

Sainete en un acto

ACTO ÚNICO

CUADRO ÚNICO

La escena, una sala en casa de gente acomodada. Puertas: una al fondo, dos en cada lateral. A la izquierda hay una mesa y poltrona delante. Sillas en fila al fondo. Otras dispersas a la derecha. Demás muebles de sala.

ESCENA I

Doña Elena, luego Brígida.

ELENA: *(A la puerta del fondo)* ¡Brígida!... ¡Brígida!... ¡Anda, por Dios mujer; eres una posma!

BRÍGIDA: ¡Voooy!... Tengo las manos mojás, porque estaba fregando.

ELENA: Anda, que a quien sea tú no le vas a saludar sino con la cabeza. *(Viene al centro de la escena)*. ¡Sécate en el delantal!

BRÍGIDA: *(Apareciendo en la puerta del fondo)*. Señora, mande usted.

ELENA: Que vayas a ver quién es, porque van a tumbar la puerta o a secar la pila del timbre. Si es el Padre Castriello, lo pasas inmediatamente, pero cualquiera otra persona vienes antes a avisarme. *(Medio mutis de Brígida)*. ¡Eh! ¿Qué es eso? Estoy cansada de decírtelo:

en mi casa se acostumbra que el servicio antes de retirarse de la presencia de sus amos haga una inclinación con la cabeza.

BRÍGIDA: ¡Gua! Como usted estaba tan apurá. Pero eso no es una impedimenta. (*Se inclina con exageración*).

ELENA: No hay disculpas para olvidar las buenas formas. (*Brígida se inclina más exageradamente aún*). Así no; más moderada. Con razón me dijo tu madre al entregárteme que tenías muy malas inclinaciones. (*Suena largo el timbre*). Corre, corre a ver quién es. (*Mutis de Brígida*.)

ESCENA II

Doña Elena, sola.

ELENA: No será el Padre Castrillo; él no toca con tanto apuro sino cuando viene a recoger la contribución de la Obra Pía. ¡Quién sabe quién será!... ¡Qué romería de gente, Señor, qué peregrinación!... ¡Cuándo pensé yo que mi primer nieto, al venir al mundo, diera tanto de que ocuparse! Si lo exhibimos junto con la madre en el Nuevo Circo, a medio la entrada, hacemos una fortuna.

ESCENA III

Doña Elena y Brígida.

BRÍGIDA: (*En el fondo*). Señora, no es el cura, sino una niña que creo que es Sumoza.

ELENA: ¿Cómo dices, atrevida?

BRÍGIDA: Digo, que creo que es Sumoza el apellido de la señorita que pregunta por usted, una amiga suya que se

emperifolla con muchos perendengues y que habla más que un loro en ayunas.

ELENA: ¡Ah! Belencita Sumoza. Otra que no viene sino a curiosear, pero hay que recibirla, porque si no, ¡quién la aguanta! (*Brígida hace por detrás reverencias ridículas. Doña Elena se vuelve*). ¡Eh! ¿Qué haces? Ve y dile a esa señorita que pase.

BRÍGIDA: ¡Ya está aquí!... (*Mutis*).

ESCENA IV

Doña Elena y Belén.

BELÉN: (*Entrando*). ¡Elenita! ¡Déjame que te abrace!... ¡Y que te bese!... ¡Ya eres abuela, mijita!

ELENA: ¡Abuela ya!

BELÉN: ¡Cuando lo supe, no te figuras qué contenta me puse! No estaba sino esperando unos días para venir a verlas y conocer al niño.

ELENA: Ya tiene veinte días... y esta es tu casa.

BELÉN: Es cierto: Yo debía haber venido antes del acontecimiento, en el acontecimiento y después del acontecimiento, pero no lo supe sino después.

ELENA: Más vale tarde que nunca.

BELÉN: Y... ¿Qué resultó? ¿Hembra o varón?

ELENA: Varón.

BELÉN: ¡Barón como su padre!

ELENA: Claro está, no podía ser hijo de dos señoras.

BELÉN: Quiero decir, que será el heredero del título de su padre: los Barones von Genius... ¡Barón dos veces! ¿Por supuesto, que el angelito será rubio como el oro?...

ELENA: (*Con desazón*). Sí... sí... rubio... mejor dicho... no se puede definir, porque... tú sabes que los recién nacidos son siempre indefinibles.

BELÉN: ¿Tendrá los ojos azules?

ELENA: (*Más inquieta*). No sé... No se los he visto. (*Por salir del paso*). No los ha abierto todavía.

BELÉN: ¿A los veinte días no ha abierto los ojos? ¡Irá a ser ciego!

ELENA: Sí, ya los abrió, pero se la pasa durmiendo y... no me he fijado.

BELÉN: ¡Jesús, qué indiferencia de abuela! ¡Si Dios me hubiera concedido la dicha de un nieto, ya se lo hubiera visto todo y registrado todo!

ELENA: Aún hay tiempo.

BELÉN: ¡Niña! ¿A mi edad y soltera? Si lo sospecho cuando joven hago una locura.

ELENA: ¿Pero no tienes una sobrina que es como tu hija y que se casó hace poco?

BELÉN: Carmelina. Hace mes y medio que se celebró la boda y ya estoy... esperando.

ELENA: ¿Tú?

BELÉN: Ella... bueno, yo; yo estoy esperando que ella, o más que ellos... ¡tú me comprendes! Un hijo de ellos me parecería nieto mío, pero... ¡no es lo mismo! ¡Ay, por qué no hice yo una locura! (*Pausa*). ¡No hablemos de cosas tristes! (*Pausa*). ¿Vamos a ver al catirito?

ELENA: ¿Qué catirito?

BELÉN: Niña, Witremundo.

ELENA: ¿Qué Witremundo?

BELÉN: Tu nieto.

ELENA: ¡Ah! ¿Mi nieto se llama Witremundo? ¡No lo sabía!

BELÉN: Supongo que le pondrán un nombre alemán: Sigfrido, Rogoberto, Godofredo... ¿Vamos a ver a Godofredito?

ELENA: ¡Ahora se llama Godofredito!

BELÉN: ¡Qué encanto! Debe ser lindo. Sangre alemana por un lado, y por ustedes, ¡no se diga!, por todas partes le viene su sangre muy limpia: por los Torresveitía, por los del Hoyo, por los Sampayo, de los fundadores de Cumaná... Vamos a verlo.

ELENA: Ahora no se puede.

BELÉN: ¿Por qué no?

ELENA: ¡Porque no! Con mucho sentimiento te digo que ahora no se puede ver a Godofredo Witremundo Sigfrido.

BELÉN: ¿Y por qué?

ELENA: Pues... porque el médico lo ha prohibido; le duele la cabeza, padece de jaqueca.

BELÉN: ¿Tan chiquito?

ELENA: Es muy delicado: le estorba la bulla.

BELÉN: ¿De veras? Los nobles son flores de estufa... Mira, yo te prometo no hablar.

ELENA: Le molesta hasta el aliento.

BELÉN: Me tapo las narices.

ELENA: No insistas, Belén, ahora no es posible.

BELÉN: Entonces... me voy.

ELENA: ¿Tan pronto?

BELÉN: Me voy con una espina clavada en el corazón.
(*Inicia el mutis*).

ELENA: No te pongas así, no hay motivo.

BELÉN: Que tú, mi amiga íntima, mi hermana casi, me niegues ver un niño... a quien yo debí haberle cortado el ombligo.

ELENA: Pero, mujer, si tú supieras...

BELÉN: (*Llorosa*). Ya no tienes confianza en mí.

ELENA: Óyeme, no llores como una tonta.

BELÉN: Lloro de sentimiento, me voy... me voy resentida contigo. Adiós.

ELENA: Adiós, no dejes de volver por aquí.

BELÉN: ¡No volveré nunca! ¡No lo veré nunca! ¡No lo conoceré nunca! ¡Adiós para siempre!... (*Desde el fondo*).
¡Elena!

ELENA: ¿Qué?

BELÉN: No puedo... a pesar de lo que has hecho, no puedo irme sin demostrarte una vez más mi amistad sincera.

ELENA: Jamás he dudado de tu noble amistad.

BELÉN: Vine a tu casa con un solo propósito: salvarles a ustedes.

ELENA: ¿Salvarnos? ¿De qué?

BELÉN: ¡De una calumnia!

ELENA: ¿Una calumnia?

BELÉN: (*Volviendo al centro de la escena*). Sí. Vine con el objeto de convencerme de que no es cierto lo que dice y repite todo Caracas, cerciorarme con mis propios ojos de la verdad y desmentir con mis propios labios a todos esos infames lenguas largas.

ELENA: Por Dios, Belén, no me asustes... ¿Qué se dice en Caracas?

BELÉN: Una cosa horrible, un baldón, una mancha, una infamia sobre tu casa, sobre tu nombre, sobre los tuyos.

ELENA: ¡María Santísima!... Belén, amiga mía, mi hermana: dime, ¿qué es lo que dicen?

BELÉN: No. No me atrevo.

ELENA: ¡Habla! Yo tendré valor.

BELÉN: Dicen por ahí que tu hija no ha dado a luz un niño, sino... ¡una mazorca de cacaol!

ELENA: ¿Cómo una mazorca de cacao?

BELÉN: ¡Un negro! ¡Un niño negro!

ELENA: Un... ¡ay, ay, ay, ayayay!... (*Convulsa cae desvanecida en un sillón*).

BELÉN: ¡Como que es verdad! (*Va hacia Elena y trata de ayudarla a reaccionar*). Elena, hija mía, vuelve en ti. ¡Qué angustia!... ¿Llamaré gente?... Yo no creí que lo del negrito le iba a impresionar tanto. Pero, este ataque es delator; no me cabe duda. ¡Elena! (*Sacudiéndola*). ¡Elena!... ¡El muchacho debe ser un talmone!

ELENA: (*Suspira profundamente*). Señor...

BELÉN: ¡Elena, resucita!

ELENA: ¡Señor, ten piedad de nosotros!

BELÉN: No hagas caso de la gente.

ELENA: ¡Una mancha sobre nuestra familia! ¡Un alemán negro!

BELÉN: No te desesperes; eso no será verdad. ¿Verdad que no es verdad?

ELENA: No se puede quitar su alimento a la murmuración.

BELÉN: ¡Claro! ¡Envidia, murmuraciones, mentiras!

ELENA: No, Belencita, no son mentiras. Un misterio inexplicable, un caso extraordinario, un absurdo, pero el niño...

BELÉN: ¿Es pasado de horno?

ELENA: Es negro... ¡negro como una maldición!

BELÉN: ¡Qué extravagancia de la naturaleza! ¿Y no temes que en esto haya...?

ELENA: Silencio. (*Aparece Brígida al foro*).

ESCENA V

Dichas y Brígida.

BRÍGIDA: Señora, el Padre Castrillo.

ELENA: ¿Viene solo?

BRÍGIDA: Sí, señora.

ELENA: Hágallo pasar. (*Brígida hace unas reverencias y mutis*).

ESCENA VI

Elena, Belén y a poco el Padre Castrillo.

ELENA: He mandado llamar al Padre Castrillo para que hable con Julieta.

BELÉN: ¿Con qué objeto? ¿Para que le saque el diablo?

ELENA: El diablo ya está afuera. Ahora se necesita saber por qué mi nieto me ha salido como el hollín.

BELÉN: ¡Sin duda fue hechura del demonio!

PADRE CASTRILLO: (*En la puerta del foro*). En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

ELENA: Por los siglos de los siglos.

BELÉN: Amén.

ELENA: Adelante, Padre, tome asiento.

PADRE CASTRILLO: (*Entrando*). Señorita... Doña Elena, beso a usted la mano. (*Se sienta*). ¿Se puede saber a qué debo el alto honor de pisar una vez más esta digna mansión?

ELENA: Sí, hablemos de una vez; le he mandado a llamar porque al presente conturba nuestra casa un grave problema de familia. Necesitamos que nuestra hija

Julieta nos diga la verdad en el asunto y yo creo que si usted la confesara...

PADRE CASTRILLO: Señora, usted bien sabe que nos está prohibido...

ELENA: No se trata de un secreto de confesión, sino de que sus santas y sabias palabras logren convencerla.

PADRE CASTRILLO: Gracias, usted me honra.

ELENA: El esposo de mi hija puede regresar de un momento a otro.

BELÉN: ¿Von Genius, no está en Caracas?

ELENA: No, está para el oriente de la república y Trinidad en asuntos comerciales. Pero, ¡qué hombre para estar ilusionado con el nacimiento de su hijo! De cada población, un telegrama todos los días, y cuando le anunciamos que había venido al mundo un varón, respondió que se embarcaría en la primera oportunidad posible. Dígame si llega aquí de repente, cómo le presentamos... ¡eso que ha nacido!

BELÉN: Envuelto en papel plateado, como los *marrons glacés*.

ELENA: Belén... mira que estoy muy angustiada; Padre, ya no tengo palabras con qué hablarle a Julieta y le confío mi última esperanza.

PADRE CASTRILLO: ¿Cree usted que tenga más confianza en mí que en su propia madre?

ELENA: Usted al menos posee la gran arma del temor de Dios.

(*Pausa*).

PADRE CASTRILLO: ¿El padre del niño es alemán, según tengo entendido?

ELENA: Alemán por descendencia.

BELÉN: Pertenece a la aristocracia limeña. Es noble.

ELENA: Hijo del Barón Von Genius, consejero imperial de Berlín, comendador de la Orden del Águila Doble, miembro de varios institutos científicos.

BELÉN: ¡Una notabilidad!

PADRE CASTRILLO: Usted perdone, doña Elena, pero cada vez que una oveja de mi redil se casa con un extranjero, tiemblo.

BELÉN: ¿Por qué? Los extranjeros son mucho mejores que los nuestros. Créamelo, Padre, el venezolano es sinvergüenza de nacimiento.

PADRE CASTRILLO: ¿Usted nació en San Petersburgo?

BELÉN: No, señor, en el Volcán, cerca de Chacao.

PADRE CASTRILLO: Entonces no se ofenderá si le digo que, para mí, de cada cien aventureros desconocidos, noventa y nueve si no han estado en Cayena es porque se fugaron durante el viaje.

ELENA: ¡Qué horror!

PADRE CASTRILLO: Y ustedes las mujeres pierden la cabeza por un nombre que les suene a París, Berlín o Nueva York, y ustedes las madres entregan sus niñas al primer extranjero sin pensar que detrás de unos ojos azules o de un bigote rubio puede esconderse un alma de instintos tan oscuros como oscura es la piel que tuesta el sol de nuestra tierra y a la que ustedes les hacen asco más por honrada que por fea.

ELENA: No se trata ahora de eso. Mi yerno es una persona decente.

PADRE CASTRILLO: Ni yo lo digo por él... No es mi intención faltar a quien tanto estimo.

ESCENA VII

Dichos y Fulgencio.

FULGENCIO: (*Entrando violentamente*). ¡Elena!... Elena.

PADRE... Señora.

BELÉN: Señorita...

FULGENCIO: ¡Ya está preso! ¡Ya está preso! Lo traerán amarrado codo con codo.

PADRE CASTRILLO: ¿A quién?

BELÉN: ¡Pobrecito!

ELENA: ¿A quién?

FULGENCIO: Al mayoral del Rosario.

ELENA: ¿A Cándido?

FULGENCIO: Sí. Puse la denuncia ayer y me acaban de avisar por teléfono que ya le echaron el guante. Ese hombre es un criminal.

BELÉN: ¿Mató a alguno?

FULGENCIO: No ha matado a nadie, que yo sepa, pero es un criminal.

PADRE CASTRILLO: Y tan humilde que parecía, tan servicial, tan simpático.

ELENA: Así son esa gente.

FULGENCIO: Bajo un aire estúpido de bondad ocultan los más feroces instintos bestiales.

BELÉN: Pero ¿qué hizo?

PADRE CASTRILLO: ¿Qué hizo?

FULGENCIO: Ese hombre debe saber por qué ha nacido un negro en nuestra familia.

PADRE CASTRILLO: Pero ¿qué culpa puede tener ese infeliz en el asunto de ustedes?

FULGENCIO: Desde chiquita, él le hacía muchos cariños a Julieta; le traía pájaros y flores, se la sentaba en las piernas, la apurruñaba...

PADRE CASTRILLO: Me parecen más bien demostraciones cariñosas.

FULGENCIO: Y yo se lo decía a esta: no me gusta que Cándido tenga esas confianzas con mi sobrina.

ELENA: Es verdad.

FULGENCIO: Después, Von Genius se empeñó en ir a pasar la luna de miel a la hacienda donde tenemos a Cándido.

BELÉN: ¿Y él?

FULGENCIO: ¡Quién sabe, quién sabe!

BELÉN: ¿Usted cree que Julieta puede haberse enamorado del negro?

FULGENCIO: ¡Hay aberraciones, hay aberraciones!

ELENA: Fulgencio, no te exaltes, recuerda que es mi hija. Yo pienso otra cosa: me parece que en esto hay algo de brujería.

PADRE CASTRILLO: ¡Doña Elena, usted, un alma cristiana!

ELENA: Sí. La india Agustina me lo dijo antier: quién sabe si a la niña Julieta la han «compuesto».

BELÉN: ¿Cándido sabe componer?

FULGENCIO: Como toda la gente del campo.

BELÉN: Pues yo no me quedo sin verlo cuando lo traigan: ¡ay, si pudiera componerme a mí!

PADRE CASTRILLO: Doña Elena, don Fulgencio, ¿ustedes suponen que ese infeliz...?

FULGENCIO: No sé lo que supongo, pero que le dé gracias a Monagas, porque en tiempo de mi abuelo hubiera muerto a palos o lo hubieran quemado como un judas en el medio del patio de la trilla... Elena, tengo que

hablarte a solas, con perdón de los presentes. (*Mutis segunda izquierda*).

ELENA: Voy. Con permiso, un instante. Padre, no olvide a Julieta. (*Mutis por donde mismo. El Padre Castrillo le acompaña hasta el dintel*).

BELÉN: Yo aprovecho ahora y me cuelo en el cuarto. (*Mutis segunda derecha*).

PADRE CASTRILLO: (*Volviéndose*). ¿Qué le parece, señorita Belén?... ¿Eh?... ¿Dónde se habrá metido la cotorra? ¿Belén, Belén?... Bueno, voy a cumplir como amigo y como capellán. Indudablemente, en esta casa se ha metido Lucifer. (*Mutis por la segunda derecha*).

ESCENA VIII

Arturo, solo.

ARTURO: Creí haber oído voces en la sala. Pero no hay nadie. Al contrario, se siente un silencio como de iglesia. Parece mentira, pero estoy emocionadísimo; en este recogimiento palpita algo de misterio y de grandeza. Indudablemente, la maternidad es santa. Ay, Julieta, prima Julieta, no quisiste que yo fuera tu Romeo y ahora ese hijo de tus entrañas, en lugar de llamarse en musíú, se llamaría Arturito... porque de seguro le van a poner un nombre de perros.

ESCENA IX

Dicho, el Padre Castrillo dentro y luego Belén.

PADRE CASTRILLO: Basta, Belén, basta; mire que exponer a Julieta a una crisis nerviosa. Salga usted, se lo ruego.

BELÉN: (*Saliendo*). Pero ya lo vi, ya lo vi y ya lo vi, que era lo que yo quería... ¡Ah, buenos días, Arturo!

ARTURO: Buenos días. ¿Viene usted de conocer a mi nuevo primito?

BELÉN: ¿Su primito? ¿Ya lo conoce usted?

ARTURO: Aún no; pero es lindo, ¿verdad? Se parecerá a mí.

BELÉN: ¡Ya quisiera!

ARTURO: ¿Es mejor que yo?

BELÉN: ¡Qué va! Mire: le ponen el gorro y parece una chirimoya vestida.

ARTURO: ¿Eh?

BELÉN: Hijo, ¡es morado! Imagínese cuando crezca: el pobrecito no va a servir ni para fotógrafo, porque se pierde en la cámara oscura.

ARTURO: No entiendo.

BELÉN: Usted sabe que a mí no me gusta murmurar, pero, por pertenecer a la familia, se lo digo: tiene usted un primito negro.

ARTURO: Imposible.

BELÉN: Sí, señor, el hijo de Julieta parece una nota musical, no se le ve sino la cabeza y un palito.

ARTURO: Repito que imposible.

BELÉN: ¡Créalo!

ARTURO: ¡Oh, crueldad del destino! Ella, a quien quise yo tanto, a quien amo todavía; ella a quien le escribí quince sonetos llamándola paloma, azucena, nieve

de los Alpes, *edelweis*. No puede ser que la paloma críe un tordo, la azucena se convierta en guácimo y la nieve en betún...

BELÉN: No se aflija, poeta.

ARTURO: Yo amaba tiernamente a mi prima, ¿sabe usted?

BELÉN: ¿Qué hay en el mundo que yo no sepa?

ARTURO: Soñaba con hacerla mi esposa.

BELÉN: Y si se casa con ella, usted lo hubiera hecho mejor.

ARTURO: ¡Buh! ¡Ya lo creo!

BELÉN: Al menos usted es un sello de garantía.

ARTURO: ¡Y de los de relieve!... Pero no me quiso porque le parecí poco para sus ideales. ¡No sabe ella lo que tengo escondido! Aquí soy todo corazón, aquí todo pensamiento, un volcán, una fragua... Toque para que se queme.

BELÉN: ¡Échele agua!

ARTURO: Sin embargo, mi tía me dijo que yo no era sino un cualquiera, un Pérez... Le contesté que también era del Hoyo y me prohibió que me firmara con mi apellido completo, pues como me llama «orfebre», dice que el Hoyo que queda grande.

ESCENA X

Dichos, Fulgencio y Elena

FULGENCIO: (*Por segunda izquierda*). Sí, ese es el último recurso.

ELENA: Disimula... Arturo. ¿Qué tal, Arturito? Supongo que habrás venido a felicitarnos.

ARTURO: Tía, hay felicitaciones que se dan con el luto en el brazo.

FULGENCIO: ¿Eh?

ELENA: Tú... ¡también lo sabes!

ARTURO: Ya me lo había dicho Belén.

BELÉN: ¡Cállese, imprudente!

ELENA: Pues me alegro de que hayas venido, puesto que también eres de la familia.

BELÉN: A los orfebres no se les puede decir ni un secreto.

ELENA: Ay, Fulgencio, ya lo va a saber todo Caracas.

FULGENCIO: Pocos lo ignoran.

ELENA: Belén es un periódico de gran circulación.

FULGENCIO: Pero de muy mal formato.

ESCENA XI

Dichos y Jerónimo.

JERÓNIMO: (*Por el foro*). Buenos días todos.

FULGENCIO: Llegas a tiempo.

ELENA: ¿Qué has pensado?

JERÓNIMO: ¿Qué voy a pensar, mujer? ¡Nada!

ELENA: Contigo no se puede contar ni para los casos más graves.

FULGENCIO: Tú, el jefe de la familia, el que tiene mayor responsabilidad en el asunto, el padre de la madre, el abuelo del niño...

JERÓNIMO: ¿Qué quieren que haga? ¿Que lo destiña?

ARTURO: Que lo lave con lejía.

ELENA: Date cuenta de esta tragedia.

FULGENCIO: Mide las consecuencias de lo que pudiera ocurrir.

JERÓNIMO: Yo espero con calma los acontecimientos.

Entre tanto tengo que comunicarles algo de interés...
privado.

BELÉN: No se preocupe por mi presencia, yo soy una tumba.

ARTURO: Y yo un ciprés.

JERÓNIMO: Acabo de recibir un telegrama de Hermán.

BELÉN: ¡Von Genius!

ARTURO: ¡El marido!

JERÓNIMO: Llegó esta mañana a La Guaira y dentro de algunos minutos llegará aquí.

FULGENCIO: ¡Llegará!

ELENA: ¡Llegará!

BELÉN: ¡Llegará!

ARTURO: ¡Llegará!?

ELENA: Es necesario proceder cuanto antes.

FULGENCIO: Pues bien, Jerónimo, nosotros, que sí estamos directamente interesados en todo cuanto toque a nuestro nombre y pueda nublar el lustre de nuestro apellido, hemos pensado detenidamente la cuestión.

JERÓNIMO: Vamos a ver... ¿Y qué has pensado?

ELENA: No solo hemos pensado, hemos procedido. Ahí tenemos al Padre Castrillo hablando con Julieta, convenciéndola, conminándola a que confiese.

JERÓNIMO: Esa pobre niña...

FULGENCIO: Tiene que saber algo.

ELENA: Y en caso de que no ceda a las insinuaciones del sacerdote...

JERÓNIMO: ¿Qué?

FULGENCIO: Un consejo de familia.

JERÓNIMO: Un consejo de guerra, di más bien.

BELÉN: ¡La fusilan!

ARTURO: Yo le escribiré una elegía.

JERÓNIMO: Pues oigan: Yo no consentiré en semejante tribunal, yo no humillo a mi hija, no la rebajo, porque la nobleza de nuestra raza no está en la sangre sino en el espíritu, que ni se doblega ni se rinde. Si Julieta es culpable, que tenga hasta la altivez de su culpa, y cuando llegue el momento de la expiación, si todos la menospreciaran, aún le quedarían los brazos de su padre para acogerla en su dolor y mi pecho para que lo humedezca con sus lágrimas.

BELÉN: ¡Se paró el viejo!

ARTURO: ¡Qué elocuencia!

FULGENCIO: Eso es literatura, Jerónimo, pura literatura.

JERÓNIMO: Ustedes pasan más allá de lo que pudiera sospecharse.

FULGENCIO: Si Julieta ha faltado, debe eliminarse de nuestra familia.

ELENA: Si ha faltado, ¡y con un negro!, no la reconozco como hija.

FULGENCIO: Además, estamos discutiendo en balde; ya avisé a Pedro y a Daniel, nuestros hermanos, y deben hallarse en camino para acá. (*Aparece el Padre Castrillo, segunda derecha*).

BELÉN: ¡Chist! El sacerdote.

ESCENA XII

Dichos y el Padre Castrillo.

ELENA: Padre... ¿Qué dice?

PADRE CASTRILLO: Nada... No hace sino llorar y repetir que es inocente.

JERÓNIMO: ¿Lo ven ustedes?

FULGENCIO: ¡Las mujeres, las mujeres!

BELÉN: No todas, Fulgencio.

PADRE CASTRILLO: He empleado todos los recursos de que dispone la Iglesia, desde la persuasión cariñosa hasta las llamas del infierno y el crujir de dientes, y no he logrado sacarle sino sollozos.

JERÓNIMO: Pero ¿a ustedes no se les ocurre un medio menos violento? El esposo ya está aquí.

BELÉN: Dispensen que yo me meta en el asunto, pero se me ha ocurrido un medio que puede ser eficaz.

TODOS: ¿Cuál?

BELÉN: Cambiarle el niño.

ARTURO: Eso: o cambiarle el marido.

BELÉN: Sí, cambiarle el niño por uno blanco.

PADRE CASTRILLO: ¡Están locos! ¡Están locos!

FULGENCIO: No es mala la idea.

PADRE CASTRILLO: ¿Ustedes creen que haya una madre en el mundo capaz de abandonar a su hijo por otro?

ELENA: Hay gente capaz de todo.

ARTURO: Yo creo que no haya quien se transe; sobre todo, si ven la mercancía.

BELÉN: No se trata sino de un cambio temporal, y con dinero se arregla todo.

JERÓNIMO: ¿Y después? ¿Quedaríamos en lo mismo!

BELÉN: Pero por el momento se sale del apuro.

FULGENCIO: Repito que no me parece mal lo que dice Belén.

JERÓNIMO: Eso es una infamia.

PADRE CASTRILLO: Un absurdo.

FULGENCIO: El honor lo impone.

ELENA: ¿Dónde?... ¿Dónde podremos conseguir un niño blanco, aunque sea prestado?... ¡Ah! (*Yendo a la puerta del foro*). ¡Brígida! ¡Brígida!

PADRE CASTRILLO: Bien, yo he cumplido con mi deber. Me retiro; que Dios les conceda la paz que todos anhelamos.

VOCES: Amén.

PADRE CASTRILLO: (*Al salir, a Elena*). Calma, calma, hija mía, medita bien lo que vas a hacer. (*Mutis por el foro*).

ESCENA XIII

Brígida y los demás, menos el Padre.

BRÍGIDA: (*Por el foro*). Señora...

ELENA: Dime... entre tus amigas de por aquí, ¿no hay alguna que tenga un niño que nos preste?

FULGENCIO: O que nos lo alquile.

BRÍGIDA: Un niño... un niño...

ELENA: Sí, un niño catire.

BRÍGIDA: ¡Ah!, Norberta la isleña tiene uno catirito.

ELENA: Corre, mujer, corre, dile que nos lo preste por un momento, por medio día, y le daremos una buena gratificación.

FULGENCIO: Particularmente a ti, si lo consigues, te regalo dos fuertes.

BRÍGIDA: ¡Carache! Por dos fuertes le traigo el asilo de güérfanos. (*Hace una reverencia*).

ELENA: Corre ligero. Por hoy puedes suprimir las reverencias.

BRÍGIDA: (*Hace mutis y grita de adentro*). Aquí están don Daniel con otros dos señores.

JERÓNIMO: ¡Todavía más! ¡Vamos a ver hasta dónde llegan!

ESCENA XIV

Dichos (menos Brígida) y Daniel, Pedro y Saturnino.

PEDRO: Salud.

DANIEL: Buen día.

SATURNINO: Bueno.

TODOS: Buenos días.

ELENA: Pasen adelante.

PEDRO: Pasemos adelante.

SATURNINO: Aprobado.

PEDRO: Por la calle encontramos a Saturnino, que también es pariente.

DANIEL: Y como nos dijeron que se trataba de un asunto de familia, resolvimos traerlo.

SATURNINO: Aprobado.

FULGENCIO: Tomen asiento.

ELENA: Sentémonos.

SATURNINO: Aprobado.

(Se sientan en la siguiente disposición: A la izquierda Fulgencio, ante la mesa como presidiendo la sesión; a su lado, Elena, de frente al público. A la izquierda, al fondo pero de modo visible, y entre sillas en fila, Pedro, Daniel y Saturnino. A la derecha, de frente, y dejando espacio entre ellos y el lateral, Belén y Arturo. Jerónimo queda en pie hacia la derecha y a ratos se pasea impaciente; su figura debe predominar en la escena).

FULGENCIO: ¿Tú no te sientas?

JERÓNIMO: Yo no me hago cómplice de disparates.

FULGENCIO: ¡Llámalo como quieras! Elena, tú, como la más allegada, explícales el objeto de la reunión.

ELENA: Explícaselo tú.

FULGENCIO: Pues bien: todos los aquí presentes somos del Hoyo, Torresveitía, del Álamo, Sampayo o Costillares, y lo que le duele a los Torres, mortifica a los del Hoyo o lo sienten los Costillares.

SATURNINO: Aprobado.

BELÉN: (*A Arturo*). ¿Quién es ese señor que todo lo aprueba?

ARTURO: Un congresante. Es primo mío, por si va a hablar mal de él.

BELÉN: ¡Dios me valga!

FULGENCIO: Hay ahora algo que nos hiere a todos y hiere a cada uno de nuestros apellidos.

JERÓNIMO: Fulgencio, ¿qué tiene que hacer esta gente con las cosas de mi casa?

ELENA: Cállate tú.

JERÓNIMO: Por dárseles de guardadores de honras lo que hacen es echar en tiras nuestro nombre a la murmuración callejera.

FULGENCIO: Reserva tus discursos para luego; tengo yo la palabra.

PEDRO: Tiene la palabra Fulgencio.

DANIEL: Es necesario que nos explique.

SATURNINO: Aprobado.

FULGENCIO: Estamos reunidos en consejo de familia y yo opino que primero que nada debe llamarse a la reo.

SATURNINO: Aprobado. (*A Daniel*). ¿Quién es la reo?

DANIEL: Yo no sé... usted que aprueba.

SATURNINO: Yo tampoco sé.

FULGENCIO: Elena, llama a la niña.

JERÓNIMO: ¿A quién?

ELENA: (*Levantándose*). A Julieta.

JERÓNIMO: ¡No! ¡Ya he dicho que no!

ELENA: Es necesario, Jerónimo.

JERÓNIMO: Ya he dicho que no consentiré que se ultraje a mi hija con una inquisición indigna.

FULGENCIO: Todos aquí somos de su sangre.

ELENA: Yo soy su madre...

JERÓNIMO: Y yo su padre... ¡si tú no has dispuesto otra cosa!

ELENA: ¡Jerónimo, me ofendes!

JERÓNIMO: Más se me ofende a mí arrojando una sombra sobre el honor de mi hija.

FULGENCIO: También es algo mío.

ELENA: Tiene autoridad.

JERÓNIMO: ¡No!... Cuando ni tú ni yo como padres tenemos derecho a mezclarnos aun en este asunto, mucho menos deben venir manos extrañas a revolver el lodo en nuestro hogar.

ARTURO: (*A Belén*). Diga usted algo.

BELÉN: ¿Ahora? Ahora me pegan.

ESCENA XV

Los mismos y Brígida.

BRÍGIDA: (*A la puerta del foro*). Señora.

ELENA: ¿Qué hay?

BRÍGIDA: Ahí está hace rato lo que usted me encargó.

ELENA: Tráncalo en la galería hasta que yo te avise.

JERÓNIMO: No, señor; llévese eso de aquí.

ELENA: Obedezca lo que yo le mando.

BRÍGIDA: Está bien, señora... Aquí pasa algo gurdiño.
(*Mutis*).

ESCENA XVI

Todos menos Brígida.

JERÓNIMO: Se me rebosa la paciencia, ¡caray! Elena, hija mía, entra en razón. Siéntete madre, pon el corazón por encima del orgullo: cuando venga el marido, con ella se entenderá frente a frente y ella le dirá lo que deba decirle.

ELENA: ¿Por qué calla ahora?

JERÓNIMO: Porque es a su esposo únicamente a quien tiene obligación de rendirle cuentas.

FULGENCIO: ¿Y si Von Genius no reconoce como suyo ese hijo?

JERÓNIMO: Ahí están los tribunales, el divorcio...

FULGENCIO: ¿Y el escándalo?

JERÓNIMO: Peor que el escándalo es el crimen que ustedes pretenden.

FULGENCIO: ¿Y si la rechaza?

ELENA: ¿Y si la desprecia?

JERÓNIMO: Entonces... Entonces, sí: aquí quedaremos tú y yo, Elena, para recibirla y consolarla o llorar junto con ella. Entonces no necesitamos de ninguno de ustedes.

FULGENCIO: ¡Jerónimo!

ESCENA XVII

Dichos y Julieta.

JULIETA: (*Saliendo con ímpetu*). ¡Gracias, papaíto, gracias!
Yo sabía que tú eras el único capaz de salvarme. (*Se
acoge en sus brazos*). Sosténme.

BELÉN: Esto se está volviendo un drama.

ELENA: (*Acercándose al grupo de Julieta y Jerónimo*). ¡Hija
mía...

JULIETA: Mamá, eres mala conmigo.

JERÓNIMO: Déjala, Elena.

ARTURO: Julieta, mi querida Julieta, mi querida prima, en
los momentos en que el furioso vendaval...

JULIETA: (*Rechazándole con el pie*). Quítate.

ARTURO: (*Regresa cojeando a su puesto*). ¡Carrizo! Me dio en
la espinilla y me partió en dos el vendaval de la des-
gracia... ¡Una frase tan bonita!

FULGENCIO: Sobrina, tú comprenderás.

JULIETA: (*Irguiéndose*). Sí... lo comprendo todo; lo que no
adivino es quién los ha llamado a ustedes ni quién les
autoriza para venir a juzgarme.

SATURNINO: Aprobado.

JULIETA: (*A Fulgencio*). ¿A usted quién lo llamó?

FULGENCIO: A mí tu madre me pidió consejos.

ELENA: Yo no, tú viniste por tu propia cuenta, a decirme
que si la honra, que si el nombre, que si la familia...

JERÓNIMO: ¡Tú eres el principal autor del alboroto!... ¡No
sé cómo no te pego un silletazo!

FULGENCIO: ¡Jerónimo, esas armas de villano! (*A Julieta*).
Tú comprenderás que a mí me duele...

JULIETA: ¿Puede usted haber sentido dolores más grandes que los míos?

FULGENCIO: ¿Yo?... ¡Dios me ampare!

BELÉN: Y me favorezca.

JULIETA: Sin embargo, ¿pretende usted que después de haber llevado un hijo en mis entrañas y haberlo nutrido con mi ser, después de darle a la vida cumpliendo con la sentencia divina, cuando llevo mis senos a sus labios y por primera vez conozco ese algo sagrado que llaman amor maternal, vaya a desprenderme de él por complacerlos a ustedes, por satisfacer necias vanidades sociales? ¡No, no y no!

BELÉN: Se despepitó la muchacha.

ARTURO: ¡Le sale la cría!

JULIETA: Sépanlo bien: me lo quitan ustedes y lo tiran debajo de un puente y debajo de un puente voy a llevarle la vida, lo echan por un barranco y me lanzo barranco abajo a salvarlo... Qué me importa a mí que sea negro, blanco, verde o colorado: es mi carne, es mi hijo y ante la inmensidad de esta palabra: ¡Mi hijo!, ya no hay nada grande para mí en la tierra.

ARTURO: ¡Caray! se me están aguando los ojos.

BELÉN: Debe ser de la patada en la espinilla.

JULIETA: El que quiera quitármelo que pruebe: lo muerdo, lo araña, lo descuartizo.

DANIEL: No la conozco: es una fiera.

PEDRO: Una tigre.

SATURNINO: Aprobado.

ELENA: Cálmate, hija mía.

JULIETA: ¡Mamá! ¡Mamaíta!

ELENA: Tranquilízate: esas son hipocresías de Fulgencio.

FULGENCIO: ¡Mías solas no!

ELENA: Sí, tuyas.

JERÓNIMO: ¿Cómo allá, en la hacienda, cuando la cosecha, no te fijabas de qué color eran las escogedoras de café?

FULGENCIO: ¿Yo?

JERÓNIMO: Sí, tú; allá en la hacienda tienes una familia que parece un rabo de mono.

ARTURO: ¡Ja, ja! A mí me han dicho que tiene un hijo de cuadritos blancos y negros.

BELÉN: Así se divierte jugando damas sin necesidad de tablero.

FULGENCIO: ¡Un momento! No consiento que se burlen de mis muchachos.

ARTURO: ¿Qué importa? Si son naturales.

FULGENCIO: Aunque fueran artificiales.

JERÓNIMO: ¿Lo ves?

JULIETA: ¿Lo ve usted, tío? Y sin embargo, pretenden que yo... ¡Ja, ja! Canallas, convencionalistas, hipócritas.

PEDRO: Me parece que nos insulta.

DANIEL: Y a mí también me parece.

SATURNINO: Yo salvo mi voto.

JULIETA: Por otra parte, usted doña Correveidile...

BELÉN: ¿Hablas conmigo?

JULIETA: Sí, con usted, que no tiene más oficio que andar rastreando la vida ajena.

BELÉN: Pero, chica, si yo no me he metido en nada...

JERÓNIMO: Calma, hija mía, calma.

ELENA: Serénate, Julieta, por Dios.

JERÓNIMO: Vamos a tu cuarto. Tú no resistes conmoción semejante...

ELENA: (*Acercándosele*). Apóyate en mi brazo.

JULIETA: ¡Con el de papá me basta! (*Jerónimo lleva a Julieta hasta la puerta de su cuarto, segunda derecha*).

ELENA: (*A Fulgencio*). Tú eres responsable de que mi hija llegue a cogermé odio.

FULGENCIO: Sí, ¡oh! Ahora échénme a mí todas las culpas.

ELENA: Jerónimo, tengo miedo.

JERÓNIMO: Hasta yo estoy asustado...

PEDRO: Ya nosotros no representamos nada aquí. ¿Nos vamos?

DANIEL: Vámonos.

SATURNINO: Aprobado. (*Se levantan a una y se disponen a marcharse, cuando se oye la voz de Von Genius*).

VON GENIUS: (*Adentro*). ¡Brígida! Haga pasar las maletas a mi habitación. ¿Dónde está la gente de aquí? ¿Como que no hay nadie en esta casa?

ELENA: ¡Von Genius!

BELÉN: ¡Ahí está el hombre!

FULGENCIO: ¡Se presentó el conflicto que yo temía!

ARTURO: Yo como que me marchó.

BELÉN: Yo no me voy, yo gozo la película hasta el rabo.

ESCENA XVIII

Dichos y Von Genius.

VON GENIUS: (*Entra con entusiasmo y abrazando los presentes a medida que los nombra*). ¡Julieta! ¡Julieta! ¿Mi hijo?...

Mamá Elena... Papá Jerónimo... ¡¡¡Qué felicidad!!!

BELÉN: (*A Arturo*). No sabe lo que le espera.

VON GENIUS: ¡Belén... Arturito... tío Fulgencio!

FULGENCIO: Chico, a mí no me llames tío.

VON GENIUS: Bueno, lo llamaré compadre, porque usted va a ser el padrino.

FULGENCIO: ¡Eso no más me faltaba!

ARTURO: (*A Belén*). Lo toqué por detrás y trae revólver.

BELÉN: ¡Qué miedo!

VON GENIUS: ¡Pedro!... ¡Daniel!... ¡Ilustre primo! Cuánto placer verlos a todos celebrando este momento.

PEDRO: Felicitaciones.

DANIEL: Parabienes.

SATURNINO: *Idem, idem.*

ELENA: Jerónimo, ¿qué hacemos?

JERÓNIMO: No me lo preguntes a mí.

BELÉN: Trae revólver, mejor es que no vea el niño todavía.

ELENA: Pero...

BELÉN: Enséñale el otro.

VON GENIUS: Bueno. ¿Dónde está mi hijo? Quiero verlo.
¿Dónde está Julieta?

JERÓNIMO: Julieta está recogida.

VON GENIUS: ¡Ah! ¡En su cuarto! (*Inicia el mutis hacia la segunda derecha*).

ELENA: (*Deteniéndolo*). No pases todavía.

JERÓNIMO: No, no pases.

VON GENIUS: ¿Por qué?... Necesito ver a mi hijo, quiero conocerlo, besarlo...

ELENA: Haré que te traigan el niño... (*Va a la puerta del foro*). ¡Brígida, tráigale el catirito al señor Hermán!

VON GENIUS: ¿Ah, es catirito? ¡Debe parecer un lucero! En mis baúles le traigo maracas, ropa, juguetes, zapatos.

BELÉN: ¿Zapatos?

VON GENIUS: Para cuando crezca y empiece a caminar.

ARTURO: ¿Y no le trae también una cadena?

JERÓNIMO: Me falta valor en el momento decisivo.

ESCENA XIX

Los mismos, Brígida, un muchacho y luego Julieta.

BRÍGIDA: (*Trayendo de la mano un muchacho como de doce años y que se resiste a entrar*). Aquí está er niño.

MUCHACHO: Yo dentro, pero que me despachen ligero, que tengo que dime a vendé mis melcochas.

TODOS: ¡Ooooh!

VON GENIUS: ¡Oh! ¿Este es mi hijo? ¡Esto es un fenómeno! ¡Veinte días de nacido y ya habla! Este no puede ser mi hijo.

MUCHACHO: No, señor. Yo soy hijo de Norberta la durcera.

TODOS: ¡Oh!...

BRÍGIDA: ¡Acércate, muchacho!

MUCHACHO: ¡Uh, uh! Ese señor me va pegá.

VON GENIUS: Explíquenme qué significa tanto misterio, semejante comedia... ¡Me voy a volver loco!

MUCHACHO: Yo quiero dime. ¡Me van a encerrá otra vez allá ajuera!

JERÓNIMO: Toma, niño, un bolívar; vete y dile a tu madre que muchas gracias.

MUCHACHO: ¡Ay, turura! Ya me voy a desquitá comiendo rule. (*Sale en carrera*).

ELENA: (*A Brígida*). ¡Estúpida! ¿Cómo se te ocurre traer un niño tan grande?

BRÍGIDA: ¡Guá, yo qué sé! A mi me encargaron un niño catire, pero no me dijeron de qué tamaño. Yo creí que era para un mandao.

ELENA: Quítese de mi presencia. (*Mutis de Brígida al foro*).

VON GENIUS: ¡Basta! Basta de farsa, díganme pronto qué sucede.

JERÓNIMO: Yo te explicaré luego.

VON GENIUS: No, inmediatamente.

ELENA: Sucede, querido yerno, que el niño... el niño...

VON GENIUS: ¿Murió?

FULGENCIO: ¡Ojalá!

ELENA: No; algo peor: no es catire... Es...

BELÉN: Trigueñito arrosquetado.

VON GENIUS: ¡Qué importa! Yo lo quiero como sea... (*yéndose al fondo*). ¡Julieta!... ¡Mi hijo!...

JULIETA: (*Saliendo con un niño negrísimo in brazos*). Aquí está.

VON GENIUS: ¡Mi vida!

JULIETA: ¡Amor mío!

BELÉN: Nos mata a todos. Ya va a sacar el revólver.

VON GENIUS: (*Viniendo al centro con el niño y aupándolo*).
¡Qué lindo! ¡Qué gordo!

TODOS: ¿Eh?

VON GENIUS: ¡Es idéntico a mi abuelo!

TODOS: ¡Ooooh!

FULGENCIO: ¿Cómo a su abuelo?

VON GENIUS: ¡Idéntico a mi abuelo Pancho!

ELENA: Pero, ¿su abuelo no era alemán?

VON GENIUS: Por la línea paterna, sí; pero, mi padre, cuando estuvo de explorador en el Perú, se casó con su cocinera. Usted sabe que a los alemanes les gustan mucho las negras.

ARTURO: (*Por Fulgencio*). Y a los que no son alemanes también.

FULGENCIO: Jovencito, no acepto indirectas.

ELENA: ¡Ay, Jerónimo! Nuestro yerno, hijo de una cocinera.
¡Nos ha engañado!

JERÓNIMO: Él, no: la necia vanidad de un título fue la causa del engaño.

VON GENIUS: Yo no he engañado a nadie: me preguntaron si era Barón y creo que lo he probado... ¿verdad, Julieta?

JULIETA: ¡Esposo mío!

VON GENIUS: Nadie me preguntó por mi madre; si me preguntan, no la niego.

BELÉN: ¡Qué cosa! Y usted salió completamente rubio.

VON GENIUS: Pero mi hijo ha dado el salto atrás.

FULGENCIO: ¡Y qué salto!

ARTURO: ¡Un salto mortal!

BELÉN: ¡Y con trampolín!

Telón

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
JUAN ANTONIO AGUIARRETA	21
CONTESTACIÓN DEL PADRE EGUIARRETA...	23
HUMORISMO EN HOJAS SUELTAS	29
GLOSA	30
BANDO JOCOSO...	32
ALABADO SEA	37
LUIS DELGADO CORREA (El Editor)	39
LA MAMOLA	40
RAFAEL ARVELO	45
IMPROVISACIÓN	48
A ELENA ECHENAGUCIA	49
MISTIFORIS	50
JESÚS MARÍA SISTIAGA	55
EL ZAMURO CATEDRÁTICO	56
FLORES DE PASCUA	58
FRANCISCO DÍAZ FLORES (Modesto)	59
EL PÁJARO DE POTRERITO	61

JUAN VICENTE CAMACHO	65
RECETA CONTRA EL CÓLERA	66
JUAN JOSÉ BRECA	71
EL SANCOCHO	72
EN LA HAMACA	74
LA FRUTA TENTADORA	77
NICANOR BOLET PERAZA (Abdul Azis)	79
LACRIMOMANÍA	82
LOS NERVIOS	85
JOSÉ MARÍA REINA	91
MEMORIAS DE LA GUERRA CASTRO-FRANCESA	93
PAULO EMILIO ROMERTO (Paolo)	133
¡¡MISTERIOS!!	134
INFORMACIONES PERIODÍSTICAS DE PAOLO	136
PROGRAMA PARA EL CARNAVAL DE 1886...	140
GLOSICIDIO	145
LA CARICATURA	154
HUMORISMO INVOLUNTARIO DE DELPINO Y LAMAS	157
OTRA METAMORFOSIS. <i>El ave del desierto</i>	162
OTRA METAMORFOSIS. <i>La buena cosecha</i>	163
OTRA METAMORFOSIS. <i>Luz opaca</i>	163
MIS RATOS EN EL BAÑO	164
IMPRONTA	164
PROTESTA DE DELPINO	165

FRANCISCO DE SALES PÉREZ	167
UN BUEN MARCHANTE	168
LAS NECROLOGÍAS	174
MANUEL MARÍA FERNÁNDEZ (Don Simón)	179
EN EL MERCADO	180
A DON SIMÓN [I]	180
A DON SIMÓN [II]	181
A DON SIMÓN [III]	182
MOCHERAS DEL MOCHO	183
FRANCISCO TOSTA GARCÍA	185
ESTRENO EN SOCIEDAD	187
TEODOSIO ADOLFO BLANCO	195
CANTO AL AGUACATE	196
CARACAS A LA FRANCESA	200
EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA	207
LA CASA NÚMERO 7	208
AMISTADES DE VECINDARIO	213
JOSÉ MARÍA NÚÑEZ DE CÁCERES	219
SONETOS ALEGÓRICOS A PETRONA	221
EDUARDO DÍAZ LECUNA	227
¿DIVERTIDOS?	228
MIGUEL MÁRMOL (Jabino)	233
REUNIONES DE CONFIANZA	235
NIÑADAS	239
AFICIONES	242

DE VIAJE	244
EL DISFRAZ	248
MAX LORES (Max)	253
TIRABEQUE Y PELEGRÍN	254
LUIS MUÑOZ TÉBAR (Lumet)	257
DE MEDIO PELO	258
CIGARRILLOS LA MEJOR	259
LA LINTERNA MÁGICA	260
LA BANDERA VERDE	262
GENERAL ALFONSO SACRE	264
LA SACRADA	265
RAMÓN MUÑOZ TÉBAR (Ray)	267
AQUÍ ESTOY	269
EMPRESA DE MUDANZAS	270
EL CULTO DE OSIRIS	271
LOS CONCURSOS DEL CULTO DE OSIRIS	275
ODA AL CHOCOLATE	275
20 VERSOS AL CHOCOLATE	277
ODA	278
FÁBULA	279
EL LIBRO DE JOB	282
UNA TRAGEDIA	291
LEONCIO MARTÍNEZ (Leo)	295
PINOCHO, PINTOR DE ANIMALES	300
PINOCHO BREGADOR	304
EL DISFRAZ DE PINOCHO	308
PINOCHO (ONE STEP JACARANDOSO)	312

COMO SUELEN MORIR MUCHOS AMORES...	315
TITIRIMUNDI	321
SÍNTOMAS	326
LOTERÍA DE MUÑEQUITOS	327
PARA CONSOLAR A LA NIÑA	328
QUIMERAS POÉTICAS	329
LAS VIEJAS DE LEO	330
DE NIÑOS PARA HOMBRE	331
BAILES DE SALÓN	332
REFRÁN TRASTROCADO	333
CUCARACHONERÍAS	334
MUSA POPULAR	335
REFRÁN EN ACCIÓN	336
LA PESADILLA URBANA	337
SALTO ATRÁS	338

Los humoristas de Caracas
se imprimió en noviembre de 2020
centenario del natalicio de Aquiles Nazoa
en los talleres de la
FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
Guarenas-Miranda, Venezuela.
Son 5000 ejemplares.

Los humoristas de Caracas

Aquiles Nazoa, uno de los mejores juglares que ha tenido el humorismo venezolano, dueño de un repertorio poético caracterizado por la ironía y el humorismo, añadió a su ingeniosa profesión las artes no menos sutiles del investigador literario y supo aliar el deleite a la disciplina. Tal es el origen de la presente antología.

Convencido del poder revulsivo y vivificante del humor, Aquiles Nazoa reúne en estos dos volúmenes los más sobresalientes nombres caraqueños del género y sus piezas más relevantes. Pero aquí la tarea del autor excede la simple compilación. En efecto, mientras aspira alertar, a través de ella, acerca del proceso corrosivo que llevo al país a desechar la conciencia en el desván de los derechos, su trabajo adquiere un relieve sociocultural decisivo, en todo caso opuesto a la truculencia y el mal gusto organizados como estilo y sistema de entretenimiento.

Además del prólogo del autor, y precedidas por noticias bio-bibliográficas y críticas, este tomo contiene sendas selecciones de veintidós autores, entre escritores y dibujantes, a partir del siglo XVIII: J.A. Eguiarrieta, L. Delgado Correa, R. Arvelo, J. M. Sistiaga, F. Díaz Flores, J. V. Camacho, J. J. Breca, N. Bolet Peraza, J. M. Reina, P. E. Romero (Paolo), F. de Sales Pérez, M. M. Fernández, F. Tosta García, T. A. Blanco, E. Méndez y Mendoza, J. M. Núñez de Cáceres, E. Díaz Lecuna, M. Mármol (Jabino); M. Lores, L. Muñoz Tebar, R. Muñoz Tebar y L. Martínez (Leo).

Poeta, humorista y crítico, Aquiles Nazoa (1920-1976) fue uno de nuestros escritores más populares y queridos. Asiduo colaborador de las más prestigiosas publicaciones del país, dirigió asimismo el celebre semanario Fantoche. Con el título de Poemas populares, Monte Ávila ha publicado también una representativa selección de su obra poética.



1920 - 2020

Aquiles Nazoa

100 AÑOS DE HUMOR Y AMOR

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONOMICA
CONTRA VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura